

Alta marea

Muestra de la poesía argentina del siglo XX

(Selección de Jorge Ariel Madrazo y Julio Salgado)



Editorial Nido de Cuervos
Lima - Perú

Edición especial:

Alta marea. Muestra de la poesía argentina del siglo XX
Selección de Jorge Ariel Madrazo y Julio Salgado

Coordinación: Renato Sandoval
Revisión: Roxana Peramás

Lima – Perú
enero – junio 2012

Director: Renato Sandoval
Correo: ncuervos@yahoo.com

Carátula, diseño y diagramación: Mario Popuche y Renato Sandoval

La publicación de este número ha sido posible gracias al auspicio de la



Embajada de Argentina en el Perú

Este número de *Fórnix* aparece dentro del marco del Primer Festival Internacional de Poesía de Lima (FIPLIMA)

* Vocablo de origen latino que significa pórtico, paso cubierto, puerta abovedada, arco triunfal o, por extensión, cualquier estructura arciforme, sea arquitectónica o anatómica. Ejemplo de lo primero es el fórnix romano de Constantino, vencedor en Majencio, adornado con bajorrelieves e inscripciones laudatorias; y de lo segundo aquella estructura fibrosa y triangular situada debajo del cuerpo caloso del cerebro y que con el hipocampo y el hipotálamo forma parte del sistema límbico, asociado éste a las emociones y a la homeostasis [léase aquí poesía expresando su propia verdad y en busca del (des)equilibrio]. De otro lado, de *fórnix* se deriva «fornicar», puesto que, según se cuenta, las prostitutas latinas atendían a sus ávidos clientes bajo los arcos del coliseo romano, de ahí que el término signifique además «burdel». Por último, Fórnax era la diosa de los hornos, donde se cocía el pan, la arcilla y, acaso también, la poesía. (R. S.)

Índice

Introducción de D. Darío Alessandro, Embajador de Argentina en el Perú	7
Presentación de Julio Salgado	9
Agradecimiento de Renato Sandoval	11
<i>Alta marea:</i>	
Baldomero Fernández Moreno (1886-1950)	15
Enrique Banchs (1888-1968)	19
Oliverio Girondo (1881-1967)	24
Alfonsina Storni (1892-1938)	30
Juan L. Ortiz (1896-1978)	36
Luis Franco (1898-1988)	42
Ricardo Molinari (1898-1996)	45
Carlos Mastronardi (1901-1976)	50
Aldo Pellegrini (1903-1973)	56
Jorge Enrique Ramponi (1907-1977)	60
Juan José Ceselli (1909-1982)	63
Enrique Molina (1910-1996)	67
Amelia Biagioni (1906-2000)	75
Manuel J. Castilla (1918-1980)	78
Alberto Girri (1919-1991)	84
César Fernández Moreno (1919-1983)	89
Edgar Bayley (1919-1990)	100
Olga Orozco (1920-1999)	104
María Meleck Vivanco (1921-2010)	111
Joaquín Giannuzzi (1924-2004)	116
Francisco Madariaga (1927-2000)	120

Leonidas Lamborghini (1927-2009)	127
Raúl Gustavo Aguirre (1927-1983)	137
Juan José Bustriazzo Ortiz (1929-2010)	145
Héctor Viel Temperley (1933-1987)	157
Gianni Siccardi (1933-2002)	164
Elizabeth Azcona Cranwell (1933-2004)	170
Susana Thenon (1935-1991)	174
Alejandra Pizarnik (1936-1972)	179
Celia Gourinsky (1938-2008)	184

Introducción

Al pensar en la poesía argentina, debemos concebirla no como una totalidad, sino como un género que hace un aporte valioso y específico en el campo de las letras y de los relatos de la realidad. Su variedad y abundancia dan cuenta de las muchas singularidades del siglo XX.

Por ello, hablar de poesía argentina significa referirnos a una multiplicidad de tradiciones y de diversidad cultural. Toda tradición es en sí misma selectiva, una selección del pasado que se actualiza en el presente a través de lo que Octavio Paz denominó “la tradición de la ruptura”.

La tarea de selección para esta muestra seguramente no fue sencilla; en este sentido, una antología de la poesía argentina no deja de ser un compromiso que exige una mirada democratizadora y rigurosa, que atienda al desafío de la diversidad cultural ya citada, sin descuidar la importancia de las tradiciones que se actualizan.

Sin embargo, este trabajo logra, a mi entender, mantener un equilibrio entre lo diverso y la tradición evolucionista. Es por ello que deseo destacar especialmente la labor de los antólogos Julio Salgado y Jorge Ariel Madrazo.

También deseo aplaudir la iniciativa de la Asociación Fórnix-Poesía –y por su intermedio al director y organizador Renato Sandoval–, así como a la Municipalidad de Lima, quienes lograron aunar esfuerzos para hacer realidad el Primer Festival Internacional de Poesía de Lima (FIPLIMA), que augura promisorios desarrollos en próximas ediciones.

Sin duda, esta primera edición del festival, así como ésta y otras publicaciones similares, darán un renovado impulso para todos los creadores que hacen de la poesía su cotidiano y onírico encuentro ante la realidad y la creación.

Darío Alessandro

Embajador de la Republica Argentina en el Perú

Presentación

Esta muestra fue realizada a raíz de una solicitud del poeta peruano Renato Sandoval. El motivo formal era su presentación en el Primer Festival Internacional de Poesía de Lima (Perú) el cual, en esta oportunidad, estará dedicado a la República Argentina. La componen treinta poetas cuya obra se desarrolla, en general, en la segunda mitad del siglo veinte.

No se pretende justificar y representar a gran parte de la poesía argentina de esos momentos. Se trata de recordar a una cantidad parcializada de poetas ya desaparecidos, que sin duda dieron carácter a la misma. Esta suma y los poemas que la componen establecen el hilo vertebral (por lo menos en parte) de una historia, sus diferentes facetas hechas de disimilitudes y arriesgadas prodigalidades.

La lista, desde ya austera, abre la posibilidad de ir en desmedro de otros nombres tan o más reconocidos de los que componen esta que aquí presentamos, sacrificados de alguna manera, a favor de llegar más profundamente en la obra de quienes la integran; poetas, que entendemos, son insoslayables en cualquier suma de Poesía Argentina.

La exclusión de nombres como Jorge Luis Borges y María Elena Walsh, solo se debe a sus reconocidas trayectorias fuera del ámbito nacional. La ausencia de Conrado Nalé Roxlo, José Pedroni, Raúl González Tuñón, Roberto Juarroz, Néstor Groppa, Francisco Urondo, Miguel Ángel Bustos y la más contemporánea y excelente Leonor García Hernando, entre otros, denuncia la arbitrariedad de los antólogos que solo se refugian en las inquietantes llamadas, siempre íntimas, que descubren sus elecciones.

Julio Salgado

Agradecimiento

“Alta marea”, texto del argentino Enrique Molina, es, para muchos, el poema de amor más intenso escrito en español en las últimas décadas. Ahora es el título para una muestra de lo mejor y de lo más intenso de la poesía argentina escrita a lo largo del siglo XX, cuya calidad innegable y gravitancia es en esta ocasión puesta de relieve y “mostrada” ante un público de otras nacionalidades gracias a la sapiencia y al ojo avizor de los poetas Jorge Ariel Madrazo y Julio Salgado. A ellos mi siempre creciente amistad y reconocimiento.

De igual modo, esta publicación, así como las diversas actividades realizadas en torno a ella, no habrían sido posible sin la participación entusiasta de la Embajada de Argentina en el Perú, a través de su Embajador Darío Alessandro, del Ministro Leandro Fernández Suárez y de María Fernanda Waisman, Primer Secretario encargada de la Sección de Cultura y Turismo, que continúan una tradición diplomática, a todas luces decidida y hasta arriesgada, de apoyo a la difusión de la cultura en nuestro país.

“¿Hasta dónde me alcanzará esta lluvia?”, se preguntaba César Vallejo en el poema que cierra *Trilce*, indagando por el efecto vivificador y numínico de la poesía en la existencia creadora. Que en *Alta marea* esa pregunta vallejiana encuentre su improbable respuesta y que el verso final de ese trascendental libro –“Canta, lluvia, en la costa aún sin mar!”– navegue viento en popa en el océano que le faltaba.

Renato Sandoval Bacigalupo
Director de *Fórnix* y del FIPLIMA

Alta marea

Muestra de la poesía argentina del siglo XX

Baldomero Fernández Moreno

(Buenos Aires, 1886). Obra poética: *Las iniciales del misal* (1915), *Intermedio provinciano* (1916), *Ciudad* (1917), *Por el amor y por ella* (1918), *Campo argentino* (1919), *Versos de Negrita* (1920), *Nuevos poemas* (1921), *Mil novecientos veintidós* (1922), *Canto de amor, de luz, de agua* (1922), *El hogar en el campo* (1923), *Aldea española* (1925), *El hijo* (1926), *Décimas* (1928), *Poesía* (1928), *Sonetos* (1919), *Último cofre de Negrita* (1929), *Cuadernillo de verano* (1931), *Seguidillas* (1936), *Romances* (1936), *Dos poemas* (1936), *Antología poética 1915-1940* (1941), *San José de Flores* (1943), *Parva* (1949), *Ciudad 1915-1949* (1949), *Penumbra. Libro de Marcela* (1951). Fue médico y profesor de literatura. Falleció en Buenos Aires en 1950.

Crepúsculo argentino

Crepúsculo argentino, sin campanas,
¡Qué ganas, sin embargo, de rezar,
de juntar nuestras voces humanas
al místico mugido y al balar!

A estas horas marea la pampa como un mar.

Compenetración

Tengo el cerebro cuadrículado
como tus calles, ¡oh, Buenos Aires!
En mi cerebro no hay callejuelas,
el sol alumbra, circula el aire.

Si me preguntan por qué mis versos
son tan precisos tan regulares,
yo diré a todos que aprendí a hacerlos
sobre la geometría de tus calles.

Setenta balcones y ninguna flor

Setenta balcones hay en esta casa,
setenta balcones y ninguna flor.
¿A sus habitantes, Señor, qué les pasa?
¿odian el perfume, odian el color?

La piedra desnuda de tristeza
¡Dan una tristeza los negros balcones!
¿No hay en esta casa una niña novia?
¿No hay algún poeta lleno de ilusiones?

¿Ninguno desea ver tras los cristales
una diminuta copia de jardín?
¿En la piedra blanca trepar los rosales
en los hierros negros abrirse un jazmín?

Si no aman las plantas, no amarán el ave,
no sabrán de música, de rimas, de amor.
Nunca se oirá un beso, jamás se oirá una clave...

¡Setenta balcones y ninguna flor!

Soneto de tus vísceras

Harto ya de alabar tu piel dorada,
tus externas y muchas perfecciones,
canto al jardín azul de tus pulmones
y a tu tráquea elegante y anillada.

Canto a tu masa intestinal rosada,
al bazo, al páncreas, a los epiplones,
al doble filtro gris de tus riñones
y a tu matriz profunda y renovada.

Canto al tuétano dulce de tus huesos,
a la linfa que embebe tus tejidos,
al acre olor orgánico que exhalas.

Quiero gastar tus vísceras a besos,
vivir dentro de ti con mis sentidos...
Yo soy un sapo negro con dos alas.

Caminando

Si yo estuviera, amigos, a mi mesa inclinado,
Si yo estuviera, amigos, a mi mesa inclinado,
pues aunque nadie cree ahora en la inspiración,
cuando debe escribirse lo anuncia el corazón:
un minuto especial de exquisita blandura,
los ojos entornados y la mano insegura...
La tarde está muriendo, la noche se avecina,
mojando está las calles una lluvia muy fina.
Estrepitosamente ciérranse algunas puertas,
en las pobres ventanas hay ya luces inciertas;
a lo lejos se encienden los focos amarillos,
prende el guardabarreras su par de farolillos,
verde el uno y el otro vivamente encarnado...
Ahora está tranquilo, veo que se ha sentado.
Como están las barreras apuntando a la altura
y la lluvia se espesa y la noche es oscura,
y retumban los truenos y brillan las centellas,
los faroles parecen dos perdidas estrellas.
Mas como estoy, amigos, al azar caminando,
mirando a todas partes, nada más que mirando,
y no hallo en mis bolsillos ni lápiz ni papel,
(la pipa, unos centavos, un tabaco de miel)
para fijar siquiera el momento que pasa
y aún me falta bastante para llegar a casa,
en vez del gran poema que me diera la gloria,
confío unas palabras vagas a la memoria.

La calle

La calle, amigo mío, es vestida sirena
que tiene luz, perfume, ondulación y canto.
Vagando por las calles uno olvida su pena,
yo te lo digo que he vagado tanto.

Te deslizas por ellas entre el mar de la gente,
casi ni la molestia tienes de caminar,
eres como una hoja marchita, indiferente,
que corre o que no corre como quiera ese mar.

Y al fin todas las cosas las ves como soñando:
el hombre, la mujer, el coche, la arboleda.
El mundo, en torbellino, pasa como rodando.
Tú mismo no eres más que otra cosa que rueda.

Paisaje

Ocre, y abierto en huellas, el camino
separa opacamente los sembrados...
Lejos, la margarita de un molino.

Enrique Banchs

(Buenos Aires, 1888). Obra poética: *Las barcas* (1907), *El libro de los elogios* (1908), *El cascabel del halcón* (1909), *La urna* (1911), *Obra poética* (1973). Se desempeñó como periodista. Falleció en Buenos Aires en 1968.

Los álamos están como soñando

Los álamos están como soñando,
quietos en la dulzura vespertina;
bajo la rutilancia mortecina
del sol la fronda muda está soñando.

Todo está mudo como siempre cuando
la ilusión de las formas se termina;
y el aire, hecho silencio, disemina
la paz letal de los que están soñando...

¡Otro día que pasa y no la viste!
Ayer tampoco y así siempre. El día
como una hoja seca cae del cielo.

El día pasa y caminante triste
todo se lleva en triste compañía
qué triste compañía es mi consuelo.

Entra la aurora en el jardín; despierta

Entra la aurora en el jardín; despierta
los cálices rosados; pasa el viento
y aviva en el hogar la llama muerta,
cae una estrella y raya el firmamento;

canta el grillo en el quicio de una puerta
y el que pasa detiéndose un momento,
suena un clamor en la mansión desierta
y le responde el eco soñoliento;

y si en el césped ha dormido un hombre
la huella de su cuerpo se adivina;
hasta un mármol que tenga escrito un nombre

llama al Recuerdo que sobre él se inclina...
Sólo mi amor estéril y escondido
vive sin hacer señas ni hacer ruido.

Cuando en las fiestas vago en el suburbio

Cuando en las fiestas vago en el suburbio,
desde las tierras altas la mirada
de albatros tiendo a la ciudad cargada
de hombres, al lado del Estuario turbio.

Como en una visión de grandes valles,
veo, entrando en el cielo, humeantes barras,
las azoteas rojas, las pizarras
y el tajo ceniciento de las calles.

Y veo el barrio donde está tu casa,
(lo veo y la tristeza me traspasa)
y la casa escondida donde estriba

mi vida laboriosa y miserable...
Y se me alza en el pecho, inolvidable,
el gran amor de la ciudad nativa.

Hospitalario y fiel en su reflejo

Hospitalario y fiel en su reflejo
donde a ser apariencia se acostumbra
el material vivir, está el espejo
como un claro de luna en la penumbra.

Pompas le da en las noches la flotante
claridad de la lámpara, y tristeza
la rosa que en el vaso agonizante
también en él inclina la cabeza.

Si hace doble al dolor, también repite
las cosas que me son jardín del alma.
Y acaso espera que algún día habite

en la ilusión de su azulada calma
el Huésped que le deje reflejadas
frentes juntas y manos enlazadas.

Tornasolando el flanco a su sinuoso...

Tornasolando el flanco a su sinuoso
paso, va el tigre suave como un verso
y la ferocidad pule cual terso
topacio el ojo seco y vigoroso.

Y despereza el músculo alevoso
de los ijares, lánguido y perverso
y se recuesta lento en el disperso
otoño de las hojas. El reposo...

El reposo en la selva silenciosa.
La testa chata entre las garras finas
y el ojo fijo, impávido custodio.

Espía mientras bate con nerviosa
cola el haz de las férulas vecinas,
en reprimido acecho... así es mi odio.

Soñé con un jardín noble y perfecto

Soñé con un jardín noble y perfecto
de color mortecino y atenuado
inmutable, severo, sosegado,
antiguo y uniformemente recto.

Dos paredes de evónimos oscuros
cortados con paciente simetría
y en el medio un estanque donde había
tornasolados cárdenos e impuros.

Y aquí un reloj de sol sobre la piedra
ruinosa que abrazaba larga hiedra,
e inmóvil, un pavón en el sendero.

Jamás pasaba el viento. Y allí, en vano
como una lenta sombra iba un anciano
de alguna lenta sombra carcelero...

Si soñar es vivir, viví. Mi propia...

Si soñar es vivir, viví. Mi propia
sangre gusté y en verso la celebro.
Volqué como divina cornucopia
mi corazón colmado en el cerebro.

Viví sintiendo mi rumor, hablando
conmigo nada más, con el empeño
de ver sólo lo que iba imaginando.
Y quizá de la vida me hice un sueño.

Hoy siento despertar a mi memoria...
Con la inutilidad de un ciego miro
y no comprendo nada más que al cielo,

al cielo que ya no es cosa ilusoria.
Y hoy que a vivir empiezo más suspiro,
porque lo que comprendo no es consuelo.

Cuerpo que vas hollando las violetas

Cuerpo que vas hollando las violetas
de las cosas humildes y secretas
y sintiendo como una despedida
el perfume del árbol de la vida,

sereno vas con la ambición quebrada,
sereno vas... ¡y cuánta cosa ansiada
que ya no ansías! y por eso amigo
mío, me das consuelo y te bendigo.

¡Oh, cuerpo mío, casa silenciosa,
donde la vida pasa, silenciosa
como un leve suspiro;

oh, templo de penumbra y de plegaria
noble mansión de un alma solitaria,
como a un castillo en el confín te miro!

Oliverio Girondo

(Buenos Aires, 1891). Obra poética: *Veinte poemas para ser leídos en el tranvía* (1922), *Calcomanías* (1925), *Espantapájaros* (1932), *Interlunio* (1937), *Persuasión de los días* (1942), *Campo nuestro* (1946), *En la Masmédula* (1956), *Obras* (1968), *Obra completa* (1999). Falleció en Buenos Aires en 1967.

Exvoto

A las chicas de Flores

Las chicas de Flores, tienen los ojos dulces, como las almendras azucaradas de la Confeitería del Molino, y usan moños de seda que les liban las nalgas en un aleteo de mariposa.

Las chicas de Flores, se pasean tomadas de los brazos, para transmitirse sus estremecimientos, y si alguien las mira en las pupilas, aprietan las piernas, de miedo de que el sexo se les caiga en la vereda.

Al atardecer, todas ellas cuelgan sus pechos sin madurar del ramaje de hierro de los balcones, para que sus vestidos se empurpuren al sentirlas desnudas, y de noche, a remolque de sus mamás -empavesadas como fragatas- van a pasearse por la plaza, para que los hombres les eyaculen palabras al oído, y sus pezones fosforescentes se enciendan y se apaguen como luciérnagas.

Las chicas de Flores, viven en la angustia de que las nalgas se les pudran, como manzanas que se han dejado pasar, y el deseo de los hombres las sofoca tanto, que a veces quisieran desembarazarse de él como de un corsé, ya que no tienen el coraje de cortarse el cuerpo a pedacitos y arrojárselo, a todos los que les pasan la vereda.

El pentotal a qué

Lo no moroso al toque
el consonar a qué la sexta nota
los hubieron posesos
los sofocos
los sobos del bis a bis acoplo de sorbentes subósculos
los erosismos dérmicos
los espíribuseos
los pan-panal a qué
el ir a qué con meta
los refrotos fortuitos del gravitar a qué con cuanto insecto en tedio
languilate en los cubos del measma
los tantos otros otros
la sed a qué
las equis
las instancias del vértigo
el gusto a qué desnudo
los tententedios tercios del infierno en familia
las idóneas exnúbiles
el dar a qué por qué
el re la mi sin fin
los complejos velados
el decomiso aseto
los tejidos tejidos en el diario presidio de la sangre
los necrococopiensos con ancestro de polvo
el *to be* a qué
o el *not to be* a qué
la suma lenta merma
la recontra
los avernitos diales
el ascopez paqué
cualquier a qué cualquiera
el pluri a qué
a qué el pentotal a qué
a qué
a qué
a qué
y sin embargo.

Nocturno 1

No soy yo quien escucha
ese trote llovido que atraviesa mis venas.

No soy yo quien se pasa la lengua entre los labios,
al sentir que la boca se me llena de arena.

No soy yo quien espera,
enredado en mis nervios,
que las horas me acerquen el alivio del sueño,
ni el que está con mis manos, de yeso enloquecido,
mirando, entre mis huesos, las áridas paredes.

No soy yo quien escribe estas palabras huérfanas.

Invitación al vómito

Cúbrete el rostro
y llora.
Vomita.
¡Sí!
Vomita,
largos trozos de vidrio,
amargos alfileres,
turbios gritos de espanto,
vocablos carcomidos;
sobre ese purulento desborde de inocencia,
ante esa nauseabunda iniquidad sin cauce,
y esta castrada y fétida sumisión cultivada
en flatulentos caldos de terror y de ayuno.

Cúbrete el rostro
y llora...
pero no te contengas.
Vomita.

¡Sí!
Vomita.
ante esta paranoica estupidez macabra,
sobre este delirante cretinismo estentóreo
y esta senil orgía de egoísmo prostático:
lacios coágulos de asco,
macerada impotencia,
rancios jugos de hastío,
trozos de amarga espera...
horas entrecortadas por relinchos de angustia.

Espantapájaros 1

No se me importa un pito que las mujeres tengan los senos como magnolias o como pasa de higo; un cutis de durazno o de papel de lija. Le doy una importancia igual a cero, al hecho de que amanezcan con un aliento afrodisíaco o con un aliento insecticida. Soy perfectamente capaz de soportarle una nariz que sacaría el primer premio en una exposición de zanahorias; ¡pero eso sí!- y en esto soy irreductible- no les perdono, bajo ningún pretexto, que no sepan volar. Si no saben volar ¡pierden el tiempo las que pretendan seducirme!

Ésta fue –y no hay otra– la razón de que me enamorase, tan locamente, de María Luisa.

¿Qué me importaban sus labios por entregas y sus celos sulfurosos? ¿Qué me importaban sus extremidades de palmípedo y sus miradas de pronóstico reservado?

¡María Luisa era una verdadera pluma!

Desde el amanecer volaba del dormitorio a la cocina, volaba del comedor a la despensa. Volando me preparaba el baño, la camisa. Volando realizaba sus compras, sus quehaceres...

¡Con qué impaciencia yo esperaba que volviese, volando, de algún paseo por los alrededores! Allí lejos, perdido entre las nubes, un puntito rosado. “¡María Luisa! ¡María Luisa!”... y a los pocos segundos, ya me abrazaba con sus piernas de pluma, para llevarme, volando a cualquier parte.

Durante kilómetros de silencio planeábamos una caricia que nos aproximaba al paraíso; durante horas enteras nos anidábamos en una nube, como dos ángeles, y de repente, en tirabuzón, en hoja muerta, el aterrizaje forzoso de un espasmo.

¡Qué delicia la de tener una mujer tan ligera..., aunque nos haga ver, de vez en cuando, las estrellas! ¡Qué voluptuosidad la de pasarse los días entre las nubes... la de pasarse las noches de un solo vuelo!

Después de conocer una mujer etérea, ¿puede brindarnos alguna clase de atractivos una mujer terrestre? ¿Verdad que no hay una diferencia sustancial entre vivir con una vaca o una mujer que tenga las nalgas a setenta y ocho centímetros del suelo?

Yo, por lo menos, soy incapaz de comprender la seducción de una mujer pedestre, y por más empeño que ponga en concebirlo, no me es posible ni tan siquiera imaginar que pueda hacerse el amor más que volando.

El puro no

El no
el no inóvulo
el no nonato
el noo
el no poslodocosmos de impuros ceros noes que noan noan noan
y nooan
y plurimono noan al morbo amorfo noo
no démono
no deo
sin son sin sexo ni órbita
el yerto inóseo noo en unisolo amódulo
sin poros ya sin nódulo
ni yo ni fosa ni hoyo
el macro no ni polvo
el no más nada todo
el puro no
sin no.

Yolleo

Eh vos
tatacombo
soy yo
di
no me oyes
tataconco
soy yo sin vos
sin voz
aquí yollando
con mi yo sólo solo que yolla y yolla y yolla
entre mis subyollitos tan nimios micropsíquicos
lo sé
lo sé y tanto
desde el yo mero mínimo al verme yo hartado en todo
junto a mis ya muertos y revivos yoes siempre siempre
yollando y yollando siempre
por qué
si sos
por que di.
eh vos
no me oyes
tatatodo
por qué tanto yollar
responde
y hasta cuándo

Alfonsina Storni

(Sala Capriasca, Suiza, 1892). Obra poética: *La inquietud del rosal* (1916), *El dulce daño* (1918), *Irremediablemente* (1919), *Languidez* (1920), *Ocre* (1925), *Poemas de amor* (1926), *Mundo de siete pozos* (1934), *Mascarilla y trébol* (1938), *Antología poética* (1938), *Obra poética* (1946), *Poesías* (1961), *Obras* (1999).
Escribió narraciones y obras de teatro. Se suicidó en Mar del Plata, provincia de Buenos Aires, en 1938.

La caricia perdida

Se me va de los dedos la caricia sin causa,
se me va de los dedos...

En el viento, al pasar,
la caricia que vaga sin destino ni objeto,
la caricia perdida ¿Quién la recogerá?

Pude amar esta noche con piedad infinita
pude amar al primero que acertara a llegar.
Nadie llega. Están solos los floridos senderos.
La caricia perdida, rodará... rodará...

Si en los ojos te besan esta noche, viajero,
si estremece las ramas un dulce suspirar,
si te oprime los dedos una mano pequeña
que te toma y te deja, que te toca y se va.

Si no ves esa mano, ni esa boca que besa,
si es el aire que teje la ilusión de besar,
oh, viajero, que tienes como el cielo los ojos,
en el viento fundida, ¿me reconocerás?

El dulce daño

Este grave daño que me da la vida,
Es un dulce daño, porque la partida
Que debe alejarme de la misma vida
Más cerca tendré.
Yo llevo las manos brotadas de rosas,
Pero están libando tantas mariposas
Que cuando por secas se acaben mis rosas
Ay, me secaré!

Tú me quieres blanca

Tú me quieres alba,
Me quieres de espumas,
Me quieres de nácar.
Que sea azucena
Sobre todas, casta.
De perfume tenue.
Corola cerrada.

Ni un rayo de luna
Filtrado me haya.
Ni una margarita
Se diga mi hermana.
Tú me quieres nívea,
Tú me quieres blanca,
Tú me quieres alba.

Tú que hubiste todas
Las copas a mano,
De frutos y mieles
Los labios morados.
Tú que en el banquete
Cubierto de pámpanos
Dejaste las carnes
Festejando a Baco.

Tú que en los jardines
Negros del Engaño
Vestido de rojo
Corriste al Estrago.

Tú que el esqueleto
Conservas intacto
No sé todavía
Por cuáles milagros,
Me pretendes blanca
(Dios te lo perdone),
Me pretendes casta
(Dios te lo perdone),
¡Me pretendes alba!

Huye hacia los bosques,
Vete a la montaña;
Límpiate la boca;
Vive en las cabañas;
Toca con las manos
La tierra mojada;
Alimenta el cuerpo
Con raíz amarga;
Bebe de las rocas;
Duerme sobre escarcha;
Renueva tejidos
Con salitre y agua;
Habla con los pájaros
Y lévate al alba.
Y cuando las carnes
Te sean tornadas,
Y cuando hayas puesto
En ellas el alma
Que por las alcobas
Se quedó enredada,
Entonces, buen hombre,
Preténdeme blanca,
Preténdeme nívea,
Preténdeme casta.

Soneto

En dónde hallarte, amor... que ya desmayo
De tanto ambicionar que me sorprendas;
De aquel deseo que me puso riendas
El corazón se convirtió en lacayo.

Y día a día nuevo modo ensayo
De darte alcance en las humanas sendas;
Para ofrecerte hincada mis ofrendas
Humilde espero el milagroso rayo.

Así buscando la criatura mía
El sol me encuentra y me abandona el día
Con brotes nuevos a la esperanza vieja:

Voy como niño que alcanzar procura
Mariposa veloz y en su locura
le ve más oro cuanto más se aleja.

Voy a dormir

Dientes de flores, cofia de rocío,
manos de hierbas, tú, nodriza fina,
tenme prestas las sábanas terrosas
y el edredón de musgos escardados.

Voy a dormir, nodriza mía, acuéstame.
Ponme una lámpara a la cabecera;
una constelación; la que te guste;
todas son buenas; bájala un poquito.

Déjame sola: oyes romper los brotes...
te acuna un pie celeste desde arriba
y un pájaro te traza unos compases

para que olvides... Gracias. Ah, un encargo:
si él llama nuevamente por teléfono
le dices que no insista, que he salido...

Queja

Señor, mi queja es ésta,
Tú me comprenderás;
De amor me estoy muriendo,
Pero no puedo amar.

Persigo lo perfecto
En mí y en los demás,
Persigo lo perfecto
Para poder amar.

Me consumo en mi fuego,
¡Señor, piedad, piedad!
De amor me estoy muriendo,
¡Pero no puedo amar!

Paz

Vamos hacia los árboles... el sueño
Se hará en nosotros por virtud celeste.
Vamos hacia los árboles; la noche
Nos será blanda, la tristeza leve.

Vamos hacia los árboles, el alma
Adormecida de perfume agreste.
Pero calla, no hables, sé piadoso;
No despiertes los pájaros que duermen.

Lo inacabable

No tienes tú la culpa si en tus manos
mi amor se deshojó como una rosa:
Vendrá la primavera y habrá flores...
El tronco seco dará nuevas hojas.

Las lágrimas vertidas se harán perlas
de un collar nuevo; romperá la sombra
un sol precioso que dará a las venas
la savia fresca, loca y bullidora.

Tú seguirás tu ruta; yo la mía
y ambos, libertos, como mariposas
perderemos el polen de las alas
y hallaremos más polen en la flora.

Las palabras se secan como ríos
y los besos se secan como rosas,
pero por cada muerte siete vidas
buscan los labios demandando aurora.

Mas... ¿lo que fue? ¡Jamás se recupera!
¡Y toda primavera que se esboza
es un cadáver más que adquiere vida
y es un capullo más que se deshoja!

Juan L. Ortiz

(Puerto Ruíz, provincia de Entre Ríos, 1896). Obra poética: *El agua y la noche* (1933), *El alba sube...* (1937), *El ángel inclinado* (1938), *La rama hacia el este* (1940), *El álamo y el viento* (1947), *El aire conmovido* (1949), *La mano infinita* (1951), *La brisa profunda* (1954), *El alma y las colinas* (1956), *De las raíces y del cielo* (1958), *El junco y la corriente* (1971), *El Gualeguay* (1971), *La orilla que se abisma* (1971), *En el aura del sauce*. *Obra completa* (1971), *Obra completa*. Edición Universidad Nacional del Litoral (1996). Falleció en Paraná (Entre Ríos) en 1978.

Sí, mis amigos, allí en esos rostros...

Sí, mis amigos, allí en esos rostros, está el rostro.
El rostro que en la noche, en medio de la tempestad, entre los relámpagos,
en medio del martirio, con la sonrisa última muchas veces,
algunos entrevieron y saludaron como un alba.
La poesía también fue, la poesía también es, un llamado en la noche.
Tímido o firme, pero un llamado hacia ese rostro.
Acaso la belleza esté allí. Estamos seguros de que la belleza está allí.
En ese resplandor que casi vuelve imprecisos los rasgos.
Sin velos. Como la luz de las aguas y de las flores en un puro mediodía.
O como la del corazón que ha encontrado su centro.
Y las manos, ah, las manos que sufrieron las cadenas y sangraron, las manos,
son aquellas, sí, aquellas que allá tejen la guirnalda del sueño a lo largo de la tierra en la casa común.
¿Veis los dedos ahora finos afebrados en torno de los tallos y en los pétalos,
y de los pulsos precisos, y sobre las “páginas que defienden su blancura”,

y sobre los silencios, tantos silencios, que luego han de cantar?
¿Veis el gesto abierto hacia la colina que despierta como una novia o como una hija?
¿Veis el gesto desvelado sobre el paisaje de las infinitas respuestas en la escala toda, relativa,
del vértigo?
¿Pero veis sobre todo, pero sentía sobre todo,
que por las manos ahora fluye, recién fluye, la corriente,
la clara, la profunda corriente en la que la criatura puede mirarse de veras
y ver el infinito?

Sí, mis amigos, allí en esos rostros, está el rostro.
La belleza está allí, nuestra belleza.

Venia de las colinas...

Venía de las colinas celestes ya,
triste, en el aire triste de su vuelo vago.

La conocí y lloré dulcemente con sus ojos
sobre el agua lejana y baja y las islas profundas.

Pero la rosa del día no se iba sola esta vez por el río.
Sentimientos la seguían como velas fascinadas.
¿Por qué las dulces lágrimas entonces?

No sé. No sé. ¿Era que su silencio no encontraba
los otros silencios? ¿Era que su soledad no encontraba
las otras soledades?

Doliente acaso de estar únicamente en el aire, mirada sola del cielo,
ella que puede ser otras miradas, ella que puede ser otro lenguaje...
El lenguaje que encontrará, que se volverá a encontrar, de todos,
en el misterio amoroso de cada uno, por gracia de su misma radiación...

¿O es que ella quería descender, humilde,
y estaba presa como en una suerte de música por su propia
esencia fluida,
ella que es también el espacio y la memoria del corazón, infinitos
y súbitos?
El espacio del corazón... ése sobre todo, éste sobre todo,
de sombra pobre y olvidada en que se llama desesperadamente a
las puertas cerradas,
y no se oye todavía detrás de ellas, entre las ramas de la noche,
su voz tenue casi perdida en la que murmura sin embargo su
respuesta todo el viento del mundo...

Ah, mis amigos, habláis de rimas...

Ah, mis amigos, habláis de rimas
y habláis finamente de los crecimientos libres...
en la seda fantástica que os dan las hadas de los leños
con sus suplicios de tísicas
sobresaltadas
de alas...

pero habéis pensado
que el otro cuerpo de la poesía está también allá, en el Junio de
crecida,
desnudo casi bajo las agujas del cielo?

Qué haríais vosotros, decid, sin ese cuerpo
del que el vuestro, si frágil y si herido, vive desde “la división”,
despedido del “espíritu”, él, que sostiene oscuramente sus juegos
con el pan que él amasa y que debe recibir a veces,
en un insulto de piedra?

Habéis pensado, mis amigos,
que es una red de sangre la que os salva del vacío,
en el tejido de todos los días, bajo los metales del aire,
de esas manos sin nada al fin como las ramas de Junio,
a no ser una escritura de vidrio?

Oh, yo sé que buscáis desde el principio el secreto de la tierra,
y que os arrojáis al fuego, muchas veces, para encontrar el secreto...
Y sé que a veces halláis la melodía más difícil
que duerme en aquellos que mueren de silencio,
corridos por el padre río, ahora, hacia las tiendas del viento...
Pero cuidado, mis amigos, con envolveros en la seda de la poesía
igual que en un capullo...
No olvidéis que la poesía,
si la pura sensitiva o la ineludible sensitiva,
es asimismo, o acaso sobre todo, la intemperie sin fin,
cruzada o crucificada, si queréis, por los llamados sin fin
y tendida humildemente, humildemente, para el invento del
amor...

El río

El río,
y esas lilas que en él quedan...
quedan...
No se morirán esas lilas, no?
Y ese olvido que es, acaso, el de unas hierbecillas
que no se ven...
Pero qué rosas se secan, repentinamente,
sobre las lilas,
en el hilo de las diecisiete,
entre la enajenación del jardín
y la ligereza de las islas, allá, para sugerir hasta los iris
de lo imperceptible que huye?
Oh aparición de Octubre
abismándose en un aire que quisiese de lilas,
sólo de lilas,
para no ver el minuto
de que no saben, probablemente, por ahí
unas briznas...

No, no la temas...

No, no la temas, ella te mira
de donde tú doblas, constantemente, los días...
Y de noche, aún, te visita
y tú quizás ni sospechas que algunas veces por tu hálito
ella te respira...
y esa palidez que, de repente, mientras duermes, te marfila,
desde, acaso, otro sueño, la huida
que tu frente y encera, anticipadamente, en lila
los párpados que te sellaría...?

Sí, ella es detrás, siempre detrás de ti
y es contigo
hasta cuando hacia las diez de un azul de septiembre tú vibras
con la brizna
en ese algo que lejos de pulsarla apenas si verticalmente le mide
en otro jade el minuto
como un lapidario de éste, miniándole en su línea
el centelleo que a su pesar no remite
no, el circuito...

Ella es menos que una sombra o ese nadie que te pierde en lo invisible
y que te habita:
más en ti, en ti
que afuera entonces del tejido
de la millonésima de segundo que tú mueres al vivirte...

Pero puedes, con todo, hacerte tú ella misma
ardiéndote antes de que se incline
sobre tu velilla

tal 42

el héroe al alzarla en una sola llama con la suya ganándole al
destino
el soplo que lo seguía...

y como tú, pues, en el poema en que de súbito, asimismo,
quemas ese momento de la oscuridad o la luz que de todo o de
todos asumiste

y que con tu sangre, también, les rindes
en insignia
del silencio a flamearles cuando el asta, por igual, deba fundírseles
en lo que abrasa, de improviso,
el alrededor de unas islas...

El jacarandá

Está por florecer el jacarandá... amigo...
Es cierto que está por florecer... lo has acaso sentido?

Pero dónde ese anhelo de morado, dónde, podrías
decírmelo?

En realidad se le insinúa en no se sabe qué de las ramillas...

Cómo, si no, esa sobre-presencia, o casi, que aún de lo invisible,
obsede, se aseguraría,
el centro de la media tarde misma,
sobre qué olvido?
llamando desde el sueño o poco menos, todavía,
cuando una rosa en aparecido,
lo cala, indiferentemente, y lo libra, lo libra
a su limbo?

Luis Franco

(Belén, provincia de Catamarca, 1898). Obra poética: *La flauta de caña* (1920), *Coplas* (1921), *Libro del gay vivir* (1923), *Coplas del pueblo 1921-1926* (1927), *Los trabajos y los días* (1928), *América inicial* (1931), *Nocturnos* (1932), *Suma 1927-1937* (1938), *Catamarca en cielo y tierra* (1944), *Pan 1937-1947* (1948), *Constelación. Antología general* (1959), *El corazón de la guitarra* (1963), *Poemas* (1965), *Poesía de Luis Franco. Antología* (1965), *Trotsky-Chajá* (1967), *Guitarra. Teoría y práctica de la copla* (1971), *La mar se embarca* (1975), *Insurrección del poema* (1979). Se desempeñó como periodista y fue ensayista y narrador. Falleció en Ciudadela, Provincia de Buenos Aires, en 1988.

La calandria

Silencio de diamante. En el campo ni un eco.
De pronto la calandria que halla en la luz su alpiste
desciende melodiosa sobre un gajito seco
como buena noticia sobre un corazón triste.

Ecuador

La tierra agita árboles
y lo pájaros y hondas con ademanes ebrios,
pero ya en el cauce del verano
se estanca de nuevo el sol torrencial.
Oh, mediodía de inmóviles ojos de serpiente.
Dos palomas queman su castidad en el incesto.
La fuerza del río se ciñe a mi cintura,
mientras en ecuador de la siesta
comienza a madurar todos los deseos y las frutas.

Atardecer doméstico

Sobre el techo, cansadas de volar todo el día
(puras cual si estuvieran en un Avemaría)
las palomas alisan sus plumas con el pico.
Llevando agua a las flores en un balde de zinc
remangada la falda, la moza entra al jardín,
las criaturas juegan con un perrito chico.

Desde la puerta llama la señora: -¡Heliodoro!
-¡Heliodoro!- repite desde su palo el loro.

Suma

1.-

Montañas amojonan mis distancias.
Las nubes echan las redes de sus lluvias
para pescar árboles y pájaros.
Y mi corazón se excede como los grandes ríos.
Con mis manos aliso las llanuras,
destrenzo las sendas;
con un silbido aguzo la alzada de los álamos.
Estoy aquí con mi soplo de estío
y con mis duros dientes de indio verdadero.
Ya las estrellas controlan mis pasos y latidos.
Yo también trazo la órbita de un mundo.

22.-

Confieso y reverencio la vida la vida aún en sus briznas menores.
Esa piedra vuelta tiernísima por el musgo,
o cuando está desnuda y tiene algo de estrella no encendida;
o parte, divino de violencia, como si saltara por sobre el tiempo,
cada cosa moviéndose por un camino propio,
siguiendo su itinerario inimitable
y confluyendo en el principio y el fin.

38.-

Con los cuellos tendidos,
la ola, el árbol, la montaña acechan lo que va a venir.
Mi alma tiene la gravedad de las esposas encinta,
pero está melodiosamente alegre y canta,
-ya contemporánea de lo venidero-
canta para lo que no es pero vendrá después.

Pondero ya los futuros idiomas,
sutiles como la música, perfectos como cifras
y las tormentas que remozarán una vez más el aire,
y los nuevos inventos que enflorarán el mundo.
Pondero ya un inédito tipo de mujeres y de hombres,
almas de más cuerdas y mejor afinadas que las de hoy.

Soy camaradas de los que son y fueron
pero más aún de los que serán un día,
¡oh, zumbo de los enjambres de días que esperan su turno!

Andes 1936

1.-

¡Olor de piedra, miradas de piedra, silencio de piedra,
emboscada de piedra!

Lo enorme nos comprime las costillas,
no puede respirar por nuestras narices.
Como galopes al borde de un barranco
los relojes se han parado en seco.
Se está bajo las edades como una tortuga bajo las imbricaduras
de su concha.
La inmovilidad nos pesa más que una joroba.
Queremos ver, oír, saber,
pero nuestros sentidos son muñones de alas.
Las antípodas de lo humano están aquí.

Ricardo Molinari

(Buenos Aires, 1898. Obra poética: *El imaginero* (1927), *El pez y la manzana* (1929), *Panegírico de Nuestra Señora de Luján* (1930), *Hostería de la rosa y el clavel* (1933), *El desdichado* (1934), *Una rosa para Stefan George* (1934), *El tabernáculo* (1934), *La tierra y el héroe* (1936), *Elegías de las altas torres* (1937), *Casida de la bailarina* (1937), *La corona* (1939), *Libro de las soledades del poniente* (1939), *Oda a orillas de un viejo río* (1940), *El alejado* (1943), *Mundos de la madrugada* (1943), *El huésped y la melancolía* (1946), *Esta rosa oscura del aire* (1949), *Días donde la tarde es un pájaro* (1954), *Unida noche* (1957), *El cielo de las alondras y las gaviotas* (1963), *Un día, el tiempo, las nubes* (1964), *Una sombra antigua canta* (1966), *La hoguera transparente* (1970), *La escudilla* (1973), *Las sombras del pájaro tostado -Obra poética 1923- 1973* (1975), *La cornisa* (1977), *El desierto viento delante* (1982), *El viento de la luna* (1991). Falleció en Buenos Aires en 1996.

Cuando pasan las grandes bandadas por los cielos del sur

A. J. M. Cohen

1.-

¡Oh Dios, mi corazón!
Ya comienza el otoño en el sur y pasan las inmensas bandadas,
y los pájaros de las ciénagas vuelan con los primeros fríos
gritando,
y yo estoy solo y sonriente con mis manos.

Alguna vez, e igual a Néstor, estuve junto a los de mi tribu
hablando, reseco el cabello con el aire y de la hondísima
tristeza desoladora.

Y vimos nuestros enemigos, como rudas hierbas en el sol,
danzando, crecer,
en tanto mirábamos nuestras barcas
y cantábamos solidariamente
cerca del mar oscuro y sofocante.

(Las nubes atraviesan por el aguanoso cielo de la tarde, y los
pájaros
huyen. Y miro estos campos
asediados y dulces por las noches.)
Y estuve delante de ellos; el frío abrazaba los bordes agrios de
mi lengua, la angustia;
y el viento hendía la sombra densa de mi corona sobre mis ojos.
¡El purpúreo aire del aire!

Estas ramas verdes golpean estas últimas horas,
y unas flores sucias en el campo.

*Homo umbrae somnium.**

En la costa del Atlántico rompen las nieblas, y los pájaros pequeños
vuelan rápidos
por las delgadas luces del vacío.
Únicamente yo quedo parado, endurecido y desdeñoso, para mirar
mi cuerpo sobre la tierra.

¡Ay, esos pájaros!

*Píndaro

Oda al viento grande del oeste

1.-

Inclina el pasto su tostada sombra sobre la tierra y comienzan
a pasar las mariposas,
el viento amarillo y rosa del éxodo,
y corre la perdiz silbando y la martineta aprieta sus jaspeadas
plumas,
y los pájaros gritan y vuelan inquietos debajo de los grandes y
ansiosos cielos de las llanuras.

Y sola tú patria, miras venir las espesas nubes y oyes el tronar,
el mover del espacio de los oscuros cíclopes,
y el azotar brillante de tanta soledad. Y el huracán con el agua
que golpea la tarde
como una tambora que pasea su vientre morado y frío por el
horizonte.

Sí, patria, antepasados, tropillas, de vosotros juntos, el céfiro,
desprendido, os recuerda y sostiene,
y nuestros deshechos ojos solitarios os ven en la distracción,
abajo de la muerte o en ella. ¡Y cercea el tiempo en las dunas y
sobre las ausentes y desatentadas
angustias de repente!

Bate el viento en la primavera, en las claras estaciones, y en el
invierno plumizo de las planicies
anda por el cielo, igual a un ángel
que buscara un país o una ruina desierta de la nostalgia!

¡Y solamente el viento!

3.-

En las inmensas y desoladas campañas pastan y recrean las
innúmeras caballadas
de duro pelo, que la intemperie fuerte de la lejanía empuja y
arremolina en meandros, donde los pájaros
se posan y pican o levantan cantando.

Y yo estoy soñando, hacia atrás, que de ausencias existo detenido,
como la torcaz
del monte, llamando y nombrando
con las nubes.

Si vieras, miraras, volver la tarde por el campo, amor mío, igual
a un cielo tremendo sobre el trebolarse,
recordarías, que en un tiempo polvoriento y hermoso
hay un día, sin abandono, ceñido,
en el que estoy firme y derecho, con mi mocedad, y la mata
negrísima de mis cabellos cubre mis ojos,
la velada sombra de la vida, en el vacío.

¡Y siempre el viento y la ascendente y perdurable noche!

Solo mi corazón ventea esa llama

Anoche, a veces, ahora, veo un dulce espacio en la llanura, oculto
en campo verde;

liso, sin aire, limpio, diáfano; inimaginable de luz, y allí,
una morada y un árbol que sombrea intenso con sus retorcidas
ramas suntuosas unos muros.

Y allí, y siempre allí, una mujer que aguarda, sin movimiento,
los ojos pasados en el infinito grande del vacío, tal vez vivos, y
lleva otras ropas largas,
antiguas, tensa y joven. Y nada más, ni un caballo, ni un arroyo,
ni un mísero perro.

¡Sólo mi corazón ventea esa llama!

Casida VI

Empuja la hermosa tarde ardiente las grandes nubes sueltas hacia
el mar oscuro,
y huía el viento del comienzo de la marea, de espuma endurecida
que volvía y pegaba la línea
de la costa y la cubría. Y se borraron los pozos
de nuestros cuerpos. Hendía el mar,
ajeno, mirando las zonas secas,
y nos echaba hacia las dunas altas y ondulantes.
A ver más arena y las primeras estrellas
rompientes y limpias.

Casida VIII

A veces, a menudo, en la noche vuelves con tus ropas ásperas y
voladas, cantando;
golpeo con mis ojos la arena lustrosa que te ciñe y el umbrío
anunciamiento dormido.

Sacudo mi cuerpo y cerneo mis miembros, y distraído escucho
al caer cercano del rostro de la noche en el suelo.
Pienso en ti, deseado, y nos sentimos vagar a orillas del mar, y
dejamos a la liviana espuma nos cubra las piernas,
y andamos más lejos, separados,
o volvemos hacia atrás nuestra vista para ver cruzar
un pájaro ya dentro de nuestro vacío.

Otra vez llegas, miras, lastimas, y te rompes con el aire seco
y retirado
que me rodea y refleja.

¡Delicia vagabunda!

Carlos Mastronardi

(Guaaleguay, provincia de Entre Ríos, 1901). Obra poética: *Tierra amanecida* (1926), *Tratado de la pena* (1930), *Conocimiento de la noche* (1937), *Siete poemas* (1963), *Poesías completas* (1982). Se desempeñó como periodista y fue ensayista. Falleció en Buenos Aires en 1976.

Los mandatos ocultos

Trabajo para un hombre insospechado
oculto en algún siglo venidero.
Sin saber quién lo manda, está llamado
a ser mi realidad y mi heredero.

Mi paso y el de todos los mortales
oigo en una desierta edad futura.
Causando estoy las dichas y los males
que aguardan a una incógnita criatura.

Herederá mi sombra y será suyo
el dulce afán que mueve aquí mi mano,
-más habrá de ignorarlo. Quizá influyo

sobre un sirviente, un juez o un asesino
cuyo puñal esgrimo yo, el arcano.
Esa oscura maraña es el destino.

Luz de provincia

(Fragmento)

A Eduardo Beracochea

Un fresco abrazo de agua la nombra para siempre;
sus costas están solas y engendran el verano.
Quien mira es influido por un destino suave
cuando el aire anda en flores y el cielo es delicado.

La conozco agraciada, tendida en sueño lúcido.
Da gusto ir contemplando sus abiertas distancias,
sus ofrecidas lomas que alegran este verso,
su ocaso, imperio triste, sus remolonas aguas.

Y las gentes de ahora, que trabajan su dicha,
los vistosos linajes prometiendo un buen año,
las mañanas de hielo, los vivos resplandores,
y en campo en su abandono feliz, hondura y pájaro.

Las voces tienen leguas. Apartadas estancias
miden las grandes tierras y los últimos cielos,
y los rumores de hacienda confirman lo apacible,
y un aire encariñado, de lejos, vuelve al trébol.

Gracia ordenada en lomas y en parecidos riachos.
En su anchura, porfían los hombres con la suerte,
y esperan suave fronda y unas tardes eternas
y los dones que piden a los cielos rebeldes.

Preparando cada uno los colores del campo,
capaz el brazo, justa la boca, el pecho en orden.
Para el ganado buenos pastajes y agua libre,
creciendo en paz la bestia, la tierra dando al hombre.

Lindo es mirar las islas. Una callada gente
en cuyos ojos nunca se enturbia el claro día,
atardece en sus costas y cruza con haciendas,
dichosa en la costumbre y en la amargura, digna.

La vida, en campo afuera, se contempla en jazmines,
o va en alegres carros cuando perfuma el trigo
cortado, cuando vuelve la brisa a trenzas jóvenes
y el ocio, en la guitarra, menciona algún cariño.

Se puede, es un agrado, saludar la esperanza,
que suele quedar sola, y los medidos actos
del hombre que se afirma con la reja en la escarcha
o rige noche y día la marcha del ganado.

Cruzan como dormidos los troperos, al paso,
tras largas polvaredas; vuelven de las tormentas,
de los bañados cuando la provincia es del viento,
de unos campos ardidos por la luz veraniega.

Lenguas, y en ese brillo la torcaz y el aroma,
pausado el movimiento del otoño flotante,
y luego auroras de agua, temporadas de sombra,
y el tedio hacia las tardes que los vientos deshacen.

El inconstante cielo, las plagas vencedoras,
los nacientes sembrados que empiezan la alegría,
los anhelos atados a un destello del campo,
el riesgo, siempre hermoso, y el valor que no brilla.

Las revueltas manadas que arrecian libremente,
y después la incansable dulzura, la honda calma
y el esplendor desierto donde se abisma el pájaro,
donde se pierde el claro vivir de las estancias.

Es bueno ver los hombres, allí, alegres de campo,
rigiendo altos motores, sudando entre las parvas.
Estas gentes descifran su futuro en el cielo,
y sus mansas acciones confirman bestias y albas.

Conocen duras penas y alguna vez la dicha,
entienden las tormentas, las promesas del campo,
los soles y los tímidos modales de esa tierra
de ocioso color suave. (La he mirado despacio.)

Cariñosas distancias, favores del silencio,
poblados que hacia afuera relucen en jardines,
unas casa extremas y solas en el llano,
cercos de fronda, huraña dulzura de unos lindes.

La siesta es un arrullo cansado en esa fronda
donde otra vez aquieto mis tardes de luz viva.
Rosas proporcionadas al poder del verano,
convocando muchachas aclaran más el día.

Por los pueblos, abiertos en yuyales que apuran
la campaña y la noche, lentas almas rehacen
unos sabidos rumbos que igualan toda suerte.
Sólo cambian los cielos y unos crespos tapiales.

Calles de intimidad sin nadie, olvido y sol,
y siempre unas bandadas atristando el oeste,
y ese vals de retreta, pobre encanto en la noche:
nos busca su florido pesar, su voz nos quiere.

Cuando el aire se duerme, llega un rumor de juegos
del arrabal, o acaso de unos queridos años;
y claras van entre los árboles despaciosas mujeres,
festejando colores, arreglando algún gajo.

Busca cielo y riberas el ocio del domingo.
Conozco esas mañanas populares y agrestes.
La soledad se aviva de remos, de agua en fiesta,
y, esperanzando mozas, se lucen los jinetes.

La flor de la glicina sobre quietas morochas
miré en las hondas quintas. Allí una luz incierta
reposa, y por sonoros maizales llega el viento
con el rumor quebrado de lejanas haciendas.

El ocaso desgana las voces, y algún hombre
queda en la brisa pura, bajo el cansado cielo.
La vida se apacigua contemplando la hora
distráida sobre aguas, sembrados y altos ceibos.

La tarde, ausencia y fuego, se pierde en los arroyos
y allá están, los he visto, unos lacios juncales
que agravan de sombría delicia y de secreto
el verdor extendido, la dulzura incansable.

Estos serenos campos fueron selva y ternura
de cantos extrañados en los días sin hombres.
Después, las almas libres; me acuerdo que pasaban
con haciendas cerriles o ganaban los montes.

He vivido en las costas y anduve un año entre islas.
Las crecientes traían animales extraños
y la grata zozobra de escuchar agua brava
entre el clamor extremo de los campos ahogados.

Mecido cielo de árboles, luz de mi tiempo: vieron
la suerte de mi gente. Yo estaba y lo querido.
Nuestro culto y nuestro ánimo era un hombre de afuera.
Las frondas encerraban el vecindario antiguo.

Perdido pueblo, noche de ladridos y viento;
por los ranchos lejanos, miserables canciones,
el alba entre campanas y los mojados carros,
calles de luz más sola, la plaza como un bosque.

Con buen tiempo llegaban las noticias del campo
que animaron tertulias de señores felices
y un pájaro bastaba para alegrar al pueblo.
Luz agreste y cantada, la vida entre jazmines.

Recordando mi casa y unos queridos años
digo: era el agua próxima rumor en la roldana,
llegaba algún dichoso, las fiestas nos juntaban,
nuestro padre salía temprana a la campaña.

Tuvimos un gran árbol, para el barrio su efluvio.
Adentro iba una voz disponiendo esplendores
y en los patios duraba la sombra de los nuestros...
Entonces, los regalos venían de los montes.

Aldo Pellegrini

(Rosario, provincia de Santa Fe, 1903). Obra poética: *El muro secreto* (1949), *La valija de fuego* (1952), *La construcción de la destrucción* (1957), *Distribución del silencio* (1966), *Escrito para nadie* (1973), *La valija de fuego. Poesía completa* (2001). Fue ensayista, editor y traductor de poesía. Falleció en Buenos Aires en 1973.

La fiesta de las arañas

¿Ah sí, te has despertado?
una mañana prodigiosa abre de par en par las ventanas
el último árbol de la noche ha dejado una huella
sobre la piel de tu frente.

Sí, te has despertado
agitando tu manto de telarañas de sueño
ahuyentaste el tropel de ratas ciegas
que te roían dormida.

Ya estás despierta, ¿a dónde vas ahora?
abandonas tu riqueza nocturna por el gran vacío del día
y con la pálida debilidad construyes tu marcha sin objeto.

Ya estás despierta, subamos
por la angosta escalera hasta el confín del tiempo
para sorprender allí a los minutos perdidos
fugados de la vida.

No
un brusco desaliento te detiene
frente al espacio sin cielo donde nieblas aterradas
con inexplicable dulzura
transforman en viento a los que avanzan.

Algas marinas de la esperanza
horas inútiles se ocultan tras la puerta dorada
las palabras se encadenan a un profundo secreto
el diamante del desaliento brilla hacia adentro
los que se atreven a sonreír pierden su lugar en el mundo.

¿Adónde vas sin mí? buscas tu fiesta única
tu borrachera de signos y cataratas
tu jaula de libertad
donde amigos desconocidos beben tus gestos líquidos
y el veneno te mira con ojos fosforescentes.
Prepárate para tu fiesta
la fiesta de las manos que se resquebrajan
la fiesta del sudor de los crujidos
allí donde el letargo de tu carne
se precipita en una oscura danza.

tu fiesta es la fiesta de las arañas
que devoran ferozmente tu riqueza nocturna
para alimentar su riqueza inagotable
allí sumergida en un olvido sin límites
comprarás motivos para tu risa
comprarás estruendo para llenar tu silencio.

Las mentiras del amor

El día que buscabas tu vestido
Color de las intenciones exactas
Una mujer de 40 años perdía intencionalmente un pañuelo en
un café
Todos los hombres se levantaron de un golpe
Estaban muy cerca de la verdad
Pero como ésta tenía el color del hígado cocido
buscaron en sus propios bolsillos
Encontraron una mujer vestida a la moda de 1830.

Sobre las diversas formas de placer

Un trozo de papel
un árbol que camina al encuentro de la mirada
una inscripción en el seno de una virgen
un gesto de desprecio que licua los rostros
una tapia sembrada de ojos fosforescentes
una mano que corre las cortinas
un niño que orina en el extremo de una calle
un cortejo fúnebre
un perro que persigue espejos
una mosca misántropa
una injuria perdida en la noche
una mujer que despierta y llama a su hijo
y un hijo que no existe
son todos objetos dispuestos para excitar el deseo
cuando se abre la puerta la casa está vacía
en la iglesia las ratas escuchan la letanía
dad más sed al sediento
dad más hambre al hambriento
oh ya es demasiado, ya he tocado el ala
ya he tocado el vuelo y la nube y la lluvia
no se puede avanzar más
por el camino de la voluptuosidad.

Sobre la contradicción

I

Si extendiendo una mano encuentro una puerta
si abro la puerta hay una mujer
entonces afirmo que existe la realidad
en el fondo de la mujer habitan fantasmas monótonos
que ocupan el lugar de las contradicciones
más allá de la puerta existe la calle

y en la calle polvo, excrementos y cielo
y también ésa es la realidad
y en esa realidad también existe el amor
buscar el amor es buscarse a sí mismo
buscarse a sí mismo es la más triste profesión
monotonía de las contradicciones
allí donde no alcanzan las leyes
en el corazón mismo de la contradicción
imperceptiblemente
extendiendo la mano
y vivo.

II

Cuando un personaje vestido de negro se arroja a un abismo
otro vestido de rojo sube a un carruaje
he ahí el misterio que no se solucionará jamás
una acción alternativa llena de malignidad
cuando florecen los olivos
fructifican los nuevos sistemas filosóficos
la señora Victoria se hace teñir los cabellos
y los desocupados comentan la frecuencia de los
suicidios entre matemáticos
nadie debe ignorar las bellezas de la vida
la antorcha de los cálculos bancarios
ilumina apenas la idea de la grandeza humana
atropellando a un señor con una flor en el ojal
a un par de enamorados cubiertos de piojos
deliciosos bosques incendiados, ríos desbordantes de
orgullo
atropellando mi amor mi odio mi alegría mi fastidio
corriendo desesperadamente
a la zaga de nada
yo vivo.

Jorge Enrique Ramponi

(Lunlunta, provincia de Mendoza, 1907). Obra poética: *Pre-ludios líricos* (1927), *Colores de júbilo* (1927-1930), *Pulso del clima* (1932), *Pulso del tiempo* (1935), *Corazón terrestre* (1935), *Maroma de tránsito y espuma* (1935), *Piedra infinita* (1942), *Los límites y el caos* (1972). Falleció en Mendoza en 1977.

Piedra infinita (Fragmentos)

El árbol es un pensamiento de la tierra,
bulle y fulge en la atmósfera con su rito de pájaros;
semáforo del alba sus veletas al viento,
escultura de pecho circular al paisaje.
El alma oral del agua tiembla en cuño verde, en cauce
de frescura,
se géiser hace fiestas a la sangre,
si echara a andar, nos besaría en el corazón, labio por
grumo, hoja por hoja.

La piedra es un terror que fue un dolor remoto,
cicatriz milenaria toda costra de piedra,
dimensión sideral de la muerte,
muerte *immortal*, cadáver sólo eterno,
lo que no participa ni aún asiste.

En vano la lluvia, a largas manos de caireles, busca
acento en su omóplato,
en vano la vida quiere abrirle un hondo cáncer.

(La piedra acosa al hombre,
lo asedian sus espectros,
por el reverso de la sangre suelta sus meteoros fríos,
en campos de vigilia fulge su heráldica siniestra,
empuña su perfil de crimen, verdugo de los sueños.

De espaldas, entre lo opaco inútil por traslúcido,
el corazón en cruz por un sollozo,
despierto, náufrago fugitivo de una liturgia amarga,
desnudo hasta los huesos por un lívido lampo.
Oh lecho de cruel espejo estéril, ras a ras de si intemperie seca,
–un cráneo bajo el cráneo, un fémur a lo largo de los
fémures–
tálamo y catafalco,
en nupcias con mi propia forma blanca yacente.)

Piedra por piedra,
desierto sólido, áspero alcázar,
nudo macizo hasta lo negro.
piedra o enigma de lo abstracto
o realidad de un mito puro,
olvido de dios ya dios de olvido.

La piedra tiene un ídolo de edad perpetua.
El hombre siente cancelar su orgullo,
prosternar su sangre.
Un gran embudo frío sorbe desde el témpano.
Todo a su alrededor cae en el rito inmóvil.

Oh nombre de cábala que el corazón canta y escucha,
aldaba del oráculo,
incógnito en sus ecos por espectros de símbolos,
su ráfaga de enigma bate la sangre,
repercute diagonal en la frente:
tras el tumulto queda su versión en la frente del silencio.

Parapetada en su baluarte,
invicta en su reducto,
ancha y honda en su esfinge,
alrededor de sí sobre su piedra inerte,
apretada y henchida:
piedra en piedra de piedra.
Quien mira en sus resquicios,
quien busca su consigna por los dueños,

promueve lo terrible, comete el holocausto de sus
ángeles,
invalida lo puro, asimila lo acerbo de su numen,
tras la dura pasión el infortunio brota en negras lianas,
porque el dolor bebe la forma de un dios amargo
entre las sienes,
luego se llena de ébanos el corazón, la voz se llena de
ébanos.

(...)

Hombre beodo de piedra, de su vino de lápidas,
de su tufo de templo, de sagrado patíbulo,
convalece y escucha:
un élitro estival clama en tu pámpano,
oh alma que aún habitas un cuerpo,
cuerpo que aún hospeda su sangre,
sangre que aún exige su liturgia terrestre.

Bulle en el corazón un encendido enjambre o veneno
de tórridas burbujas;
criaturas de un latido asumen su vigilia en el talle de
un pulso;
se heredan y suceden llamas de un leve pétalo votivo,
como abejas de fuego entre voraces párpados
que inflaman su faceta púrpura y se retiran:
se percibe el huma de la vida que extinguen sus luciérnagas.
Canta, pequeño pastor de unos días y una sangre
sobre la tierra, nuestra heredera y nuestra herencia,
canta, oh deudo, mientras vuelve a la heredad la dádiva,
gota a gota a su núcleo,
porque es honra del hombre libar lo que su oscura,
última flor contiene,
así madura la equidad del mundo, oh héroe del corazón,
cantando.

Juan José Ceselli

(Buenos Aires en 1909). Obra poética: *La otra cara de la luna* (1953), *Los poderes melancólicos* (1955), *De los mitos celestes y de fuego* (1955), *Violín María* (1961), *El paraíso desenterrado* (1966), *Misa tanguera* (1975), *La selva 4040* (1976), *Poemas jíbaros* (1985). Falleció en Buenos Aires en 1982.

Taumaturgia

Su piel se transformaba y cambiaba de color lo mismo que la
tempestad.
Sus olores, sus juegos, sus torturas, me fascinaban y me hundían
en la náusea
lejana de un canibalismo impío. Una consigna mortal unía
implacablemente a
todos los animales, y las flores y los insectos transmitían
nuestros mensajes. Fue así
como, aherrojado por la certeza de sus conjuros, me convertí en
un nuevo sacerdote
y recorriendo los altares del mundo prediqué la buena nueva. Y
todas las religiones acataron al nuevo dios.

El paraíso desenterrado

estallando como una granada de violetas
tu sexo ha convertido mi alcoba
en un palacio de fatigas
debajo de tu pelo flota la unción de los templos
y el bochorno voluptuoso que antecede al huracán

cada vez que te poseo
te transformas en una mujer diferente
y tus poderes me recuerdan vagamente al Dios del Mal
recostada sobre el verano

tus gemidos tienen el sabor áspero de los pastos incendiados
y me alientas y me festejas
excitando la savia de los vegetales
y los conjuros prisioneros de un gran desorden estival

un erizo de vidrio
rueda entre las estrellas
mi sangre vibra como el bronce de los timbales
y te castigo y te martirizo
y como un corcel enfurecido
hundo mi pánico en tus sueños
desesperado
trato de apresar impudicamente
las imágenes que recorren tus placeres más ocultos

le prendo fuego a los muebles
echo a rodar los retratos
¿qué historias son esas de la vida eterna?
nada hay más allá de ti y de mí
ven y mientras los demonios desentierran el paraíso
nosotros seremos a la vez el Infierno y la Gloria
nosotros seremos la Eternidad

tus senos pesan en mis mansos
como un fruto en la rama.

Tercera iluminación de la 16ª ceremonia

oh fantasmas oh dioses
dadme el vigor suficiente para soportar sus perfidias
un poder demoníaco nos consume
para hacer más pavorosa nuestra comunión

un sonido vertical un rayo fertilizante
ilumina su imagen hecha de alas de mariposas
mi inocencia se entristece diabólicamente
revientan las semillas en el huerto

¿dónde está la perversión sino en sus espejismos?
¿dónde la Caída sino en su exaltación?

solemne y sagrada
sentada sobre la fragancia de los patibulos
rodeada por las llaves y los reverberos
de los desastres de la castidad
cuelga una araña de su cuello
para defenderse de mis sueños

extraviado en una alameda de mujeres desnudas
golpeando los frágiles biombos que nos separan del Infinito
¿qué escándalo sus palabras no me han confiado?
¿qué desenfreno su sabiduría no me ha transmitido?

sus hombros huelen ya a la estrella matutina
y una luz ha penetrado en la habitación
pero quizá no sea al alba todavía
sino ella que se ha movido en el lecho.

Crítica a la tercera iluminación de la 16ª ceremonia

Cada día, yo empujaba hacia ella las puertas tortuosas de mis
ambiciones
y ponía en marcha las poleas tornasoladas de sus recuerdos des-
cubriendo
sensaciones venenosas, estupros inocentes, antídotos bárbaros,
mientras
el péndulo alocado de su corazón cáustico se asfixiaba bajo el
terciopelo
áspero de la altivez, agostado por temperaturas desconocidas, más
allá
del frío y del calor.

La luna

Siempre soñé con la guillotina de su cuello-que tenía la ternura de un ananá recién cortado-la comodidad de un coche de lujo-la atracción de un accidente-la gloria del aviador que había aniquilado toda una ciudad-bastaba entrever una sola parte de la planta de su pie para reconstruir todo el Paraíso-sus gestos de perfume antiguo-sus piernas desafiantes de venado a la carrera-siempre soñé con un viento azul que cambiara el mundo-y fue al tomarla de la cintura cuando supe que había alcanzado la divinidad-¿qué intimidades abismales de bosques de yeso no se abrían en la línea de sus senos descubierta a través del escote?-frenético el verano eyaculaba sobre las plantas-el sol era un grano de sal rodeado de ladridos-y se hizo más luminoso al borde de sus pantorrillas-en una mañana con sabor a durazno-piel estridente de sirena de alarma-y mientras tosía-y el asma la ahogaba-alguien golpeaba a la puerta-la leche se derramaba en la cocina-la escoba se caía-la ropa sucia invadía la casa-los pisos abandonados-las camas abandonadas-los platos abandonados-¿es ésta la felicidad?-¿la sabiduría infinita de la Maldad?-en el jardín he plantado tres rosales-uno rojo-otro rosa-otra color té-de noche entre sus ramas estallan los sueños-los crímenes-viven los pájaros con picos oxidados-puertas pálidas-chorros de luz agria-grandes piedras que sirven para moler las manos de los niños-hombres que salen al anochecer con el perfume del incesto entre los labios-algunos restos de un milagro-mujeres lanzallamas-ofreciendo el azúcar verde de sus carcajadas-las nalgas cubiertas de flores-conquistando el mundo con la depravada belleza de sus senos servidos en vaso de cristal tallados por las tempestades-pero el hombre al igual que Dios exige fe-¿es ésta entonces la felicidad?-al final de sus medias me encuentro con sus piernas terriblemente desnudas-perfumes alucinados recorren sus vellos más sombríos-en medio de la noche arde la hoguera voraz de su sexo-es el instante en que la ternura se confunde con el castigo-pero el día se ha salvado-ha nacido una nueva flor.

Enrique Molina

(Buenos Aires, 1910). Obra poética: *Las cosas y el delirio* (1941), *Pasiones terrestres* (1946), *Costumbres errantes o la redondez de la tierra* (1951), *Amantes antípodas* (1961), *Fuego libre* (1962), *Las bellas furias* (1966), *Hotel pájaro, Monzón napalm* (1968), *Amantes antípodas y otros poemas* (1974), *Obra poética* (1978), *Los últimos soles* (1980), *El ala de la gaviota* (1989), *Hacia una isla incierta* (1992), *Orden terrestre. Obra poética 1941-1995* (1995), *El adiós* (1997). Fue traductor de poesía y artista plástico. Falleció en Buenos Aires en 1996.

Una silla natural

Silla remota oliendo a provincia con sus sentados desconocidos
que estallan en carcajadas ante el carbón de sus sopas
como un mueble congénito propio de mi raza
un ídolo tallado en la sombra doméstica
en la habitación infestada por enormes moscas azules
Pero sin explicación ni palabra ni bautismo
ofrecida por el hospicio
se hincha furiosamente como un artefacto delirante en la
carpintería del caos
donde son más terribles las abluciones de las estrellas y el
llanto de los muertos
que este objeto implacable y ritual apostado en mi destino:
una silla
la ciega esfinge de cocina contra cuyas membranas inmensas
atruenan los astros

El día y la noche

1.-

Mirad cómo el durmiente
con sus venas abiertas
flota, eterno, a través
de esos inmensos claustros
que un crujido derrumba.
Mirad de qué manera
se hunde en la suave música,
mientras antiguas nubes
penetran por su boca.

Una sombra materna
se aproxima y esparce
sus hondos, tardos velos
a orillas de su carne.
Pero él sigue, impasible,
corriendo en una playa
de musgosas distancias;
y la solemne noche
se desnuda entre espejos,
suelto el latiente pelo
sobre el negro silencio.

Alta marea

Cuando un hombre y una mujer que se han amado se separan
se yergue como una cobra de oro el canto ardiente del orgullo
la errónea maravilla de sus noches de amor
las constelaciones pasionales
los arrebatos de su indómito viaje sus risas a través de las
piedras sus plegarias y cóleras
sus dramas de secretas injurias enterradas

sus maquinaciones perversas las cacerías y disputas
el oscuro relámpago humano que aprisionó un instante el furor
de sus cuerpos con el lazo fulmíneo de las antípodas
los lechos a la deriva en el oleaje de gasa de los sueños
la mirada de pulpo de la memoria
los estremecimientos de una vieja leyenda cubierta de pronto
con la palidez de la tristeza y todos los gestos del abandono
dos o tres libros y una camisa en una maleta
llueve y el tren desliza un espejo frenético por los rieles de la
tormenta
el hotel da al mar
tanto sitio ilusorio tanto lugar de no llegar nunca
tanto trajín de gente circulando con objetos inútiles o
enfundadas en ropas polvorientas
pasan cementerios de pájaros
cabezas actitudes montañas alcoholes y contrabandos informes
cada noche cuando te desvestías
la sombra de tu cuerpo desnudo crecía sobre los muros hasta
el techo
los enormes roperos crujían en la habitaciones inundadas
puertas desconocidas rostros vírgenes
los desastres imprecisos los deslumbramientos de la aventura
siempre a punto de partir
siempre esperando el desenlace
la cabeza sobre el tajo
el corazón hechizado por la amenaza tantálica del mundo

Y ese reguero de sangre
un continente sumergido en cuya boca aún hierve la espuma de
los días indefensos bajo el soplo del sol
el nudo de los cuerpos constelados por el fulgor de lentejuelas
insaciables
esos labios besados en otro país en otra raza en otro planeta en
otro cielo en otro infierno
regresaba en un barco
una ciudad se aproximaba a la borda con su peso de sal como
un enorme galápagos

todavía las alucinaciones del puente y el sufrimiento del trabajo
marítimo con el desplomado trono de las olas y el árbol de
la hélice que pasaba justamente bajo mi cucheta
éste es el mundo desmedido el mundo sin remplazo el mundo
desesperado como una fiesta en su huracán de estrellas
pero no hay piedad para mí
ni el sol ni el mar ni la loca pocilga de los puertos
ni la sabiduría de la noche a la que oigo cantar por la boca de las
aguas y de los campos con las violencias de este planeta
que nos pertenece y se nos escapa
entonces tú estabas al final
esperando en el muelle mientras el viento me devolvía a tus
brazos como un pájaro
en la proa lanzaron el cordel con la bola de plomo en la punta
y el cabo de Manila fue recogido
todo termina
los viajes y el amor
nada termina
ni viaje ni amor no olvido ni avidez
todo despierta nuevamente con la tensión mortal de la bestia
que acecha en el sol de su instinto
todo vuelve a su crimen como un alma encadenada a su dicha
y sus muertos
todo fulgura como un guijarro de Dios sobre la playa
unos labios lavados por el diluvio
y queda atrás
el halo de la lámpara el dormitorio arrasado por la vehemencia
del verano y el remolino de las hojas sobre las sábanas vacías
y una vez más una zarpa de fuego se apoya en el corazón de
su presa
en este Nuevo Mundo confuso abierto en todas direcciones
donde la furia y la pasión se mezclan al polen del Paraíso
y otra vez la tierra sus alas y arde de sed intacta y
sin raíces
cuando un hombre y una mujer que se han amado
se separan.

Los trabajos de la poesía

El lejano bramido de una noche cuya verde coraza se abre como
un pescado
La infancia de la lluvia con mejillas de invernáculo en ruinas em-
pañado por el vapor de las plantas
Las ligaduras sueltas que dejan cicatrices invisibles
La música de dos cuerpos escogidos por el amor para estatuas de
fuego levantadas en una llanura infinita
O en la sombra de un puerto perseguida por una garra de plata
Con las uñas iluminadas como ventanas de hogares distantes en
los que se ve a una pobre muchacha preparando el alimento
para las bestias del sueño
Los rojos candelabros de palmeras donde silba el exilio
Las agujas de sangre viva los pájaros hacia el fin de las nubes los
trajes de lentejuelas marinas
y el golpe de las pisadas en el extraño planeta llamado Tierra
Hacen el gusto a liquen de los días
La paciencia insaciable de los hombres
La ahogada del invierno arrojada a otra costa por el viento

Ahora veo el país de grandes alas
Limitado lágrima a lágrima por todo aquello que no vuelve jamás
Atravesado por la emigración de las almas arrastrando sus pesados
cubos de sangre y sus utensilios de pasión y de cólera
Habitaciones invadidas por helechos gigantes en los que acecha
la fiera de aire gris de las mujeres olvidadas
Posando sus alas de seda en una sonrisa
Pero el solitario acaricia la cabellera de la distancia cubierta de
plumas centelleantes y estremecida por el horror al vacío
En un reverbero de canciones y faroles en el amanecer de una
estación desconocida torturada por los viajeros
Faroles que brillan con un hechizo venenoso
Como la serpiente de las añoranzas eternas cuyo estuche sombrío
Exhala un olor a colección de mariposas descompuestas dentro de
una caja de terciopelo misterioso envuelta en llamas

Un desván de cenizas
Un hombre avanzando con su fantasma contra la bocanada del
sueño
Contra esos torbellinos de plumas engastados en ciertos anillos
de pájaro muerto
¡Oh son los antiguos días!
Los alcoholes terrestres:
Un poco de alimentos fríos en un pan tras un trago de sopa
La momia primaveral en su ataúd de hielo dorado
Un escorpión junto a la llave de la luz en un hotel del trópico
Un cáliz de madera y ocio ofrecido a los monos por un pequeño
vapor en un río del trópico
Y esas trenzas abiertas sobre los senos del amor en los parajes
indescriptibles vistos desde lo alto de una caricia
O el tañido de platos extranjeros de los cuales se alimentan algunas
mujeres muy tristes atravesadas por un gemido o un soplo de
novela
Y aún desnudas bajo la maldición marina
¡Oh son los antiguos días!
Pasiones miseria y orgullo
Una tienda de antigüedades saqueada por el pájaro de presa y
esparcida al sol
Y en la que sólo vale el oro lívido del tiempo
Con los dioscecillos tenebrosos crujiendo bajo tus plantas
Hasta el instante de sorprender una escalinata secreta que conduce
al sótano donde se guardan las apariciones
Con noches en cuyo fondo se ven niñas en llamas
O la enferma sentada bajo la luz del plátano
Cubierta de yeso y de magnolias sombrías sobre su alto trono de
tortura que ha labrado el fracaso
Pero más bella que toda primavera y que toda victoria sobre el
mundo
¡La gran ala de plumas inmortales que nace en todo aquello
destinado la muerte!

Vestidos y rostros y callejuelas anudadas por un mismo suspiro
de adiós desesperado
Para que nunca más te maraville
Un abrazo una garganta o un sollozo de mujer que no aluda a estas
hogueras enterradas
Reclamando las mismas joyas tenebrosas para el mismo esplendor:
La gran aureola de la lejanía
Y esos enigmas de la edad arrastrando pesados trozos insolubles
de una existencia falsa y misteriosa
Con personajes de pulso eterno que laten en la oscuridad
inalcanzables como toda dicha humana
Y convertidos en el resplandor de las cosas que rozaron poseyeron
o soñaron alguna vez
En carne y hueso
Entre la llamarada de la tierra

Tales equívocos

Tantos pasos hacia veranos,
tantos lugares hacia mis pasos,
tantas viandas hacia qué hambres,
tantos crujivacilantes pasos hacia besos,
tantos erróneos pájaros desorientados guiando mis pasos,
en marcha hacia la reina arrojada del Edén con su joroba
escarlata
—la reina de la frustración y el éxtasis—
la que flota en la corriente de sus blasfemias, la que canta
sobre la piedra de la tumba,
cubierta de mordeduras,
con el honor de su desgracia.

Tantos pasos hacia cálidas sombras
donde alguien respira,
ondulante y ansioso cuerpo hundido en su fragancia
y su ardiente promesa de ser siempre la playa que nunca
volverías a ver.

Tantos pasos hacia el sol y sus amigos:
árboles, flores, cabelleras,
tantos pasos de lápida, o de ir hacia cosas suculentas,
o a las tristes disputas, adioses, enfermedades
y nunca
al paso necesario
—el único que no diste—
y te hubiera revelado tu enigma, te hubiera entregado sin tasa
la secreta belleza
oculta tras tus pasos.

Algún vestigio de tu paso

La dulzura de recordar el sol en la espiral del sueño
y el vano poder de haber ido tan lejos.

Es tan extraño perdurar, oír aún
la grave letanía de los huesos y el hechizo del mundo.

déjame ver, déjame ver:
alguien me condujo hasta aquí y se oculta,

cubierto de grandes praderas, de climas,
refugios baldíos, luces que brillan

en el faro donde la tierra termina.
Salido de lugares inciertos, de trópicos y de lluvias,

voraz como el fuego, intruso,
la huella de sus dientes y sus besos en la manzana.

¿De quién es ese rostro desconocido entrevisto
donde se pierde? Es incierto y ansioso

extraviado en la fábula oscura de la vida.
Adiós, sombra mía.

Amelia Biagioni

(Gálvez, provincia de Santa Fe, 1916). Obra poética: *Sonata de soledad* (1954), *La llave* (1957), *El humo* (1967), *Las cacerías* (1976), *Estaciones de Van Gogh* (1984), *Región de fugas* (1995), *Antología poética* (1996), *Poesía completa* (2009). Falleció en Buenos Aires en el 2000.

Lluvia

Llueve porque te nombro y estoy triste,
porque ando tu silencio recorriendo,
y porque tanto mi esperanza insiste,
que deshojada en agua voy muriendo.

La lluvia es mi llamado que persiste
y que afuera te aguarda, padeciendo,
mientras por un camino que no existe
como una despedida estás viniendo.

La lluvia, fiel lamido, va a tu encuentro.
La lluvia, perro gris que reconoce
tu balada; la lluvia, mi recuerdo.

Iré a estrechar tu ausencia lluvia adentro,
a recibir tu olvido en largo roce:
Que mi sangre no sepa que te pierdo.

Laguna Salvia - Tercer Milliaro - Año 67

Yo Pablo anciano
derramado en epístolas.
en esta roja mañana de Apóstol,
en Occidente y con los ojos hacia Oriente
junto a la humanidad que es Escritura y una,

con la voz y el instante
que Roma con sus lictores me concede
en tu lengua mía del hebreo
la que en el llano de Damasco
¡Scha-ul! ¡Scha-ul!
mudó la forma y el sentido
de mi persecución,
con temblor de edad y de júbilo
altas las manos encadenadas
y al pie de la degollación,
te agradezco este sello victorioso
esta dura muerte de amor
que se agrega a la tuya,
Cristo
Verdad
Resurrección
que me apresaste y me viviste.

León

No importa si la pálida mujer
que en su torre escribe
amontona palabras tibias.
Cuando duerme de un rojo salto
la arrebató y enciendo
la llevo a su selva
le infundo mi dinastía
y la obligo a reinar,
a avanzar segura y espléndida
a apresar bravamente
las palabras amantes o guerreras
y a desdeñar las otras.

Hambres y actos

Mi sombra
mi pasión
mi razón
mi relámpago
me dijeron
que hay en el universo cuatro hambres.

Mis hambres
me gritaron
que el universo no se calma con gemidos
sino con actos.

Mis actos
me mostraron
que el universo es un oscuro claro andante bosque
donde todo movimiento es cacería.

Decir

-
Cuando recibo una palabra inesperada
la retengo y vigilo su s diferentes porvenires
hasta que alguno de ellos
de pronto se recuerda se incorpora
y no hay palabra ya
sino un gran viento que me empuña.
-

Manuel J. Castilla

(Cerrillos, provincia de Salta, 1918). Obra poética: *Agua de lluvia* (1941), *Luna muerta* (1943), *La niebla y el árbol* (1946), *Copajira* (1949), *La tierra de uno* (1951), *Norte adentro* (1954), *De solo estar* (1957), *El cielo lejos* (1959), *Bajo las lentas nubes* (1963), *Amantes bajo la lluvia* (1963), *Posesión entre pájaros* (1966), *Andenes al ocaso* (1967), *Tres veranos* (1970), *El verde vuelve* (1970), *Cantos del gozante* (1972), *Triste de la lluvia* (1977), *Cuatro carnavales* (1979). Fue letrista de folklore y se desempeñó como periodista. Falleció en la ciudad de Salta en 1980.

El gozante

A Ricardo E. Molinari

Me dejo estar sobre la tierra porque soy el gozante.
El que bajo las nubes se queda silencioso.
Pienso: si alguno me tocara las manos
se iría enloquecido de eternidad,
húmedo de astros lilas, relucientes.
Estoy solo de espaldas transformándome.
En este mismo instante un saurio me envejece y soy leña
y miro por los ojos de las alas de las mariposas
un ocaso vinoso y transparente.
En mis ojos cobijo todo el ramaje vivo del quebracho.
De mí nacen los gérmenes de todas las semillas y los riego llorando
con rocío.

Sé que en este momento, dentro mío,
nace el viento como un enardecido río de uñas y de agua.
Dentro del monte yazgo preñado de quietudes furiosas.
A veces un lapacho me corona con flores blancas
y me bebo esa leche como si fuera el niño más viejo de la tierra.

Miro los cachos de banano,
veo arañar sus dulces dedos de oro
y en las sandías
los genitales verdes del verano llenan mi corazón de poblaciones.
Siento que estoy tapado por luciérnagas
y que en mi pelo crece la niñez del relámpago.

Lo que pisa mi piel igual que arena lo traga para siempre.
La sombra de los pájaros es como una agua negra que acaricia
mi nuca,
una hormiga me deja su ají breve en la boca
y me voy a los tumbos en la noche
por el agujereado camino de los sapos.
¿Quién me arrima la paz de la tortuga?
¿Quién desempoza el tiempo de su cáscara?

Soy el que por la piedra lechosa del quirquincho
bebe en miel las abejas
como el rocío maduro de la música.
¿A dónde irán mis ojos llenos de hojas?
¿Por dónde en ellos vagará el cielo yéndose?

Me mira Dios y sé que aquí, yaciendo,
lo estoy haciendo despaciosamente.

De cara al infinito
siento que pone huevos sobre mi pecho el tiempo.
Si se me antoja, digo si esperase un momento,
puedo dejar que encima de mis ingles
amamante la luna sus colmillos pequeños.

Miren mis ojos cuando yo estoy pensando a ver si es que les
miento.
Zorros la cola como cortaderas,
gualacates rocosos,
corzuelas con sus ángeles temblando a su costado,

garzas meditabundas,
y ararás despielándose,
acatancas rodando la bosta de su mundo,
todo eso está en mis ojos que ven mi propia triste nada y mi alegría.

Después, si ya estoy muerto,
échenme arena y agua. Así regreso.

La casa

*A María Angélica de la Paz Lezcano
y a Juan Antonio Medel*

Ese que va por esa casa muerta
y que en la noche por la galería
recuerda aquella tarde en que llovía
mientras empuja la pesada puerta,

ese que ve por la ventana abierta
llegar en gris como hace mucho el día
y que no ve que su melancolía
hace la casa mucho más desierta,

ese que amanecido, con el vino,
se arrima alucinado al mandarino
y con su corazón lo va tanteando,

ese ya no es, aunque parezca cierto,
es un Manuel Castilla que se ha muerto
y en esa casa está resucitando.

Espero que me llueva

Ese hongo anaranjado y húmedo pegado en la corteza de este
tronco en el monte
es mi oreja y escucho, hasta el más leve, todos los ruidos de la tierra.
Puedo decir ahora de qué silencio nace el agua y qué oro lo moja
para hacer el maíz
mientras crecen enfurecidas las hebras tiernísimas de las manos del
mamboretá mascador de las moscas.

Adivino, ya oscuro, qué savia se derrama y se endurece haciendo
las luciérnagas.

Oigo abajo, disuelta, vagar perdida la negrura hasta quedarse
quieta, vuelta sangre molida en el lomo del escarabajo.

Estando así, sé del latido en yema del avestruz y su fuga inútil,
ciega como en el vientre de una noche redonda y sin salida.

Oigo la greda machacando los mármoles y volverse ceniza.

El esmeralda ahogado, entristecido, trepa por las raíces, se
deshunde

y alarmado y gozoso vuela por naranjales en las alas del loro.

Estoy brotando húmedo y soy la misma saliva de la vida.

Si ahora me muriese, si un hachero aplastase distraído esta oreja,
tendría una pena como río de larga, de irme yendo así solo a la
muerte.

Es apenas un miedo esto que digo. Un rocío que siente que va a
pisarlo el viento.

Sigo vivo mirando como teje la niebla

este helecho que al aire dice adiós al olvido,

cómo pasa rameando la víbora la cola enardecida de su tigre per-
dido.

Están naciendo hundidos los colores. Sus picos, como pájaros,
quiebran la cal del huevo que los tiene.

Debe ser el celeste el que aparece
y subiendo no sabe si sus ojos son cielo.
Ya trepa el rojo lastimado. Lame sus llagas con sus lenguas
condolidas el fuego.
Rosa en el cháguar, beberá su leche llena de espinas que lo irán
mordiéndolo.
Y cuando venga el blanco, ese que aún no es blanco todavía, sino
solo tinieblas,
irá a mojar los pies en la cuajada sombra de la luna.
El amarillo trae una semilla encima y triste que lo agobia en su
otoño.
Cuando se halle a mi lado será como si estuviera regresando
arrugado,
porque es de cobre el monte y es de muerte la hojarasca reseca.

todo lo estoy oyendo. Late insomne la vida y me estremece.
Voy a seguir creciendo y escuchando mientras sigo esperando que
me llueva.

Almacén

*Al Pila Taibo
y a las ginebras de Don Pedro*

Bebo este vino en el almacén. Esta clara ginebra.
Y hablando con los otros bebedores
de a pedacitos me hundo en lloviznas de lana.

Un hombre canta solo
y escucha que una baguala larga le contesta de lejos.
Casi se duerme entonces.
Hay lluvias pequeñas en la oscura balanza.
Lluvia de azúcar, lluvia de maíz, lluvia de trigo
y afuera lluvia de agua que no acaba.
De esos borrachos nace una alegría
y yo me pongo triste, y usted también y todos somos tristes.

Allí el tiempo amarillo en almanaques
y un hombre de bigotes
le brinda esperidinas al silencio.

Ahora huelo a cuero, a arreo larguísimo.

Aquí en el suelo y en silencio, quieto, el pan de sal
espera la caricia de la lengua del buey que lo disuelva.

Cuando eso ocurra, yo tampoco estaré sobre la tierra.

Alberto Girri

(Buenos Aires, 1919). Obra poética: *Playa sola* (1946), *Coronación de la espera* (1947), *Trece poemas* (1949), *El tiempo que destruye* (1950), *Escándalo y soledades* (1952), *Línea de vida* (1955), *Examen de nuestra causa* (1956), *La penitencia y el mérito* (1957), *Propiedades de la magia* (1959), *La condición necesaria* (1960), *Elegías italianas* (1962), *El ojo* (1963), *Poemas elegidos* (1965), *Envíos* (1967), *Casa de la mente* (1968), *Valores diarios* (1970), *Antología temática* (1970), *En la letra, ambigua selva* (1972), *Poesía de observación* (1973), *Quien habla no está muerto* (1975), *El motivo es el poema* (1976), *Bestiario* (1976), *Obra poética I* (1977), *Árbol de la estirpe humana* (1978), *Obra poética II* (1978), *Lo propio, lo de todos* (1980), *Obra poética III* (1980), *Homenaje a W. C. Williams* (1981), *Los diez mandamientos* (1981), *Poemas* (1982), *Lírica de las percepciones* (1983), *Páginas de Alberto Girri seleccionadas por el autor* (1983), *Obra poética IV* (1984), *Monodias* (1985), *Existenciales* (1986), *Trama de conflictos* (1988), *Obra poética V, 1988;1989/1990* (1990), *Obra poética VI* (1991), *Juegos alegóricos* (1993). Falleció en Buenos Aires en 1991.

El compañero de los pájaros

Como el amor
 que se posa
cada día sobre la ramita
 que puede morir.

Así brota tu amor
lozano
 vigoroso del sol
compañero de los pájaros...

Canción de amor

Aquí yazgo pensando en ti:

¡La mancha del amor
se extiende sobre el mundo!
¡Amarilla, amarilla, amarilla
roe las hojas
unta con azafrán
las corníferas ramas que se inclinan
pesadamente
contra un liso cielo púrpura!
No hay luz,
sólo una espesa mancha de miel
que gotea de hoja en hoja
y de rama en rama
desluciendo los colores
del mundo entero;

¡tú allá lejos
bajo el rojo zumo del oeste!

Gato gris muerto

*Brujos enseñaron que los gatos
pueden alojar almas humanas.*

Figura empapada de asfalto o vuelto hacia
las nubes,
eres el muerto más perfecto que yo he
visto.
Pero cómo descubrir que la vigilia que te
llega,
ya indiferente a cualquier invocación,
tu realidad verdadera de hijo del demonio,
del locatario esbelto de almas,
que estableció para tu antepasado africano

la voluntad miedosa de los clanes
familiares
y confirmó la impar justicia de la magia.

Pronto vendrán hasta tu cuerpo abandonado
ladrones de velas,
y robarán las tibias, su recatada médula.
Porque es sabido que cuando tales huesos
despierten
despertarán las almas en ellas internadas,
y en un pueblo lejano y caníbal,
hombres que trabajan y tienen amores,
instantáneamente se convierten en estatuas.

*Brujos enseñaron que los gatos
pueden alojar almas humanas,
y arañar, si quieren, el corazón del
huésped.*

El poema como idea de la poesía

Que la finalidad
sea provocar el sentimiento
de las palabras,
y alcanzar
el desafío de la expresión,
perseguir objetos
que se ajustan al sentimiento
hundirse en objetos
hasta la emoción adecuada,
está probado,
y tanto, probado y probado,
como no lo está
el que en esos tránsitos
la tendencia madre sea
por dónde va la inspiración,
si en frío o en caliente,

y no lo está
que haya que seguir a Homero
entre las Musas, su rogar que lo asistan,
y a Platón
saludando hermosos versos
más en mediocres pero iluminados
que en sagaces y hábiles exclusivamente
al amparo de sus propias fuerzas,
y a Dante, el reclamar
la intervención de dioses
acaso sin crecer en ellos:
*O buono Apollo, all'ultimo lavoro
fammi del tuo valor...*

Pero tampoco ninguna
terminante prueba hacia lo opuesto,
que el poema
se conduzca en la mente como un
experimento en una ciencia natural,
y que la aptitud
combinatoria de la mente sea
la solo inspiración reconocible.

Discurrir por imágenes

Estos árboles,
porque vemos una escena
con árboles,
como jardín, árboles,
no masa en desorden,

tan no verdaderos como verdaderos,
almendros, plátanos,
ramajes compitiendo en atracción,
árbol de Judas tortuoso
ciclamar de flores carmesí,
por racimos abundantes,

y contornos, nuestro elegirlos
entre lo vario,
ninguna
prioridad ni concierto,
y como llegándonos
a fotografías,
jardín y árboles
en luz y sombra,
positivo de árboles,
manchas contra un cielo pálido,
y su negativo, reverso
con pálidos árboles que emergen
desde oscuros fondos,
¡estrictamente,
vacío con formas,
vaivén de nuestra
subjetividad al confrontarse
consigo,
empeño en colmarnos
abstrayendo,
enajenamiento
sin acariciar nada,
mirar de sonámbulo!

César Fernández Moreno

(Buenos Aires, 1919). Obra poética: *Gallo ciego* (1940), *Romance de Valle Verde* (1941), *La mano y el seno* (1941), *El alegre ciprés* (1941), *La palma de la mano* (1942), *Veinte años después* (1953), *Sentimientos* (1960), *Argentino hasta la muerte* (1963), *Los aeropuertos* (1967), *Ambages* (1972), *Buenos Aires me vas a matar* (1977), *Sentimientos completos 1950-1966* (1981), *Ambages completos* (1992), *Obra poética I: Argentino hasta la muerte y otros libros* (1999) y *Obra poética II: Querencias y otros libros* (1999). Fue ensayista y crítico literario. Falleció en París en 1985.

Argentino hasta la muerte

*He nacido en Buenos Aires,
¡Qué me importan los desaires
con que me trata la suerte!
Argentino hasta la muerte,
He nacido en Buenos Aires.*

Guido y Spano, 1895

A Buenos Aires la fundaron dos veces
a mí me fundaron dieciséis
ustedes han visto cuántos tatarabuelos tiene uno
yo acuso siete españoles seis criollos y tres franceses
el partido termina así
combinado hispanoargentino 13 franceses 3
suerte que los franceses en principio son franceses
sí no qué haría yo tan español
nací por fin hermanos
en esta dulce amarga picante insípida tierra argentina
nacía en Chascomús en Buenos Aires
nací en tantos lugares casi todos con agua

cuando empezó mi desarrollo se acabó el del país
una hija me nació de cada oreja
fallecí en una playa de Vigo
vuelvo a nacerme cada vez que amo
me naceré en París con lluvia fina
porque yo hermanos igual que Buenos Aires
no estaba aquí me trajeron de Europa
me trajeron por piezas
primero una mitad la otra dos siglos después
tengo entonces dos piernas como desperejas
una pisa el abismo de malones y humo
otra un muelle reciente sobre el río de barro
abierto así en el tiempo camino rengueando
y bueno soy argentino

a mi abuelo más histórico lo mandó Carlos el Hechizado
le ordenó respirar estos aires no aquéllos
porque el tipo según dice mi tío Mario
se apuntaba cierta dama de la corte
contra los mejores derecho de su majestad
excelente medida del buen rey
aquí las ñustas no eran problema
fue así como ese abuelo españolísimo gauchísimo
fundó una dinastía de capitanes de frontera
es decir de terratenientes
es decir de políticos conservadores
doña Agustina la pegó en gran forma
al casarse con un tal Ortiz de Rozas
pero después la casa fue poniéndose fea
las mesas de caoba se fueron enchapando
los picos de gas quedaron abandonados entre los caireles
y sobrevino la era del querosén
entonces es claro muera la caoba maciza
y viva el querosén ese combustible tan distinguido
al final a mamá la arreglaron con quinientas hectáreas
y bueno soy argentino

Napoleón y un ejército de abuelos franceses
quisieron invadir España pobre d'eyo
pero hubo una española que se dejó
invadir ella sí por el mío
produciéndose a la larga una niñita
con quien vino a casarse mi español más reciente
el abuelo de quien desciendo más
el verdadero Baldomero
el que cambió su huerta de Bárcena por una ropería en la avenida
de Mayo
y dale al por mayor algo muy simple
comprar a tanto vender a cuánto
el estado gendarme vigilaba sin mucho entusiasmo
este mundo era nuevo qué fácil ponerse las ofrecidas botas
también era fácil arruinarse dejar a la familia entre cachivaches
pero no era tan fácil ser el padre del gran poeta
y sin embargo se le dio
tampoco era fácil ser el hijo del gran poeta
y sin embargo se me dio
El hijo por Baldomero Fernández
puro por cruza con la Negrita López
ella no se veía
él clausuraba el horizonte
cada paso que doy se me caen encima setenta balcones
ustedes dirán acabala con el viejo
pero cómo dejar de ser overo de tal tigre
disculpen la riqueza
las telas de mi abuelo las recibí en palabras
ahora con mi tesoro voy cruzando la pampa
atravesando las calles desiertas con los bolsillos rebosantes de
piedras preciosas
y bueno soy argentino

así engendrado y concebido
me muevo como buzo ágil a distintas alturas de la sociedad
como avión con base bien situada y mucha autonomía de vuelo
tengo suficiente confianza con el boy Julito

pero soy uno más entre los pibes que vivían en los ranchos junto
a la laguna
yo les prestaba mi bicicleta importada una vuelta manzana a cada
uno
yo no fumaba ni decía malas palabras ni amenazaba con ir al
prostíbulo
tampoco iba al catecismo como ellos
yo creía que el padrenuestro no era más que un tango
pero todos barajábamos los mismos cubitos de mármol sobre el
dorso de la misma mano
pero todos mordíamos los mismos damascos sobre los mismos
techos de cinc
todos éramos iguales ante la ley bajo el farol de la esquina
ese provinciano mediador entre el cielo de oro y la calle de tierra
oscilante a la altura de las hojas más claritas de los plátanos
rodeado por un halo de insectos predispuestos a la muerte rápida
todos éramos iguales iluminados así desde arriba
arrastrando las zapatillas en el colchón de polvo del verano
así soy de todas esas maneras
guerrero campesino comerciante poeta perhaps
español francés indio casi seguro
rico pobre de todas las clases y de ninguna
y bueno soy argentino

ma de qué argentino me estás hablando
qué clase de argentino sos vos que no sos italiano
pa'ser bien argentino tenés que ser semita
momentito momentito que yo soy del Moreno
sí yo simulé educarme en ese colegio nacional
una dos y tres el Moreno otra vez
allí aprendí el eppur de Galileo y la pizza de Tuñín
no es cierto Gennarelli Robiglio
allí me amontoné con esos otros margentinos de perfil asirio o
bereber
no es cierto Grosman Paley
y todo era lo mismo todos gritábamos cuando pasaba cualquier
mujer

no es cierto Robiglioman Grosmicelli
a todos nos deleitaban la banana split y las memorias de la princesa
rusa
todos pusimos un poco de fuerza en aquella piña panamericana de
Luis Ángel Firpo
pero todos malogramos nuestra chance frente al malvado Billy Pe-
trolle
todos nos quemamos con Carlitos Gardel
pero todos resucitamos con Juan Manuel Fangio
cinco veces campeón mundial el más grande de los argentinos si
todas las actividades fueran lo mismo
pero nuestra única religión verdadera era el fútbol
todos rezábamos de memoria aquel rosario de once cuentas
que comenzaba Bosio Bidoglio y Paternóster
y así con unción hasta acabar con el punzante wing izquierdo
y todavía nos disolvemos todos en las tribunas
hoy que el progreso cambió los tablones de madera por el cemento
seguro y seguido
donde la multitud que viene tempranito para encontrar sitio entre
sí misma
no tiene más remedio que orinar contra sí misma
pero el asunto ya no cae abajo sino que desciende armoniosamente
grada por grada y uno ya no se puede
sentar qué macana
y bueno soy argentino
también conozco a fondo los rulemanes de la burocracia
yo manejaba un afilalápices hasta una máquina de calcular fijensé
un ascenso para nosotros era tan emocionante como el galope final
de un western
también soy abogado
es la manera más intensa de ser argentino
demandaos los unos a los otros
dos o tres argentinos no son abogados
me refiero a los escribanos
pero nadie está nunca en su despacho
nunca está porque nunca es
cómo ser argentino sin una secretaria

por favor dónde están dónde son los argentinos
el médico está haciendo política
el empleado está haciendo tiempo
el abogado está haciendo versitos ¿no ven?
en rigor nadie tiene profesión
hay tan pocos antecedentes es facilísimo parecer hábil
se puede hacer cualquier cosa con la zurda
y de pronto alguno se da cuenta
rectifico procede a darse cuenta el idioma argentino dice las cosas
pero largas
y entonces las murallas se vuelven tabiques de madera terciada
al tipo no le queda de dónde agarrarse salvo de su propia corbata
te avivaste gallo ciego pero no tenés no lenguaje
te la vas a armar Mallarmé
que vachaché Jacques Vaché
what do you think cholito
qué sería de mí sin la máquina de escribir
ella me expresa tan bien sobre todo cuando se equivoca
estoy candaso agodato diré más exhausto
hay de mí cómo se pronuncian algunos actores de cine
vos usté tú ta te ti corazón corazón qué vas a hacerle hacelle bla
bla bla
si no sabes ni siquiera sabés quién sos eres
batime che Keiserling
Orteguita pasame el dato
eh bien je suis argentin
observaréis marquéis
que hablo bastante de mis tatarabuelos
de mi educación de mi contorno social de mis angustiosos proble-
mas lingüísticos
pero nada digo de mis virtudes y mis vicios pero ñato please
lo ético lleva de cajón a lo político
no les voy a dar el gusto a los rayados ni a los orejanos argentino
señor
nosotros somos así vivos esencialmente
en nuestro suelo se acomodan veinte millones de habitantes
preferimos las agachadas a los levantamientos

eso lo decís por mí a que no sos capaz de repetirlo
necesitamos que nos insulten dos veces
entonces casi nos agarramos a cachetazos
necesitamos un amigo que nos separe
pero decile que donde lo encuentre le voy a romper el alma
necesitamos que el azar se pliegue a nuestra venganza
queremos encontrar no buscar
que busquen los foráneos petróleo o lo que sea
pero nos las sabemos rebuscar
lo importante es postergar la responsabilidad
muchachos me estoy trabajando una mina fenómeno
ojalá no venga a la cita
tengo una pila de trabajo atrasado
ojalá decreten feriado el viernes
vos no te preocupés dejalo todo en mis manos
mañana a las siete y diez te tengo listo el asunto sin falta
y después pasamos de la extrema precisión a la extrema vaguedad
vos esperate ya veremos hay tiempo
y cuando ya no hay tiempo cuando el tiempo nos abandona se sa-
cude de nosotros hartos ya de ser prometido en vano
entonces venga la gran biaba de trabajo
o mejor la rica improvisación la socarrona payada en una de esas la
pegamos por qué no
entonces agradecemos conmovidos los aplausos de nuestra barrita
particular
chas gracias chas gracias con las manos juntas más arriba de nues-
tros parietales
y bueno soy argentino

y bueno ésta es una tierra así
montones de fausto natural de miseria natural
poquitos aborígenes que ya no son problema
puñados de blancos puñados de griese sueltos entre las leguas
o de pronto envasados a presión a la orilla de un río teratológico
pero sueltos también
cada cual solito por la calle Florida
qué sobresalto si alguien nos dirige la palabra en el subte

gracias a dios el tango nos unifica
qué más nos unifica no entiendo esta unidad
algunos ficheros tal vez
el procedimiento es sencillo se toma un mostrador se pone detrás
un funcionario
un funcionario es un hombre que fuma
y delante surge espontáneamente una cola
vea señor lo fundamental es llenar el formulario
aquí los papeles son la realidad
ir a los papeles significa ir a la realidad
papeles son papeles flor de ontología
papeles cantan qué poético
mirá que te hago la boleta qué susto
pero después ay se me quemaron los papeles
nuestras cosas empiezan en una corazonada y terminan en un ex-
pediente
hay tantos expedientes al final todo parece nada
el portafolio es el verdadero símbolo nacional no el gorro frigio
como Sísifo con su roca cada argentino con su portafolio
por fuera cuero de vaca por dentro expedientes de vacas
cada fin de año en son de júbilo
arrojamos por la ventana las hojitas de nuestros calendarios
entonces se descubre que todas estaban vacías
los trenes argentinos son pura forma
vacíos y radiantes pasan veloces por las estaciones sin parar en
ninguna
los edificios públicos tienen enormes pórticos
pero la gente debe entrar por la gatera del ordenanza
enormes escalinatas rampas rampantes
pero se sube por el pastito
aquí las vacunas nunca prenden
los timbres de alarma sólo suenan cuando se descomponen
entonces de todos modos nadie se alarma
la policía solo descubre a los terroristas cuando se les caen las
bombas
los teléfonos se cortan solos ni las malas noticias pueden recibirse
de un tirón

cuando alguien lleva un libro en la mano es su autor
cuando no es una caja de ravioles
y de pronto salta Macedonio Fernández zapateando un malambo
con Pascualito Pérez
pero no me hable de la literatura argentina ni del atletismo nacional
no crean en lo general en el general
crean en lo particular en el particular
crean en algunas firmas no crean en ningún sello aclaratorio
la realidad tiene más de veinticinco renglones por foja
de qué sirve un papel bajo la lluvia
y bueno soy argentino
éste es el revirado canto natal que yo traigo aquí
I'm sorry a usted le molestará sepa que a mi también
pero alguna vez tenemos que acercar la realidad a los papeles
esta bronca me sale de ser argentino
soy gaucho y entiendanlo
soy de los de acá de este lugar y no de otro
soy argentino de la mejor y de la peor manera
mejorando las provincias presentes soy porteño
aquí me tienen al pie del obelisco mirando hacia arriba
yéndome de boca sobre el santo cielo
aquí me tienen en este cine aguantando al zanguango que me pateo
toda la noche el respaldo del asiento
aquí me tienen en esta esquina balanceándome peligrosamente
sobre el cordón de la vereda
mientras los autos golosos
buscan la bocacalle como lechones convergentes contra la ubre
materna
mientras las casitas de un piso más una balastrada por si acaso
alternan con los rascacielos de las ensanchadas avenidas
como infantil escritura donde las letras vacilan tambalean
Buenos Aires me tenés en cafúa
yo no puedo vivir sin tu agua en los pulmones
no puedo vivir sin este frío sin este calor
me pongo el saco me saco el saco
me pongo el chaleco el pullover la camisa me los saco me los
vuelvo a poner

pero definitivamente me abrigo bien
sobre todo a las tres de la tarde un día de verano en el barrio
bancario
no vayan a pensar que éste es un país tropical
qué esperanza mijito nosotros somos muy civilizados tan nórdicos
como el mejor noruego...

...en cuanto a vos patria
sí patria a vos te estoy hablando
a vos ésa que está detrás de la palabra
vos che cielo favorito de los cúmulos cielo alambrado por el arco
iris
cielo que día a día me revive con su añagaza de luz
cielo que tarde a tarde me asesta su beso plano
cielo que noche a noche me emborracha
vos che tierra que por ahora te dejás estar abajo mío
tierra de las ciudades afrentada de cloacas embozada de asfalto
tierra de los ejidos turbia de cascotitos y fósforos usados y los
restos de un sapo
tierra del campo tierra terráquea mejilla de planeta
che patria que volás entre cielo y tierra como pájaro entre sus dos
alas
yo te voy a decir lo que necesitás
necesitás muchos hijos insolentes calaveras
generaciones de hijos desalmados
que te quieran que te odien furiosamente
que te tomen como una curva cerradísima
que te tomen como una copa de cicuta
que te tomen la mano la cintura
yo pongo sobre vos y nada más que sobre vos todo mi cuerpo
a esta luz me dieron a esta luz me doy
y bueno soy argentino

Contra la noche

la noche viene a mí y a mí qué
a mí no me arreglan con oscuridad
ser invisible es débil parodia de no existir
la noche es una forma embozada del día
en todo caso su mera ausencia
dormirla es un despreciable oportunismo
vivirla una imitación de las estrellas
así que ya lo sabés crepúsculo
basta de mímica transicional
de ademanes resbaladizos de colusiones luminosas
tranquilo, tordillo

Edgar Bayley

(Buenos Aires, 1919). Obra poética: *En común* (1949), *El día* (1968), *Todo el viento del mundo* (1972), *Obra poética* (1976), *Nuevos poemas* (1981), *Alguien llama* (1983), *Antología personal* (1983), *Obra completa – poesía, ensayo, narración y teatro* (1999). Falleció en Buenos Aires en 1990.

La claridad

Me ha tentado siempre la claridad
Y la claridad se me ha negado a veces
Como un pájaro que vuela en sueños
Y cae y sigue cayendo
Sin volar
Como peso muerto

Me ha tentado siempre la claridad
Especialmente la claridad de las hojas de saúco
También la claridad del guijarro
Y de las ramas de abeto
Y la rápida y voraz claridad de una salamandra

He querido tener claridad para mirar
Los terrones del campo recién removido
Y para mirar también el mismo arado
Y el agua que se desliza límpida por la acequia

Claridad he querido para recorrer tantos sueños
Y glorias y poderes y dispersas situaciones y gentes
Y para estar en el aire sin ausentarme del fuego

Me ha tentado siempre la claridad
De estar totalmente en cada flor
En cada herida o condena o semilla
He querido tener claridad para vivir

Y cuando al fin pude definir la claridad que yo buscaba
Advertí cuánto sueño y plumón y roja tierra
Y confusión y olvido hacen falta para comprender claramente
Y estar aquí con total lucidez sentado a la vera del camino
Avivando el fuego bajo el cielo y el polvo de las horas

Y como me ha tentado siempre la claridad
Aquella vez cuando bajo un abierto y extendido sol
Comenzaron a encrespase las aguas de la bahía
Hasta adquirir un tinte violáceo
Y un gran pájaro blanco surgió de repente de entre las nubes
Batiendo sus alas y revoloteando suavemente a mi alrededor
Decidí que era el momento de arrojar estas palabras al mar
Porque la claridad que tanto he buscado
Sólo está en algunos silencios
En algunos espacios en blanco
Antes y después de unas pocas y triviales palabras

Un sol

No ya una naranja perfectamente redonda
No hay un día perfecto
Hay un sol para los que han peleado
contra las sombras
sin rendirse jamás
de noche
de día
a orillas del lago
bajo el sicomoro y el sauce
entre las rocas y las anémonas
Para ellos hay –habrá– un sol
porque han peleado contra las sombras
contra su propia oscuridad
su turbia lámpara
su ignorante desgano

Para ellos
sí
habrá un sol
pero no hay
no habrá nunca un día perfecto
una naranja perfectamente redonda.

No puedo decirlo de otro modo

vendrá un día un día vendrá un día
habrá un día
una mañana
y tendremos lo que fuimos somos
hubo un día
una marsopa
un escabel un pámpano en el aire
no puedo decirlo de otro modo
cuando me pongo a conversar sobre estas cosas
mi intención es ser muy claro y muy resuelto
no puedo decirlo de otro modo
vendrá un día un día vendrá un día
una mañana
y todo será muy claro y muy despierto

La cañada

la cañada puede ser cubierta
facilitar el tránsito de las gentes
no es bueno una cañada en plena ciudad
es un cobijo de plantas y animales /
/ no deseados
y de noche está poco iluminada
a veces corre el agua y se desborda
y el viento la agita
y la desvelan los huesos

las piedras
las esquirlas
la cañada será cubierta
y olvidados su invierno y su verano

Dificultades de la traducción

más allá de vegetaciones
y palabras
mi solo argumento es este árbol
bajo su sombra
estoy conmigo
el follaje
el fulgor
se han conmovido
y no pueden traducirse
así como nosotros
árbol tierra
ida vuelta
contigo estoy
es mi argumento
no puede traducirse

Llego nadando

cuando alguien me escribe yo le escribo
cuando alguien me piensa yo lo pienso
cuando alguien me olvida yo lo olvido
tengo mi corazón la mano la araucaria
alianza y comunión
es mi destino
navego otra vez
este mar me lleva hacia mis bodas
brillo y oscuridad
llego nadando

Olga Orozco

Toay, provincia de La Pampa, 1920). Obra poética: *Desde lejos* (1946), *Las muertas* (1951), *Los juegos peligrosos* (1962), *Museo Salvaje* (1974), *Cantos a Berenice* (1977), *Mutaciones de la realidad* (1979), *Obra poética* (1979), *La noche a la deriva* (1984), *En el revés del cielo* (1987), *Con esta boca, en este mundo* (1994), *Relámpagos de lo invisible* (1998), *Obra poética* (2000). Falleció en Buenos Aires en 1999.

Esa es tu pena

Esa es tu pena. Tiene la forma de un cristal de nieve que no podría existir si no existieras
y el perfume del viento que acarició el plumaje de los amaneceres
que no vuelven.
Colócala a la altura de tus ojos
y mira cómo irradia con un fulgor azul de fondo de leyenda,
o rojizo, como vitral de insomnio ensangrentado por el adiós de
los amantes,
o dorado, semejante a un letárgico brebaje que sorbieron los
ángeles.
Si observas a trasluz verás pasar el mundo rodando en una lágrima.
Al respirar exhala la preciosa nostalgia que te envuelve,
un vaho entretejido de perdón y lamentos que te convierte en
reina del reverso del cielo.
Cuando la soplada crece como si devorara la íntima sustancia de
una llama
y se retrae como ciertas flores si la roza cualquier sombra extranjera.
No la dejes caer ni la sometas al hambre y al veneno;
sólo conseguirías la multiplicación, un erial, la bastarda maleza en
vez de olvido.
Porque tu pena es única, indeleble y tiñe de imposible cuanto
miras.

No hallarás otra igual, aunque te internes bajo un sol cruel entre
columnas rotas,
aunque te asuma el mármol a las puertas de un nuevo paraíso
prometido.
No permitas entonces que a solas la disuelva la costumbre, no la
gastes con nadie.
Apriétala contra tu corazón igual que a una reliquia salvada del
naufragio:
sepúltala en tu pecho hasta el final,
hasta la empuñadura.

Pavana del hoy para una infanta difunta que amo y lloro

A Alejandra Pizarnik

Pequeña centinela,
caes una vez más por la ranura de la noche
sin más armas que los ojos abiertos y el terror
contra los invasores insolubles en el papel en blanco.
Ellos eran legión.
Legión encarnizada era su nombre
y se multiplicaban a medida que tú te destejías hasta el último
hilván,
arrinconándote contra las telarañas voraces de la nada.
El que cierra los ojos se convierte en morada de todo el
universo.
El que los abre traza las fronteras y permanece a la intemperie.
El que pisa la raya no encuentra su lugar.
Insomnios como túneles para probar la inconsistencia de toda
realidad;
noches y noches perforadas por una sola bala que te incrusta en
lo oscuro,
y el mismo ensayo de reconocerte al despertar en la memoria de
la muerte:
esa perversa tentación,
ese ángel adorable con hocico de cerdo.

¿Quién habló de conjuros para contrarrestar la herida del propio nacimiento?
¿Quién habló de sobornos para los emisarios del propio porvenir?
Sólo había un jardín: en el fondo de todo hay un jardín donde se abre la flor azul del sueño de Novalis.
Flor cruel, flor vampira,
más alevosa que la trampa oculta en la felpa del muro
y que jamás se alcanza sin dejar la cabeza o el resto de la sangre en el umbral.
Pero tú te inclinabas igual para cortarla donde no hacías pie,
abismos hacia adentro.
Intentabas trocarla por la criatura hambrienta que te deshabitaba.
Erigías pequeños castillos devoradores en su honor;
te vestías de plumas desprendidas de la hoguera de todo posible paraíso;
amaestrabas animalitos peligrosos para roer los puentes de la salvación;
te perdías igual que la mendiga en el delirio de los lobos;
te probabas lenguajes como ácidos, como tentáculos,
como lazos en manos del estrangulador.
¡Ah los estragos de la poesía cortándote las venas con el filo del alba,
y esos labios exangües sorbiendo los venenos de la inanidad de la palabra!
Y de pronto no hay más.
Se rompieron los frascos.
Se astillaron las luces y los lápices.
Se desgarró el papel con la desgarradura que te desliza en otro laberinto.
Todas las puertas son para salir.
Ya todo es el revés de los espejos.
Pequeña pasajera,
sola con tu alcancía de visiones
y el mismo insoportable desamparo debajo de los pies:
sin duda estás clamando por pasar con tus voces de ahogada,
sin duda te detiene tu propia inmensa sombra que aún te sobrevuela en busca de otra,

o tiembles frente a un insecto que cubre con sus membranas todo el caos,
o te amedrenta el mar que cabe desde tu lado en esta lágrima.
Pero otra vez te digo,
ahora que el silencio te envuelve por dos veces en sus alas como un manto:
en el fondo de todo jardín hay un jardín.
Ahí está tu jardín,
Talita cumi.

Se descolgó el silencio

Se descolgó el silencio,
sus atroces membranas desplegadas como las de un murciélago anterior al diluvio,
su canto como el cuervo de la negación.
Tu boca ya no acierta su alimento.
Se te desencajaron las mandíbulas
igual que las mitades de una cápsula inepta para encerrar la almendra del destino.
Tu lengua es el Sahara retraído en penumbra.
Tus ojos no interrogan las vanas ecuaciones de cosas y de rostros.
Dejaron de copiar con lentejuelas amarillas los fugaces modelos de este mundo.
Son apenas dos pozos de opalina hasta el fin donde se ahoga el tiempo.
Tu cuerpo es una rígida armadura sin nadie,
sin más peso que la luz que lo borra y lo amortaja en lágrimas.
Tus uñas desasidas de la inasible salvación recorren desgarradoramente el reverso impensable,
el cordaje de un éxodo infinito en su acorde final.
Tu piel es una mancha de carbón sofocado que atraviesa la estera de los días.
Tu muerte fue tan sólo un pequeño rumor de mata que se arranca y después ya no estabas.
Te desertó la tarde;
te arrojó como escoria a la otra orilla,

debajo de una mesa innominada, muda, extrañamente
impenetrable,
allí, junto a los desamparados desperdicios,
los torpes inventarios de una casa que rueda hacia el poniente,
que oscila, que se cae,
que se convierte en nube.

Si la casualidad es la más empeñosa jugada del destino

Si la casualidad es la más empeñosa jugada del destino,
alguna vez podremos interrogar con causa a esas escoltas de
genealogías
que tendieron un puente desde tu desamparo hasta mi exilio
y cerraron de golpe las bocas del azar.
Cambiaremos panteras de diamante por abuelas de trébol,
dioses egipcios por profetas ciegos, garra tenaz por mano sin
descuido,
hasta encontrar las puntas secretas del ovillo que devanamos
juntas
y fue nuestro pequeño sol de cada día.
Con errores o trampas, por esta vez hemos ganado la partida.

Un rostro en el otoño

La mujer del otoño llegaba a mi ventana
sumergiendo su rostro entre las vides,
reclinando sus hombros, sus vegetales hombros, en las nieblas,
buscando inútilmente su pecho resignado a nacer y morir entre
dos sueños.

Desde un lejano cielo la aguardaban las lluvias,
aquellas que golpeaban duramente su dulce piel labrada por el
duelo de una vieja estación,
sus ojos que nacían desde el llanto

o su pálida boca perdida para siempre, como en una plegaria
que inmovibles dioses acallaran.

Luego estaban los vientos adormeciendo el mundo entre sus manos,
repitiendo en sus mustios cabellos enlazados
la inacabable endecha de las hojas que caen;
y allá, bajo las frías coronas del invierno,
el cálido refugio de la tierra para su soledad, semejante a un
presagio,
retornada a su estela como un ala.

Oh, vosotros, los inclementes ángeles del tiempo,
los que habitáis aún la lejanía
—ese olvido demasiado rebelde—;
vosotros, que lleváis a la sombra,
a sus marchitos ídolos, eternos todavía,
mi corazón hostil, abandonado:
no me podréis quitar esta pequeña vida entre dos sueños,
este cuerpo de lianas y de hojas que cae blandamente,
que se muere hacia adentro, como mueren las hierbas.

Vuelve cuando la lluvia

Hermanas de aire y frío, hermanas mías:
¿cuál es esa canción que se prolonga por las ramas y rueda
contra el vidrio?
¿Cuál es esa canción que yo he perdido y que gira en el viento y
vuelve todavía?
Era lejos, muy lejos, en las primeras albas de un jardín
custodiado por ángeles y ortigas.
Cantábamos para siempre la canción.
Cantábamos nuestra alianza hasta después del mundo.
Era hace mucho tiempo, hermana de silencios y de luna.
Era en tu adolescencia y en mi niñez más tierna,
cuando apenas te habías asomado a las sinuosas aguas del amor,
que te apresaron pronto,

y aún te vestías contra nuestro candor con el muestrario de las apariciones:
 la novia fantasmal, el alma en pena o la mendiga loca;
 pero al día siguiente eras la paz y el roce de la hierba.
 Cuando te fuiste, faltó el cristal azul en la canción.
 Era hace mucho tiempo, hermana de aventuras y de sol.
 Yo era la más pequeña y seguía tus pasos por sitios encantados
 donde había tesoros escondidos en tres granos de sal,
 un ojo de cerradura enmohecida para mirar el porvenir más
 bello y un espejo enterrado en el que estaba escrita la palabra del
 supremo poder.
 Tú inventabas los juegos, las tentaciones, las desobediencias.
 Fueron tantos los años compartidos en fiestas y en adioses
 que se trizó en pedazos la canción cuando tu mano abandonó la mía.
 Hermanas de ráfaga y temblor, hermanas mías,
 las escucho cantar desde las espesuras de mi noche desierta.
 Sé que vuelven ahora para contradecir mi soledad,
 para cumplir el pacto que firmó nuestra sangre hasta después
 del mundo,
 hasta que completemos de nuevo la canción.

María Melek Vivanco

(San Javier, provincia de Córdoba, 1921). Obra poética: *Hemisferio de la Rosa* (1973), *Rostros que nadie toca* (1978), *Los infiernos solares* (1988), *Balanza de ceremonias* (1992), *Canciones para Ruanda* (1998), *Antología poética* (2009). Falleció en Punta del Este, Uruguay en 2010.

Solitario escorpión de amarillo purísimo con erecciones que delatan la guerra

Bajo las puras rosas Las palabras más áridas resisten
 Bermellones y negras fulguran casuarinas Languidecientes
 brotes y viento atribulado
 Atadas están al carruaje del sol y a la desolación del mundo
 Acompañan postales con dinamita y gritos de locura
 Pronto desaparecen todos los ruidos del amor Mezclados
 con amuletos consumaciones y presagios Amor que se
 complace con herejías y reniega del hombre
 Piratas como dioses sellan la última puerta Como mudos
 sonámbulos de otro lagar oscuro De otro violín de
 infortunada melodía
 Texturas para un cielo que contrasta el furor Doble corona
 De infaustas mariposas Paneles que se cierran por adentro
 Huestes que ardieron antes y yacen apagadas recubiertas de
 sal En cautiverio Solamente nube rizada de pólvora y ángel
 desvelado
 Oh aldeas enterradas y lábiles como el fino temblor
 Espacios de inocencia Nieve de la tristeza que encanece
 jardines Llamador insistente en la desierta alcoba
 abandonada
 Aquietad remolinos Tened piedad en esta angustia larga
 Resistid el escombros de inauditos recuerdos

Porque en Ruanda aún se abren blanquísimos capullos Y en
 Ruanda todavía los espejos resplandecen

Las banderas de orfandad enrojecen la lluvia

La partición de las estrellas Descubre oscuridad sobre los mismos cuerpos que luminosos nos herían Agotados estaban de escandalosos sueños Sin conocer del llanto esa orla de pies inertes Su filo de flamencos que van minando las profundas sedas Las mordidas de besos Las diminutas lunas de la mano

Deseo por deseo El borde de mis labios amaneció vacío Adormideras del mar Retengo a mi costado Escalofrío de extremaunción convocan las campanas De norte a sur Su oficio de follaje y negra sed se instala en las murallas La palabra cabeza funda banderas lejos de su templo En ingle alucinada En rojo ardiendo En gotas de atormentados niños cayendo a sobresalto Aullando a flor de vientre desde una comisura de relojes

Busco el secreto manuscrito de Ruanda Su memoria discriminada al cielo polvoriento

Y el pobre Dios cruzaba la frontera esparciendo como al acaso pétalos Naturalmente la víspera caían Abriendo al mundo de par en par sus ritos para que entrara el mago de la suerte Y pagar su rescate de azucenas Desnudo hasta el cabello

Prendido de una nube como si fuera un ángel

Y el valle violento es como un matuasto al sol galopado de turbulencias

Volvía del castigo Y recordé los tártagos Donde enredaba música la luciérnaga triste con instrumentos traídos de la guerra La huida a contraluz Los corredores que sepulta la tierra gris y el viaje de la aurora Cuidan mi corazón Mi vino pálido que noche a noche sorbe la metralla

Yo he intentado morir Y no he podido Desciende el viento pero nunca muero Quema lágrima heroica en carne que supura tanta impiedad Tanta neblina ansiosa

Dios proteja esta herida dulcemente Y entorne las ventanas del espejo

Como una caracola la muerte estará en otro ruido Como un higo de luto en otros dientes de tímido conocimiento blanco

Oscuros umbrales de revelación Sostienen temerarios la edad impura O el cuchillo de plata a la intemperie O la caravana que alisa arenas y castiga a los pájaros heridos (Cuando aparece el huésped persignarse)

La inocente descubre ceremonias en los huesos de un niño Voraz una cascada de nieve derretida Lava de olvido su alma Red luminosa fluye en el coro de renacuajos del diluvio Y plegaria comulgante en el oído sordo de tristeza sobre tristeza Ruanda inventa un corazón para olvidar Suelta lujurias en los ojos velados que encienden la imaginación Aquí en su piel existe una rosa cautiva perversamente lastimada Es la rosa esclava de secretas voces La casa desprovista de manjares y paciencia Los fantasmas del ancestro que convocan animales libidinosos y grifos de ruidos permanentes Dioses sorprendidos en el Kivú Apostados entre mariposas salvajes Oscuros umbrales de revelación Cuerpos destruidos de tanto vagabundeo sin brújula Con su joroba verdinegra que asoma en la claraboya de la luna

Deseo comparecer a tu lado Ruanda de incestuosas lágrimas Efímera Como tu pulso de felicidad invisible

Danza “Coppelia” (El Edén)

¿Quién soy? Dijo la bruja a los dueños del agua Ellos le contestaron: Araña, tiendes la baba en geométricas figuras para la trampa

Y comienzan los cielos a descender su fuego derretido El libre amor El pan del hambre El puro diapasón americano

Sangres que se confunden, son ríos del alma El hormiguero no puede ni debe envenenarse

Las manos se juntaron El barullo en tanto trapo de bandera inútil También en trapo triste de mendigos

De izquierda hacia derecha por la proa, las pervertidas e inocentes partituras roncan de sueños y crujidos entre polvo de semillas tan radiantes

Los celos y la vergüenza fortificaron su guarida Las décadas gloriosas que la maga resiste en zaguanes de infancia y prudente misterio Cuidado, sin despertar la eternidad del gesto

Juegos desesperados nos tocaron la piel como luces azules de hoteles clandestinos El yerro se presenta en columpios dorados, mientras pasan los ángeles a maldecir la guerra Gente hacinada en su furor y amores de va y viene La que baila de bruja se confiesa Danza lo prohibido dirigiendo mensajes de cordura En ofrenda sus brazos, sumisos, elevados, conmovidos copos de nieve tímida El pelo rojo de sensitiva cortesana De leche de polilla que place y alimenta Suavemente los torsos retomando el vacío

Poco o mucho, el testimonio importa No se discute el número de estrellas Ni al incendio el farol ennegrecido que va con su memoria a la aventura

Me quedo con un tráfico de sueños que me conduce al vértigo Tanto girar la maga, la bruja, la cintura, son una misma cosa de jacintos Una muchacha pálida por atracción al sexo La prole cobijada bajo un árbol de zinc en la tormenta La extraña indagatoria para rastrear el hilo de sus piernas La luna totalmente emborrachada Y el desgano genético a cien metros de su arboladura La maligna avidez El terciopelo

La soledad existe cuando Coppelia se desnuda Existe como tantas una ciudad insomne armada hasta los dientes por la

Huyen los besos Detrás de las cortinas, aparece la codicia En el anzuelo, la boca muerde despacito Se traga las ganas de amar o de morir, que a veces da lo mismo

Sin nombrarme

Una gota de sangre, nos endereza el espinazo Nos corroe como si fuéramos de espuma Nos convierte en saliva atravesada En juego opaco con vitrinas espléndidas

Por cucharadas, la vida obliga en sus angustias Corre la ficha de los huesos bajada al sótano sin habla A basuras pulcramente anegadas con millones de tilos invisibles

Una sola epidermis para burlar tanta imprudencia, tanta gratuita lлага ardida, tanto cristal tumbado en primavera

Las señas deshonestas del exterminio Los ramos de la encina con su frío, los galgos del destino amotinados, el corazón que yace en su intemperie, me saben alumbrada

Se entregan a mi nombre sin nombrarme

La que interroga

Detrás de las vidas apagadas, por azar respira un lirio verde Nos atrevemos a mendigar amando Porque el amor es muerte en su ley, o gozo ingenuo y a la vanguardia del paraíso, como el revés del arco iris

Muy aturdido y cerca de mí, el disfrute que sueñan los altos soñadores, solloza en la minúscula horquilla de la dicha ¿Es la vorágine en sus desprendimientos?

Es el búho y su silueta, que se traicionan por la herida de una caricia

Joaquín Giannuzzi

(Buenos Aires, 1924). Obra poética: *Nuestros días mortales* (1958), *Contemporáneo del mundo* (1962), *Las condiciones de la época* (1967), *Señales de una causa personal* (1977), *Principios de incertidumbre* (1980), *Violín obligado* (1984), *Cabeza final* (1991), *Obra poética* (2000), *¿Hay alguien ahí?* (2003), *Antología poética* (2006), *Un arte callado* (2009), *Poesía completa* (2009). Fue periodista de vasta trayectoria. Falleció en Salta en 2004.

Mi hija se viste y sale

El perfume nocturno instala su cuerpo
en una segunda perfección de lo natural.
Por la gracia de su vida
la noche comienza y el cuarto iluminado
es una palpitación de joven felino.
Ahora se pone el vestido
con una fe que no puedo imaginar
y un susurro de seda la recorre hasta los pies.
Entonces gira
sobre el eje del espejo, sometida
a la contemplación de un presente absoluto.
Un dulce desorden se inmoviliza en torno
hasta que un chasquido de pulseras al cerrarse
anuncia que todas mis opciones están resueltas.
Ella sale del cuarto, ingresa
a una víspera de música incesante
y todo lo que yo no soy la acompaña.

El hueso de la gaviota

Breve y liviano sobre la playa, aéreo
el último hueso de la gaviota
aguarda la disolución en manos de los elementos.
No está previsto un accidente
que modifique la situación.
El sólido cuerpo del planeta
también espera,
pasivamente espera y con dulzura
el retorno del hueso a su garganta.
Cincuenta millones de años
contra unas semanas de vuelo.
No hay injusticia en la proporción
sino confianza y un pulido equilibrio
entre el agua, el viento y la temperatura solar.
Y allí de pie, el poder humano,
buscando en el cielo un agujero
donde meter la cabeza y si es posible
una eternidad independiente
de uso privado y esqueleto entero.

Crónica de la columna vertebral

Para levantar las pirámides
doscientos mil hombres, a lo largo
de tres generaciones, cargaron y arrastraron
millones de toneladas de piedra.
Dos imágenes de restos óseos
revelan el costo de las obras:
la columna vertebral de los obreros
aparece curvada en dos secciones,
muestra fisuras, bordes corroídos,
luxaciones, agobio eterno.
La de los faraones, sacerdotes y altos
funcionarios, se ven erguidas
y frescas como recién nacidas.

Después de 4.000 años,
vértebra sobre vértebra, crujido a crujido,
el espinazo innumerable
sigue cargando el peso
del sueño y la podredumbre de los señores.

Momento de Proust

Sueles mojar la lengua en la gelatina de Proust
y rescatas algunas líneas soñadas
para tu cuarto maloliente. Así que instalas
un soleado aposento cuyos cristales
se abren a un jardín otoñal. Hay flores
en casas doradas. Una niña que ondula
en pálida muselina flotante
se sienta al piano y lo más suave de Chopin
organiza un universo azul equilibrado.
Si ese mundo existió, como la dulce
superficie de un lago sobre alimañas
en gestación, has llegado tarde.
La fractura de aquel espejo te condujo
a este cuarto frío, con escarcha sangrienta
en el vidrio de la ventana,
esta cólera prendida como una sombra seca
en el fondo de la garganta
y que no puedes escupir ni devorar.

Ballet

La más dichosa libertad de orden
en un espacio rígido y oscuro
donde todo es posible. Allí la luz
concentra el blanco y el rosa
que la pirueta
hace virar hacia inestable azul.
Cuando la gracia brinca

el planeta suspende los poderes
de su fuerza mortal y la materia
se incorpora a la música.
Volúmenes aéreos que conquistan
el triunfo de lo ingravido.
La danza no concluye
en el tiempo común y el entreacto
es un hueco en la mente. Pero entonces
las que bailan se dispersan, saltan
y caen en el ojo de Degas.

Cabeza final

Todas las ideologías le dieron de palos.
La humillaron la historia del mundo
y la vergüenza de su país,
la calvicie, los dientes perdidos,
una oscuridad excavada bajo los ojos,
el fracaso personal de su lenguaje.
El obrero que respiró en su interior
ávido de oxígeno y universo continuo
dejó caer el martillo. Fue la razón
quien cegó sus propias ventanas. Pero tampoco
encontró en el delirio conclusión alguna.
Pero eso, quizás no fue tan descortés
esa manera de negar el mundo al despedirse.
Sucedió así:
Reposando sobre la última almohada
volvió hacia la pared
lo poco que quedaba de su rostro.

Francisco Madariaga

(Buenos Aires, 1927), *Obra poética: El pequeño patíbulo* (1954), *Las jaulas del sol* (1960), *El delito natal* (1963), *Los terrores de la suerte* (1967), *El asaltante veraniego* (1968), *Tembladerales de oro* (1973), *Aguatrino* (1976), *Llegada de un jaguar a la tranquera y otros poemas* (1980), *La balsa mariposa* (1982), *Poemas* (1983), *Una acuarela móvil* (1985), *Resplandor de mis bárbaras* (1985), *El tren casi fluvial - Obra reunida* (1988), *Antología poética* (1996), *País Garza Real* (1997), *Aroma de apariciones* (1998), *Un palmar sin orillas - antología* (2009). Falleció en Buenos Aires en el 2000.

Arte poética

No podríamos sostenernos con esta piel y este polvo gemebundo,
guitarrera de grandes desgracias.
Sólo no hay trampa para la orden de hacer fuego hasta que todo arda.
Los puentes están artillados y sólo los cruzan caballeros blancos
vestidos con el aire de un muerto que posee la victoria final.
Totalmente entorpecidos por la belleza de su sangre.

Viaje al Paraguay con Oliverio

Brillan todos los pájaros y estamos viajando al
Paraguay.
Lejos van quedando las costas del Plata y del
Atlántico,
Las estaciones de andenes con aliento a zorrino
De la Provincia de Buenos Aires,
y la laguna del Tordillo.
A nuestro costado una franja de todos los colores
de la Cuenca del Plata aborda a nuestro barco.
Mi padre y un changador alcohólico, de barbas
rojizas,

nos saludan desde la brillante costa correntina.
Una laguna se ha colocado –como sombrero celeste–
sobre el camposanto donde viven.

El Río de la Plata se le ha salido del sombrero,
Oliverio,
y desborda en su camarote.
–Pero, che, Madariaga, usted se ha meado todo un estero.
–No, es el agua que usted recogió en la Bahía de
Samborombón,
y la tenía guardada en su sombrero.

Derecho, allá, donde el crepúsculo tiene volteada a
una palmera,
está mi rancho con techo de hojas de palmeras.
Al regresar, entraremos en esos palmares, en una
volanta celeste y negra:
la misma que manejaba Anastasio Jenuario –un negro
rengo–,
conduciendo a mi abuelo en 1881.

Aquel es mi pedazo de recuadro del mundo recibido
Antiguamente por las fieras.

–Che, camarero.

El paquebote se dirige a los esteros paralelos a la
costa.
Quiere vararse en la parte florecida, colorada, verde
y cremosa del estuario.
Hemos varado, pero conozco algunos canoeros que,
Botando con tacuaras rosadas y amarillas, nos
bajarán en una costa firme.
Nos haremos de montados para llegar a algún
puertecillo natural.
Nuestro barco recuperará la marcha.

Ya estamos frente al puerto de Corrientes, y el postre
de la tiniebla entera ya ha llegado.
Durmamos una medianoche, hasta que los monos nos
devuelvan la luna,
y no habrá más peligro de vararse en un estero.

Asunción baila ya su galopa del encuentro,
Arden las mulatas verdes de ojos dorados.

¿Oye el sonido multicolor del canto de ese pájaro,
Oliverio?
Es el pájaro de una princesa guayaki, que se enojaba
con los ojos de ese pájaro de infierno.
Estamos en la bahía de Asunción y corre el fuego.
La chiquilla de las naranjas canta en el alba,
descalza y vestida de frutas enarenadas.

Estamos entre jazmines y mosquiteros.
Vamos a comernos todo el Mercado.
Raptemos a:
una burrera,
una naranjera,
una mendiguera,
una india con las orejas llenas de
frutas,
una galopera,
una canoera,
una tortera,
una yuyera,
una frutillera,
una aguatera,
una canera,
una payesera,
una cigarrera,
una vendedora de coronas de agua
de ananá,
para beber toda la siesta.

Oliverio, nos espían desde sus carpas
las hechiceras:
serán nuestras amigas,
nos ofrecerán las mejores mujeres.

(Antes de morir, Oliverio Girando me invitó a viajar con él a Paraguay.
El viaje no se llevó a cabo. Después nació este Sueño, en homenaje
al gran poeta y amigo)

Nicolás Gumiliov
(Poeta ruso muerto en 1921)

La sangrante colina no pudo defenderte,
caíste bajo el fuego de las hadas más
negras,
sobre el viento del puente de guerra
tendido en el abismo.
Tu colina descendió con tu batalla en el
áspero fuego del Diablo.
Entre la niebla pasaba un carruaje venido
desde un levísimo reino asiático,
con olor al infierno.
En la iglesia, bajo el puente, ha quedado
clavado tu puñal de destierro.
Una mujer bellísima, en el crimen del
rebelde,
alumbra tus cabellos.
Yo aguardo su mano de amante para adorarla
en el jardín del fusilado.

Planeta azul

A mi hijo Lucio

¡La redonda e invisible jornada mía por la eternidad!
El planeta azul gira y tiene a la muerte como reina del todo.
No provocar a la reina de infierno.
¡Póngale un santo, amigo, a su bandido!
La fuerza de la estrella del corazón sea tomada de la mano:
ella es salvaje caridad de agua de cielo que ha bajado con los vientos de la infinitud, y un pequeño pedazo de ese cielo sangra y se enciende con un sueño terrestre.

Un palmar sin orillas

El muerto en la campaña del otoño ha vuelto a florecer en mi memoria.
Ha revuelto el rostro contra huellas, y ha arrancado la raíz del maíz terrestre y celestial, crecido en los parajes de sangre y caballadas.

Para nada ni a nadie reconozco en mi memoria un poder mayor que el agua del País de la Garza Real, o sólo tal vez al color del padre muerto que vuelve a reclamar su derecho a un palmar sin orillas, internándose en un desaparecido mar.

Criollo del universo

El blanco océano gira en mi corazón mientras canta el otro océano de plata amarilla, que se desprende de las aguas del sol. Ya es muy tarde para ser sólo de una provincia, y muy temprano para pertenecer, todo, al planeta del venidero y sangrante resplandor.
Oh, acude a mí, a mi jerarquía de peón del planeta, gaucho con trenzas de sangre, mi padre y ensíllame el mejor caballo ruano del universo: para atravesar el agua de oro de la muerte, y escucharme, todo, siempre en ti.

El blanco océano solloza por la inmortalidad.

Empalme de caminos

Suave como las moscas o las ratas de la colina, así cantaba el leproso Hilarión contra su sangre. Una avispa alazana le bordeaba el vino y el hurón de un gitano le rondaba la carne.

¡Ah tiempos, en Julio!
Un mendigo en la helada forastera.

Su ataúd es la alborada

El tiempo arrasará todas las rosas:
las florecidas,
las heridas,
las que tienen los labios del verano
como cortaderas carmesíes,
pero volverá el amor de las recolectoras de las rosas,
y la caridad encendida del color del horizonte,
donde se prenden las lámparas de las palmeras al paso
del ferrocarril,
oloroso de ciudades y de esteros.
Pasa el entierro del cuerpo de un sueño,
pero su ataúd es la alborada.

Lluvia en Las Pirquitas

A Leonardo Martínez

Va a seguir siendo mía la lluvia cuando yo muera,
todo va a seguir siendo mío,
el trueno conservará intacto su sonido casi negro
y el árbol a orillas del corral gozará con ese trueno,
mientras el olor a presencia de la tierra en la lluvia
será el mismo olor de mi ausencia.
Así le sucede y le sucederá a todo lo que es pertenencia del planeta.
Entonces, a no gemir, mi lejano palmar cuando yo muera,
porque somos un pormenor de presencia de lo inmortal.

Leonidas Lamborghini

(Buenos Aires, 1927. Obra poética: *El saboteador arrepentido* (1955), *Al público* (1957), *Las patas en la fuente* (1965), *La estatua de la Libertad* (1967), *Coplas al Che* (s/f), *La canción de Buenos Aires* (1968), *El solicitante descolocado* (1971), *Partitas* (1972), *El ruiseñor* (1975), *Episodios* (1980), *Circus* (1986), *Verme y 11 reescrituras de Discépolo* (1988), *Odiseo confinado* (1992), *Tragedias y parodias* (1994), *Comedieta* (1995), *Las reescrituras* (1996), *El jardín de los poetas* (1999), *Personaje en Penhouse* (2000), *Carroña última forma* (2001), *Mirad hacia Domsaar* (2003), *La risa canalla o la moral del bufón* (2004), *Encontrados en la basura* (2006), *Antología poética* (2006). Falleció en Buenos Aires en 2009.

El fallo de la suerte

El girar hace ladrar.
Lo que espera el que espera
gira en el girar
y ladra.
El que espera es sordo. Y
es ciego. Y gira ladrando.
Lo que espera el que espera
es ciego. Y es sordo.
El que espera
y lo que espera el que espera
giran. Y ladran
hasta quedar secos.

De: *El jardín de los poetas*

Parterre 30

Poetas soñando su poema mucho antes de vestirse Poetas soñando su poema mucho antes de desnudarse Poetas soñando su poema mucho antes de vestirse a medias Poetas soñando a media mucho antes de desnudarse a medias.

Parterre 14

Poetas soñando su poema antes de examinar la lente de un microscopio.
Poetas soñando su poema después de introducir su mano en el bolsillo izquierdo de su pantalón.
Poetas soñando su poema en el momento mismo de saborear la goma de una estampilla.
Poetas soñando su poema poco antes de examinar la lente de un microscopio.
Poetas soñando su poema mientras saborean la goma de una estampilla.
Poetas soñando su poema mientras introducen su mano en el bolsillo izquierdo de su pantalón.
Poetas soñando su poema poco antes de saborear la goma de una estampilla.
Poetas soñando su poema en el momento mismo de examinar la lente de un microscopio.
Poetas soñando su poema mucho después de introducir su mano en el bolsillo izquierdo de su pantalón.

Poetas soñando su poema mucho antes de saborear la goma de una estampilla.

Parterre 16

Poetas casi nada nerviosos a la espera de la inspiración de su Musa.
Poetas esperando con los nervios en punta la inspiración de su Musa.
Poetas que esperan con los nervios algo en punta la inspiración de su Musa.

Parterre 17

Poetas absolutamente en calma esperando la inspiración de su Musa.
Poetas no muy calmados esperando la inspiración de su Musa.
Poetas esperando absortos la inspiración de su Musa.

Parterre 18

Poetas en absoluto absortos en la espera de la inspiración de su Musa.
Poetas ilusionados en la espera de la inspiración de su Musa.

Villas

A Frantz Fanon

los chicos mueren como moscas
los chicos mueren como moscas

–Distrofia: primer grado segundo grado tercer grado
la leche no la ven la carne no la ven
sopa
sopita

Distrofia: malamente
desnutridos: primer grado segundo grado tercer grado
Nacido en 1925 en Fort-de France doctor en medicina se especializó
más tarde en psiquiatría

–Es cosa de agarrarse la cabeza pero
estas cosas hay que decirlas estoy
dispuesto a decirlas no
a gritarlas
Las proteínas que están metidas en la carne no están metidas en
la sopa sopita las proteínas necesarias no las ven
es cosa. Nacido en 1925 para no gritar sino decir
hay que decirlas
alimentados malamente

–El 65 por 1000 mueren como moscas sin proteínas:
la carne no la ven
la leche no la ven:
las proteínas de la leche son distintas pero tan necesarias
en Fort-de France 1925 en psiquiatría :

–Estos chicos tienen problemas de dislexia: afasia para la
lectura se sienten segregados rechazados: afasia

dis
lexia

dis
trofia

malamente:
no ven las proteínas que están metidas en la carne no la ven
las proteínas que están metidas en la leche no la ven
primer grado
segundo grado
tercer grado
tan necesarias

Los chicos mueren como moscas
los chicos mueren como moscas
mire señor aquí los chicos la laguna de aguas podridas
sopa
sopita
doctor en medicina
agarrarse la cabeza pero sin gritar estas cosas hay que decirlas
hace tiempo

especializado en no gritar hace mucho que dejé
el grito salió de mi vida el grito salió: nacido en 1925, en
Fort-de France más tarde en
decir distrofia
decir
estos chicos se sienten segregados se sienten afasia rechazados
afasia para la lectura tienen problemas
el grito salió dicho hace bastante tiempo que salió de mi vida
la laguna de aguas podridas con borde de basuras

–Un buzo tuvo que bajar a rescatar el cadáver del niño
los niños mueren como moscas
en la sopa no ven las proteínas en la laguna el 65 por 1000
allí juegan: las proteínas escondidas
la carne que no ven
las proteínas escondidas de la leche son distintas
tan necesarias
escondidas

dis
dis
trofia

dis
dis
lexia

dificultades afasia aquí
los niños juegan en el borde de basura de las aguas podridas
de la laguna sopa las proteínas escondidas escondidas
y mueren como moscas 65 mueren por mil
un buzo tuvo que bajar al fondo para rescatar allí escondidas

–Mire señor aquí
Doctor: en medicina. En el primer año no debe faltarles nada
primer grado segundo grado tercer grado

–En el primer año es como construir un edificio hay que ponerle
los cimientos

sopa
sopita
los cimientos con sopa los cimientos en
los cimientos la leche no la ven los cimientos la carne no la ven
los cimientos: es como construir un edificio
malamente
se derrumba
los niños mueren como moscas en la laguna sopa aguas podridas 65
por mil se derrumban edificios construidos con proteínas
no las ven con dis-trofia dis-lexia malamente malamente
malamente malamente malamente malamente malamente mala
mente

mala mente:
en el borde la basura las proteínas escondidas jugando a

–El buzo tuvo que descender hasta la afasia
dificultades para

dis
dis
para rescatar las proteínas escondidas en la laguna de aguas

el buzo se especializó en: doctor Fort-de France 1925
los niños segregados los cadáveres como moscas
más tarde en psiquiatría
los cadáveres de los chicos malamente

mala mente
mala mente

65 por 1000 no rescatados jugando a ver las proteínas
de la carne no la ven de la leche distintas no la ven
en la laguna de aguas
sopa sopita
en la laguna de aguas el buzo Fort-de France
los cimientos del buzo Fort-de France 1925 rescatando moscas sin
proteínas
estas cosas hay que decirlas
el grito salió de mi vida de la laguna sopa podridas el grito
salió hace bastante de mí
Nacido en 1925.

–La distrofia puede ser de primer grado de segundo grado de
tercer grado de cuarto grado de quinto grado de sexto grado
de séptimo grado de octavo grado de noveno grado de décimo
grado
malamente
dislexia

–La dislexia es una afasia (dificultades para la lectura)
estos niños se sienten segregados rechazados tienen problemas
de estas cosas hay que decirlas problemas de estas cosas:
problemas para la la

–El 65 por 1000
problemas sopa sopita el el
más tarde en psiquiatría
dificultades hace tiempo podridas hace bastante 1000 es cosa
de agarrarse con borde de basuras estos chicos tienen problemas
para la la
leche no la ven
carne no la ven
malamente

–Es un desorden de la nutrición sistematizado o localizado
en la laguna de aguas las proteínas son distintas con bordes
desnutridos es cosa de agarrarse
los chicos mueren como moscas
los chicos mueren como moscas
en el primer año es como construir un Fort-de France en el primer
año los cimientos para la lectura jugando a ver

–Mire señor esta mujer dio a luz aquí sola dificultades problemas
con el cordón umbilical para cortarlo no había nadie en desorden
el grito salió

sopa
sopita

dio a luz aquí
distrofia

el grito salió no había nadie para cortar el cordón malamente
no había.

Dificultades para la
las proteínas de la carne de la leche escondidas
para el
cordón umbilical escondido esta mujer mire señor problemas para
agarrarse la cabeza estas cosas el grito salió para no gritar

sino decir
no había nadie
esta mujer aquí dio a luz con borde de basuras
malamente mala mente
más tarde especializado en psiquiatría
sistematizado
el cordón umbilical el buzo con el cordón tuvo que descender
hasta el fondo de la laguna de aguas localizado jugando a ver los
cimientos
buzo Fort-de France
doctor Fort-de France
descender hasta el fondo de la la:
primer grado
segundo grado
tercer grado
cuarto grado
quinto grado
sexto grado
séptimo grado
octavo grado
noveno grado
décimo grado

mueren como moscas: 65 por 1000
dio a luz 1925 en Fort-de France las proteínas escondidas en el cordón
umbilical nadie umbilical para cortar
umbilical
los niños juegan con el cordón dificultades problemas de estas
cosas:

–Hay una zona de no-ser ellos se sienten segregados una región
extraordinariamente estéril y árida: Fort-de France.
la carne no es
la leche no es
las proteínas no-ser
la sopa sopita extraordinariamente estéril y árida

—Mire señor aquí
la zona esta mujer para no gritar sino decir dio a luz afasia dio a
luz dislexia dificultades dio a luz
dislexia dio a luz cordón dio a luz primer grado segundo grado
tercer grado cuarto grado quinto grado sexto grado séptimo grado
octavo grado noveno grado décimo grado
dio a luz dio a luz la leche no la ven la carne no la ven
dio malamente dio a la luz no-ser dio a luz
extraordinariamente

—Hay una zona del no-ser esencialmente calva a cuyo término. Doctor
1925
65 por 1000
las moscas mueren como chicos
las moscas mueren como chicos

—Esta mujer los dos últimos meses tuvo un embarazo brutal.
estas cosas hay que decirlas
a cuyo término.

Raúl Gustavo Aguirre

(La Plata, 1927). Obra poética: *El tiempo de la rosa* (1945), *Cuerpo del horizonte* (1951), *La danza nupcial* (1954), *Cuadernos de notas* (1957), *Redes y violencias* (1958), *Alguna memoria* (1960), *Señales de vida: poemas 1949-1961* (1962), *Palabras* (1963), *El hombre adulto* (1964), *Viejos amigos* (1967), *La piedra movediza* (1968), *Poemas* (1970), *El amor vencerá* (1971), *Vivencias* (1971), *Olas* (1971), *Resplandores, bellezas. Olas. Incisiones* (1974), *Cadencias* (1974), *Aventura en la noche* (1978), *Antología 1949-1978* (1979), *La estrella fugaz* (1984), *Asteroides (Aforismos 1952-1975)* (1999). Fundó y dirigió la revista *Poesía Buenos Aires*. Falleció en Buenos Aires en 1983.

En el borde

Mi corazón avanza sin miedo por una esencial contradicción. Mi corazón alegre y aterrado, que baila con la flauta del mentiroso y se detiene ante una piedra desconocida.

Yo siembro en el campo de tu inmensidad. Oh insólita a quien la noche sorprende, como yo, lejos del reino de la noche.

Yo no estoy en el camino de los que detonan el universo y los que se deshacen por su cuenta, yo no quiero elegir entre los acuarios y el Mar Muerto.

¿Acaso no puedes, todavía y siempre, compartir este verano, en medio de los árboles gigantes, hecho por nosotros y hecho para nosotros, que todo le debe al dolor y nada debe al dolor, y en el que moriremos sin protocolos inútiles?

¡Todo un anillo de terror, como un incendio, en medio de la claridad que abrimos, trémulos privilegiados, para perdernos más intensamente!

El viejo cuyo rostro es apenas visible, a quien espera la mañana. La niña de simples movimientos salta de eternidad en eternidad, bajo las amenazas del litio. Estos son mis cimientos.

Aquello de que huyes es el poema. Aquello que te detiene y te espanta, es el poema. El que quiere pasar por aquí, eso es todo.

Desasosiego: tu sosías escapa, en tanto tú te paralizas. La rosa desgarrada en la noche del monstruo. Y las estrellas brillantes.

Rostro fugaz en la tormenta, tu ausencia yo ya la conocía, tu ausencia, el viejo abismo tenebroso. Buena suerte, rostro perdido en la tormenta.

Cuando yo cierre los ojos, mi amor, los abrirás al otro lado del tiempo.

En suma, yo tengo una patria, leve posesión. Una patria oprimida por la ingratitud y el olvido, la dimisión y la negligencia. Cuando me sueltan, yo vuelvo allí, yo amo.

Abre, Sésamo, la puerta de mi casa. Allí donde reina la lámpara del hombre, yo ceso y recupero lo esencial. Yo soy el grillo que ha saltado a la noche.

La soledad comienza donde los otros, el miedo en la mirada, se terminan. Vuelves a tu peña junto al mar, que la tormenta visita y los espectros prefieren. ¿Cuántos rostros borrados hoy, apenas comenzadas las ceremonias del alba? ¡Ah, el encuentro es difícil cuando todas las cartas están sobre la mesa! ¿Pero a quién hablas, sino al amor, magnolia lúcida que de todo te olvidas?

En mi campo de honor yo siembro. En mi campo de tinieblas me maravillo.

Aprende de los niños, esos desterrados de la noche, que en su noche más vasta se abandonan y vuelven como rayos a la realidad.

Alguna memoria I

Bella que me anuncias una extraordinaria complicación. Tantos crímenes olvidados reaparecen por ti.

Llega el tiempo de la proeza infatigable frente a tus ojos sin sueño que ningún diamante puede cerrar.

Ella se expone a las angustias del siglo, usinas de la realidad. Más explícita se quiere, menos se la conoce. El sueño de los asesinos y de los poetas es que llegue a tener un rostro.

Para llegar aquí, ella debe atravesar una región de fotografías exacerbados por su asombrosa presencia.

A pesar de su aplicación, estos espectadores sólo se quedarán con las pruebas debiles de su distancia de la verdad. Es que para retenerla hubiera sido preciso transformarse en ella, ser ella, y no su descripción más o menos feliz. Yo me lo repito siempre después de mis tentativas inútiles.

Ella mantiene la frescura, la diligencia feliz de la vida, por cuya justificación nos dejamos tentar, hierros de tristeza y de habilidad vergonzosa. Invita a los hombres, a quienes sabe posibles no por el memorial de sus servicios sino por la suma de su condición, a un juego de alta conciencia y de contumacia en el extremo de los enigmas. Ha conseguido así formar una tribu dispersa por el mundo, cuyos miembros se ignoran mutuamente y sin embargo reparan en común los hilos rotos de una gran red de belleza.

La jurisprudencia acumulada por las heridas, la imagen del mundo construida con la memoria de una continua decepción, la torpeza de la saciedad en el epílogo, todas las apariencias de la consumación se borran y se anulan en el esplendor de ese deseo que arrastra consigo, el asombro, el origen y la felicidad del universo y que ella, continuamente, se complace en inspirar.

Alguna memoria II

Ella tampoco está exenta de las cargas fiscales, de las confusiones de la red telefónica, de las representaciones ilícitas. Pero se aviene, sin espanto, a ocupar con nosotros un lugar desfavorable en el mundo. A decir verdad, sólo emplea su tiempo en maravillarse. El siglo ha mejorado con su presencia.

En ella, la oscuridad se transforma en largo regocijo del ladrón solitario. Las señales que no comprende no estaban dirigidas a nosotros.

Viene de ausencias maravillosas, de seres que la amaron a través de otros seres cuyo destino era cambiarse en ella con tanta lentitud que la eternidad les maldice. (La eternidad maldice su lentitud, no su destino.)

Ella no comprende el Oráculo, no se lleva bien con aquéllos en quienes el Espíritu ha entrado para vociferar. ¡El lenguaje del dios resuena miserablemente puro en esas cabezas! No comprende una sola palabra que no haya atravesado el sufrimiento lúcido de un hombre, que no conserve señales de la lucha... Ella ignora también qué hacen los que se torturan a sí mismos para que los otros los vean, cuando había que ir más lejos, con los otros, más lejos todavía en el dolor... Esos inútiles inventores de martirio, de palidez, de revelación, a su vez, la odian misteriosamente.

Ella no sabría entretener con apariciones espectaculares nuestros ojos ávidos de exageración. Prefiere permanecer en los resquicios de una realidad que se proclama habitable y obligatoria. Como a las larvas de luciérnaga, la tiniebla la abrumba, pero le es imprescindible.

Hasta que el Labrador la descubra, por último, en su terreno magnífico, seguirá siendo la víctima paciente de nuestras herramientas equivocadas.

A su lado, contemplar el abismo resulta una excelente diversión. En su ausencia, comienzo de la angustia para el observador sensible.

Ella siega el verano, y luego todo es azul alrededor de sus ojos invisibles.

Como la cigarra, sólo puede vivir en medio del incendio que suscita.

¡Ah, pequeño milagro, vida enorme! ¡Enorme vida en una nada enorme!

Así como el placer es su reino, ella no puede detenerse en esas gradas fáciles donde el olvido nos ofrece sus pactos sospechosos. Si sufre, es para morir.

Por ella entramos en el mundo, pero también por ella nos es cada vez más fácil excluirnos de él. El enigma del bello vivir.

No obstante la distancia y el diluvio, y las dificultades insalvables, y el honor y la maldición, ella se permite la aventura de vivir con nosotros. Sabe que el abismo terminará por recuperar, algún día, su confianza en el hombre.

El que no aprende nunca

El que no aprende nunca toca el fuego
el que no aprende nunca da una mano,
el que no aprende nunca vuelve a andar.
El que no aprende nunca se golpea
contra una pared y con la otra
y después con la otra y con la otra
y sigue caminando.

La reina

Desde la playa de mi sexo
yo te saludo, reina
de la noche y del día.
Sin ti mis fuegos nada queman
Sin ti mis signos nada indican
Sin ti mis construcciones me ahogarán.
Yo te saludo, reina
de lo absurdo. Y te hablo
Y te amo y te asesino.

Por último

Haber dejado una moneda de fuego en la mano de otro,
haber atado ciertos hilos de amor y resplandor,
haber perdido algo
al salir de la casa vacía.

Haber estado, haber acompañado,
haber estado complicado con el viento que siempre tiene razón,
con la tierra y el agua y con la hierba que siempre tienen razón.

No haber cumplido años lejos de sí mismo,
no importa si de rodillas o en medio del pantano pero cerca de
sí, o entre asuntos pendientes o torcidos desde el comienzo,
pero masticados con tus dientes.

No importa ser un objeto más o menos clasificable
despreciable por los que deciden,
no importa ser superado, masacrado, tergiversado, desmentido,
con todo eso se hace la verdad.

No importa ser interrumpido
si estás al pie del árbol gigante en el día sin fin,
al pie del árbol de piedras preciosas del sueño que sólo
pertenece a los hombres,

y si has podido hablar con esas piedras
y acompañar hasta su casa a alguien
en un momento duro de la noche (y vivía tan lejos).

No importa que no haya solución para nadie ni perdón para nadie
ni si al fin estás solo en las salinas de la madrugada
haciendo todo lo posible para que salga el sol,
para que estos rostros queridos no se hundan en los
rápidos de la nada
que acecha tanta maravilla.

Eres, ahora, eres

Eres, ahora eres, nostalgia de lo ido,
ausencia de la ausencia, olvido del olvido.
Te busco en otros seres: eres, ahora eres,
aquello que no eres.

¿Te he de encontrar un día? No hay día por delante.
Solo esta noche, con el agravante
de la continuidad en la pregunta.

Estamos atrapados. La eternidad se agota.
La recta infinitud está doblada y rota.
Eres, ahora eres, toda la nada junta.

Y uno les ruega a las palabras

Y uno les ruega a las palabras
que no se porten mal, que no levanten
su reja ante nosotros. Uno les ruega
que nada digan si no pueden
más que decir, decir, ruido y miseria
queriendo hablar lo que no importa,
lo que ya se torció, lo que está frío,
y roto, y negramente terminado

tan sólo porque un día Adán habló.
¿Se puede? Uno quisiera entrar, quedarse
en el silencio de antes, para siempre.
Y sangrar sin adornos.

Yo

Yo reúno tus rostros tus gestos tus palabras
vivo de tus imágenes como el agua del cielo
yo te devuelvo al sol a las glicinas
al reino tuyo a tu calor
yo te desato de la noche que te olvida
te devuelvo a los días más bellos de la tierra
esta tierra que quiere ser parecida a ti

y que te necesita para maravillarme.

Juan Carlos Bustriazo Ortiz

(Santa Rosa, provincia de La Pampa, 1929). Obra poética: *Elégía de la piedra que canta* (1969), *Aura de estilo* (1970), *Unca bermeja* (1984), *Los poemas puelches/Quetrales. Cantos del añorante* (1991), *Libro del Ghenpín* (2004), *Herejía bermeja. Obra poética* (2008). Falleció en Santa Rosa en 2010.

Décima Octava Palabra

Rosa-Betuna-de-esta-salidura:-
orujoinfamecincuentóncercano-
pantalóngriso-rodilloso-mucho-
tan-perturbado-por-la-calle-imbécil-
este-que-fue-linotipista-loco-
de-ira-en-ira-por-la-negra-máquina-
esa-invención-tan-bella-y-peligrosa-
el-corrector-de-pruebas-de-aquel-diario-
aquel-taller-de-horripilas-ginebras-
tanto-que-hacer-que-herir-esta-palabra-
ni-cien-mil-bocas-bastan-quéyquéntonces?-
Rosa-Betuna:-vuelvo-a-los-comienzos-
al-pieslegüero-que-está-aquí-yacente-
que-ni-es-ni-bosta-entre-el-alcohol-y-el-humo.

Cuadragésima Tercera Palabra

Adónde vas, poeta nochernícola,
de austera sal, de halo melancólico?
Y el primo amor, o bien, el tu penúltimo?
Y el vaso azul? Erótico y arqueólogo
te sientes bien, mi vate, muy católico?
Eres o no el juglar, el archimítico,
el hacedor maniático, elegíaco
de tu canción? O estrilas de neurótico

talante, o vas de túnica, de báculo
por la vastura de la noche eólica?
Ay semoviente, austral humano mágico,
nómade Juan, desnudo en lo fonético?)

Libro del Ghenpín, 2004

*pedras azules pasan volando
y en lo entreoscuro somos polen*

I

Tan huesolita que te ibas

tan envidiada de qué sombras la tierra ardía huesolita
la siesta ardía melodiosa tan como ibas tu sonrisa era
una piedra arrobadora y era otra piedra mi costilla
dulcequeamarga solasola cuajada de alta pedrería eran
tus voces tan palomas eran tus manos piedras finas
guitarra tan azuladisa eras la piedra que acaricia
piedra te ibas quién te roba última brisa de la brisa o
flauta mía o leja y rota tan huesolita que te ibas tan
de la gracia mucha y poca si cuando vuelvas ves mis
días oh piedra llena llaga

hermosa!

V

Te regalé unas cuentas indias

y había un color de aroma hereje tan sobre mí caía el
cielo amarilleaba su piel verde yo sé que labro joya
oscura sólo por vos que me la entiendes porque a vos
te hablo en esta piedra enrumorada de caldenes quién

sino vos me la naciste y en quién sin vos ellas se mece
te di en la tierra qué colores sonorositos magamente
remotas gemas de collares ascuas de piedras de otras
gentes besos de piedras recobradas entre tus manos
vieja fiebre alegría vieja o amoríos de aquella aquel que
están sin frente te regalé gualicheríos piedras de dulces

redondeles

VI

Guardo tus ramas en mi casa

y tan del monte o hijas del árbol entenaditas de la
noche hijas de diablo hijas de santo día me dan su
mancha de oro en madrugadas pencos largos yo me las
traje de tu ausencia son un adiós ensortijado yo me
las tengo creo y creo supersticioso las ensalzo sus
pequeñeces son un mundo terrible y fino desangrado y se
están quietas como piedra briznal piedra de pájaro
quiero decir pájaro seco crucificado en cal y clavos
rama del pájaro bebido corazón del dulcevaciado están
están pena de leña tan piedrosita en mi

costado!

De Unca Bermeja (1984, 2004, 2006)

7.-

he ahí que brilló en la tiniebla

tu carruaje en medio del viento
con sus metales bermellones
con sus minerales como plata

apagáronseme los estragos
la canicie de mis cenizas
oh mía mía entre lo cárdeno
y empapamiento de la noche
dulces pálidos de las rodillas
porque ya no éramos conturbados
las mandíbulas de la lumbre
ya no comieron del olvido
mi amamantada de la luna
en atamiento en mis costillares
como una rosa ya dormías
y flameáronse los carbones
mi estatuilla mi ramo moro
mi cepa de la noche canela
hinchamiento de mi corazón
en la grosura de lo negro!
(noche del seis de abril.)

8.-

oh mi dormida entre mis brazos
cuántos siglos que no teníate
desde los abrigos hollinosos
entre los valles primigenios
desde las cuevas de piel verde
desde los aleros silbadores
desde las cúpulas del guanaco
desde las cruces laberintonas
y eran lo creado las pinturas
y entre nosotros cuántos desmayos
una vez fuiste una fogata
fuísteme un sol como en desvarío
y yo pintábate en el vientre
una guarda con miel de abejas
llegueme herido de una caza
y hierba fuiste forma del unto
entre los cueros de la noche

con el color de la piedra madre
oh mi dormida entre mis brazos
y yo velaba en los pedernales!

9.-

y otra vez fuiste una mariposa
de grandes alas escarlatas
oh y en las siestas estallantes
tus ojos eran rogativas
y yo cazaba en los cerrillos
animales de frentes tristes
para que soltaran los fogones
chillantes flores coloradas
chisporroteaban en las cavernas
los tremolantes corazones
otra vez fuiste un chamal blanco
sobre mi pecho con cicatrices
fuísteme un beso neblinoso
una centella desgranándote
oh y en la lengua de la tribu
hablabas tímida con el cielo
y ahora estás entretornada
y largo estoy ensusurrándote
piedras azules pasan volando
y en lo entreoscuro somos polen

10.-

y ahora estás para vos sola
con tu sonrisa contra el mundo
cáeme la noche desvencijada
déjame más un ay yaciéndote
quiero tu olor de niebla abierta
sácame vetas de temblor verde
despellejados juanjirones

quiero otra muerte de conana
quiérome esta hasta lo claroso
déjame hacer en esta sombra
hasta la herida del colorinche
cuando respires muy frutona
mora entreblanca o entreoliva
en esta cosa hecha de enjambre
quiérome estar hasta el dios mío
hasta que pálida medanees
o hasta que el buche de la paloma
déjame herir hasta lo amarillo
hasta que tu sed mate otra uva
y entre lo destrozado vivas!

11.-

déjame ser una gaviota
en los tomillos de tu nuca
una avutarda de agua y trémolo
en la tazona de tu garganta
déjame ser un mirlo mucho
un gavián de negro encaje
un cachilote aterciopelado
a media siesta y media laguna
un hornero con pies de barro
y con las sienas de belleza
un gorrión a medio salitre
a media piedra y media lágrima
en tus lomadas tormentonas
déjame ser estantas alas
estantos reinos de volidos
sobre tus costas anochantes
sobre tus líquenes susurrones
sobre tus mujeres de miel muerta
déjame abiertos estos picos
en los azules de lo secreto!

De *Los Poemas Puelches*

La tejedora puelche

Andaba doña Gregoria el caserío,
ofreciendo sus matras. Un día se fue
del pago. Los paisanos conservan
sus trabajos todavía, llenando con sus
colores los humildes recintos de los
ranchos...

Aquí viene llegando
la tejedora puelche,
la que tejía sus matras
lo mismo que su suerte.

Venía siempre al pueblo
en busca de la gente,
saliendo de la tarde
como una chilca verde.

Llegaba despacito,
subiendo desde el este,
allá, donde el río seco
se junta con la muerte.

Chamal rojizo y verde,
color que trae la suerte.
¡Ay, tejedora puelche!
tu sombra siempre vuelve.

Hoy suben de la tierra
tus raíces silvestres,
los vivos colorinches
de tus lanas alegres.

Loco el viento de junio
castiga, pardo y fuerte,
con tus matras yo tengo
la sola patria puelche.

Y aquí te dejo viva
memoria del Oeste,
derramada en mi canto
como un río ferviente.

Chamal rojizo y verde,
color que trae la suerte.
¡Ay, tejedora puelche!
tu sombra siempre vuelve.

El viejo Quintín, “intruso”

Después de lunas y lunas,
lo quieren sacar del campo.
Hoy lo he visto, cobre antiguo,
tierra y temblor, sueño amargo.

Allí está su sombra india
casi tocando la ausencia,
como si fuera a quedarse
ahí mismo, sobre la hierba.

“Hace años que trabajamos
este campito nomás...
Me dicen que soy intruso
y que me debo marchar...”

Casi nunca viene al pueblo,
su sangre apenas lo lleva,
y en sus ojos hace tiempo
que anda rondando la niebla.

Tener que irse y tan solo...
La tierra tiene otro dueño.
Don Quintín, cómo decirte
que los intrusos son ellos!

“Hace años que trabajamos
este campito nomás...
Me dicen que soy intruso
y que me debo marchar...”

Volviendo Don Correa...

Me contaron que siempre guitarreaba,
llenando de alegrías los patios de
los ranchos sonoros y con luces...

Ahí llega el viejo Correa
saliendo de la mañana
como apartando la niebla
con sus largas manos pardas.

Regresa como trayendo
de su antiguo tiempo puelche
sus yuyos de curar tristes
y sus vinos de la suerte.

*Esto es ya cosa del sueño,
pero fue, y aquí lo cuento.*

Lo cuento porque se me hace
que un día volvió subiendo
al perdido paradero
donde andaba su recuerdo.

Llegó hasta la casa aquella
de adobes acurrucados;
se hizo aleteo el saludo,
rojo en el aire y quemando.

*Tal vez parezca que sueño,
pero yo estoy bien despierto.*

Se fue otra vez don Correa
con su tiempo guitarrero,
rumbo a los cerros azules,
lleno de vientos jumeros.

La niebla lo trae ahora
con su solo paso andando.
Vino a mi voz su recuerdo:
aquí estoy para nombrarlo.

*Esto, repito, no es sueño;
fue hace tiempo, pero es cierto...*

Carapacha Grande

Andando los campos, caminos del monte, vimos en la tarde la Carapacha; la huella era polvo cegador y rojo, y alto, amarillento, era el pajonal.

Las peñas cobrizas eran como el lomo de una fiera antigua de dormida edad. Peñascal oscuro, máscara de piedra, guerrero de cobre, casa del pencal!

Carapacha Grande, Carapacha Grande...Y el río espejeaba como un pedernal!

Encendida greda, blanda como un lecho, ramitas resacas, hueso vegetal. La tierra era pobre como el lugareño; vagaba en el campo, triste, el animal.

Brillaban insectos bajo flechas de oro
que los traspasaban, filos de cristal.
El río viajero tardaba y tardaba...,
y el hombre y la bestia lo iban a buscar.

Carapacha Grande, Carapacha Grande! Y el río espejeaba como un pedernal!

Coplas para el niño muerto

La nieve castigaba la gente aquellos días. Todo aquel mundo era una larga y sola tierra blanca...

Anoche se ha muerto un niño
en los toldos, río abajo,
cerca de los Ñancucho,
cerquita de unos remansos.

Parece que el angelito
tres días estuvo malo;
aún estaba infiel el niño
porque el cura llega escaso.

(Yo sé que la gente puelche,
abandonada en la tierra,
no puede pagar las cosas
de la ciencia y de la iglesia.)

*Desde temprano la nieve
cubre la tierra salada;
no se distinguen las piedras;
las sendas están borradas...*

En la cruz de un zaino manso,
en una cajita blanca,
atadito con dos sogas
lo traen por la huella larga.

Ha venido a ver al niño
toda la gente puelchera;
lo velarán esta noche;
mañana le darán tierra.

La nevazón los castiga
con sus lonjas embrujadas;
el cielo cierra los ojos;
las cabras balan y balan...

*Desde temprano la nieve
cubre la tierra salada;
no se distinguen las piedras;
las sendas están borradas...*

Héctor Viel Temperley

(Buenos Aires, 1933). Obra poética: *Poemas con caballos* (1956), *El nadador* (1967), *Humanae vitae mia* (1969), *Plaza Batallón 40* (1971), *Febrero 72-Febrero 73* (1973), *Carta de marear* (1976), *Crawl* (1982), *Hospital Británico* (1986), *Obra completa* (2003). Falleció en Buenos Aires en 1987.

Prefacio

Desnudo en una bolsa de dormir de un velero
Aquí en un pico de pelícano guardado
Se pone tenso el músculo de un brazo
Un falo de madera cae al mar a lo lejos

Por las paredes de los rascacielos
El calor y el silencio suben de nave en nave:
¡Poesía piel de cebra solitaria en un living!

Recién soñé con muertos -dirá un hijo en las playas-
Pero no vi a mi padre
Porque a él lo liberaba la luz de una columna

Hospital Británico Mes de marzo de 1986

Pabellón Rosetto, larga esquina de verano, armadura de mariposas: Mi madre vino al cielo a visitarme.

Tengo la cabeza vendada. Permanezco en el pecho de la Luz horas y horas. Soy feliz. Me han sacado del mundo.

Mi madre es la risa, la libertad, el verano.

A veinte cuadras de aquí yace muriéndose.

Aquí besa mi paz, ve a su hijo cambiado, se prepara –en Tu llanto– para comenzar todo de nuevo.

Hospital Británico

La muchacha regresa con rostro de roedor, desfigurada por no querer saber lo que es ser joven.

Llevando otro embarazo sobre las largas piernas, me pide humildemente fechas para una lápida. (1984)

Hospital Británico

¿Quién puso en mí esa misa a la que nunca llego? ¿Quién puso en mi camino hacia la misa a esos patos marrones -o pupitres con las alas abiertas- que se hunden en el polvo de la tarde sobre la pérgola que cubrían las glicinas? (1984)

Hospital Británico

Voy hacia lo que menos conocí en mi vida: voy hacia mi cuerpo. (1884)

Pabellón Rossetto

Aquella blanca pared nueva, joven, que hablaba a las palmeras de una playa –enfermeras de pechos de luz verde– en una fotografía que perdí en mi adolescencia.

Pabellón Rossetto

Soñé que nos hundíamos y que después nadábamos hacia la costa lentamente y que de nuestras sombras de color verde claro huían los tiburones. (1978)

Pabellón Rossetto

Si me enseñaras qué es el verde claro... (1978)

Pabellón Rossetto

Es difícil llegar a la capilla: se puede orar entre las cañas en el viento debajo de la cama. (1984)

“Christus Pantokrator”

La postal tiene una leyenda: “Christus Pantokrator, siglo XIII”.

A los pies de la pared desnuda, la postal es un Christus Pantokrator en la mitad de un espigón larguísimo. (1985)

“Christus Pantokrator”

Entre mis ojos y los ojos de Christus Pantokrator nunca hay piso. Siempre has dos alpargatas descosidas, blancas, en un día de viento.

Con la postal en el zócalo, con Christus Pantokrator en el espigón larguísimo, mi oscuridad no tiene hambre de gaviotas. (1985)

“Christus Pantokrator”

La postal viene de marineros, de pugilistas viejos en ese bar estrecho que parece un submarino –de maderas y latas– hundiéndose en el sol de la ribera.

La postal viene de un Christus Pantokrator que cuando bajo las persianas, apago la luz y cierro los ojos, me pide que filme Su Silencio dentro de una botella varada en un banco infinito. (1985)

“Christus Pantokrator”

Delante de la postal estoy como una pala que cava en el sol, en el Rostro y en los ojos de Christus Pantokrator. (1985)

Sé que sólo en los ojos de Christus Pantokrator puedo cavar en la transpiración de todos mis veranos hasta llegar desde el esternón, desde el mediodía, a ese faro cubierto por alas de naranjos que quiero para el niño casi mudo que llevé sobre el alma muchos meses. (Mes de abril de 1886)

Larga esquina de verano

Alguien me odió ante el sol al que mi madre me arrojó. Necesito estar a oscuras, necesito regresar al hombre. No quiero que me toque la muchacha, ni el rufián, ni el ojo del poder, ni la ciencia del mundo. No quiero ser tocado por los sueños.

El enano que es mi ángel de la guarda sube bamboleándose los pocos peldaños de madera ametrallados por los soles; y sobre el pasamano de coronas de espinas, la piedra de su anillo es un cruzado que trepa somnoliento una colina: burdeles vacíos y pequeños, panaderías abiertas pero muy pequeñas, teatros pequeños pero cerrados y más arriba ojos de catacumbas, lejanas miradas de catacumbas tras oscuras pestañas a flor de tierra. Un tiburón se pudre a veinte metros. Un tiburón pequeño -una

bala con tajos, un acordeón abierto- se pudre y me acompaña. Un tiburón -un criquet en silencio en el suelo de tierra, junto a un tambor de agua, en una gomería a muchos metros de la ruta- se pudre a veinte metros del sol en mi cabeza: El sol como las puertas, con dos hombres blanquísimos, de un colegio militar en un desierto; un colegio militar que no es más que un desierto en un lugar adentro de ésta playa de la que huye el futuro. (1984)

Larga esquina de verano

¿Nunca morirá la sensación de que el demonio puede servirse de los cielos, y de las nubes y las aves, para observarme las entrañas?

Amigos muertos que caminan en las tardes grises hacia frontones de pelotas solitarios: El rufián que me mira se sonríe como si yo pudiera desearla todavía.

Se nubla y se desnubla. Me hundo en mi carne; me hundo en la iglesia de desagüe a cielo abierto en la que creo. Espero la resurrección -espero su estallido contra mis enemigos- en este cuerpo, en este día, en esta playa. Nada puede impedir que en su Pierna me azoten como cota de malla -y sin ninguna Historia ardan en mí- las cabezas de fósforos de todo el Tiempo.

Tengo las toses de los viejos fusiles de un Tiro Federal en los ojos. Mi vida es un desierto entre dos guerras. Necesito estar a oscuras. Necesito dormir, pero el sol me despierta. El sol, a través de mis párpados, como alas de gaviotas que echan cal sobre toda mi vida; el sol como una zona que me había olvidado; el sol como un golpe de espuma en mis confines; el sol como dos jóvenes vigías en una tempestad de luz que se ha tragado al mar, a las velas y al cielo. (1984)

Larga esquina de verano

La boca abierta al viento que se lleva a las moscas, el tiburón se pudre a veinte metros. El tiburón se desvanece, flota sobre el último asiento de la playa –del ómnibus que asciende con las ratas mareadas y con frío y comienza a partirse por la mitad y a desprenderse del limpiaparabrisas, que en los ojos del mar era su lluvia.

Me acostumbré a verlas llegar con las nubes para cambiar mi vida. Me acostumbré a extrañarlas bajo el cielo: calladas, sin equipaje, con un cepillo de dientes entre sus manos. Me acostumbré a sus vientres sin esposo, embarazadas jóvenes que odian la arena que me cubre. (1984)

Larga esquina de verano

¿Toda la arena de esta playa quiere llenar mi boca? ¿Ya toda hambre de Rostro ensangrentado quiere comer arena y olvidarse?

Aves marinas que regresan de la velocidad de Dios en mi cabeza: No me separo de las claras paralelas de madera que tatuaban la piel de mis brazos junto a las axilas; no me separo de la única morada –sin paredes ni techo– que he tenido en el ígneo brillante de extranjero del centro de los patios vacíos del verano, y soy hambre de arenas –y hambre de Rostro ensangrentado.

Pero como sitiado por una eternidad, ¿yo puedo hacer violencia para que aparezca Tu Cuerpo, que es mi arrepentimiento? ¿Puedo hacer violencia con el pugilista africano de hierro y vientre almohadillado que es mi pieza sin luz a la una de la tarde mientras el mar –afuera– parece una armería? Dos mil años de esperanza, de arena y de muchacha muerta, ¿pueden hacer

violencia? Con humedad de tienda que vendía cigarrillos negros, revólveres baratos y cintas de colores para disfraces de Carnaval, ¿se puede hacer violencia?

Sin Tu Cuerpo en la tierra muere sin sangre el que no muere mártir; sin Tu Cuerpo en la tierra soy la trastienda de un negocio donde se deshacen cadenas, brújulas, timones –lentamente como hostias– bajo un ventilador de techo gris; sin Tu Cuerpo en la tierra no sé cómo pedir perdón a una muchacha en la punta de guadaña con rocío del ala izquierda del cementerio alemán (y la orilla del mar –espuma y agua helada en las mejillas– es a veces un hombre que se afeita sin ganas días tras días). (1985)

Gianni Siccardi

(Buenos Aires, 1933). Obra poética: *Conversaciones* (1962), *Travesía* (1967), *Ella* (1989), *Fragmentos* (1995), *El mirlo* (2004), *La soledad habitada* (2011). Falleció en Buenos Aires en 2002.

La visita

El hombre abre la ventana de su cuarto
y se sienta.
Desde su pequeño mundo
está dispuesto a escuchar
lo que tenga que decirle el mundo.

Llegan tardes antiguas
errores arbitrarios
secretos temblorosos
rostros irremediabiles
voces perdidas
en el aire tranquilo de noviembre.

Pero el hombre espera sin saberlo
una visita que a veces tarda
pero siempre llega.
No la llama.
No la invoca.
No la imagina.
No la apura.
Espera sin saber que espera
esa mirada desnuda
esa voz íntima
esos gestos pensativos.
Para oírla deja de escuchar.

Cuando cierra los ojos
Es cuando mejor la ve.

Él sabía su nombre
antes de conocerla.

El mirlo, 3

El mirlo sabe que su sombra
lo acompaña en el día

De pronto comprende
que su sombra existe
porque existe la luz

*

En su rama
inquieto
el mirlo espera
sin saber qué espera
A veces
inmóvil
espera
sin saber qué espera
A veces
inmóvil
espera
sin saber qué espera

*

Inmóvil en la rama

el mirlo
mira en el agua del río
su imagen ondulante
que devoran los peces

*

¿Qué importa
que cada vez que el mirlo
mira el río
sea otro río?
Lo que importa
es que cada vez que el mirlo
mira el río
es otro mirlo

Tarde de verano

VII

La mujer que cruza la calle
sin participar del mundo
ya que se trata del mundo y de ella
no hace caso del calor
que revienta la calzada
y deja una fina espuma
en la pradera de la tarde
ni del sopor del viento
que apenas toca su cabello.
¿Los movimientos de su andar

serán parte del bálsamo
de la nada inmóvil
que la contiene sin tocarla?

Cualquiera podría darse cuenta
de que lleva a su hombre adentro
cuando anda.
Sus pies no sueñan
de modo que no es la calle
la que pasa.
Cuando camina es ella
Sólo la calle y ella.
¿Y el mundo?
¿La multitud?
¿La colmena incesante?
Nada.

La tarde de verano
sólo tiene los ojos fijos
en la mujer que atraviesa la calle.
La saluda respetuosamente
y se detiene para cederle el paso.

Quizás se encuentren
algún día las palabras
que la desnuden sin tocarla.
Quizás no.

No se sabe por qué.

Una lágrima

II

Sólo un laberinto
un paisaje laborioso en su pelo.

¿Hermosa?
Galaxias lejanas en la sombra de sus ojos.
Una amenaza sobre sus hombros
un casamiento de besos desordenados.
Lleva la tarde en su cintura.
¿Volverá?
¿Se irá lentamente por su gracia?
¿Será un sueño moviéndose en su música?
¿Qué dijo? ¿Qué miraba cuando dijo?

Solloza el cielo.
¿Volverá en su deseo?
¿En el parpadeo de su luz?
Suspiros
horizontes cruzados
jadeos
manotazos de ahogado.

Sólo un chico caminaba
bajo la lluvia indescifrable
aquella tarde de domingo.

Es el recuerdo el que la mira.

III

¿Qué dijo?
Había algo fosforescente
algo sobresalía.

Ay
no recordar lo claro
tanto como lo oscuro.

Ay
no estar allí
mirando sus palabras
no su boca
su mirada
no sus ojos.

Ay de la pequeña lágrima pudorosa
cuando ¿dijo qué?
El olvido es el remanso del recuerdo.

Elizabeth Azcona Cranwell

(Buenos Aires, 1933). Obra poética: *Capítulo sin presencia* (1955), *La vida disgregada* (1956), *Los riesgos y el vacío* (1963), *De los opuestos* (1966), *Imposibilidad del lenguaje o los nombres del amor* (1971), *La vuelta de los equinoccios* (1971), *Anunciación del mal y la inocencia* (1978), *Las moradas del sol* (1987), *El escriba de la mirada fija* (1990), *La mordedura (el reino intermitente)* (1997). Falleció en Buenos Aires en 2004.

Si el espacio es distancia

Quizá porque era invierno entonces
con persistencia de hojas concluidas
invierno no elegido
apenas un lugar para partir el vino
y entender esa zona baldía
entre el vértigo y toda permanencia.

Cualquier forma de hablar nos fue lejana
porque siempre ignoré tu despertar
caído desde un sueño mutable
tu despertar tan nuevo en la memoria
como es nuevo el amar
y otro el murmullo de la nieve
ahora que otra vez es invierno
en un pronto país desconocido
y hemos quedado a espaldas del amor.

Quizá porque mis manos son de muro
y me apartan de ti
manos libres que nunca quisieron apresarte
acaso aquel furor huyó
por la pared de vidrio entre mis dedos.

Qué incandescencia les faltó a los días
qué chasquido del sol, qué voluntad de noche
qué giro de la gracia entre las hojas?

O es que el amor es otro,
siempre lejos, muy otro
fuera de toda unión posible
y del silencio revelado?

Hablo para reconocernos.

La nostalgia

Hay un día en que las cosas son un hondo precipicio
conozco el rostro húmedo y las manos que nunca me abandonan
la noche que se abre
como un pueblo de alondras disperso en la tormenta.

Yo he escuchado a mi amor desde lejos en una lengua extraña
mientras la nostalgia murmuraba sus frases de curiosa hechicera
ella alargaba sus caricias en las ventanas del insomnio
como una huésped cuya mano asolaba el relámpago.

Porque ella no era el día
y tampoco era el ángel sediento de palabras
mi propia voz la nombra como a una desterrada
desabrigada madre, de pechos dulcemente vacíos.

Más allá de la noche donde se enciende la ternura
más allá de la calle donde el viento deshace la forma de los pasos
sé que hay un país nuevo, cansado de las sombras.

Una música fija
un tiempo de colores intensos como dioses desnudos.

Pero mi corazón sigue clavado parta siempre en los sitios imposibles.

Esto que sube y toca tu palabra

Es un hablar de nieve
esto que sube y toca tu palabra.
Se dobla el otro extremo del espacio
allá donde el verano compromete
la ciudad en que habitas.
Alejada por la tierra implacable
tu cara es el azar de mi memoria.
Centellan los pájaros servidores del frío
y obedezco a los cóncavos designios
que le anuncian con colores helados en las ramas.
Voz de sol en destierro
manos que denominan cosas
entre huellas y pinos solitarios.
Yo sé mejor de lejos tu nombre de flor cruda
jugada en la inocencia.
Rotan su luz opuesta los solsticios
y hay un cambio secreto que le nace al lenguaje
agazapado en un rincón del mundo.
¿Qué punto del espacio
enlaza como un encuentro grave
tu decir y mi ausencia?
Algo ocurre en un sitio del alma
que desconoce sus predilecciones.
Levanto una mirada de fiesta prohibida
limada de una pérdida.
Ya no descubro rosas, las invento
de las sopladas voces de oscuridad y exilio.
Nunca se empieza a amar sin una chispa
de error en la mirada.
La distancia es a veces
mi mudo espacio de reconocimientos.

Esa venganza estéril

Esta carga de luz que a veces duele,
condena o gozo, es un destino necesario.
¿Cuál es el reino del poeta, su privilegio,
el poderío de sus ojos?

Nuestro albergue es pequeño.
Como el canto del gallo nos lastima tres veces
la medida del tiempo.
Y hacemos una frase con el Réquiem de Mozart
y el resabio de una tarde de sol.
Un personaje con harapos se nos antoja bello
en el andén de la mañana,
las palabras se cargan como un rito
y es el mandato que nos urge la vida.
toda salmodia se comenta en rezo, vibra y cae
y es la palabra un fuego que consume las cosas
cuando las cambia con lo intangible de la voz
y las convierte en tiempo por una enunciación que roba
su gravedad y su cuerpo.

¿Es privilegio esa venganza estéril
sobre la tiranía de las cosas?
Yo te pregunto por la tierra,
qué formas nuevas rescatamos en este hablado amanecer.
Yo te pregunto por los árboles,
por su sereno resplandor en la lluvia
y por las calles y los diarios y los objetos cotidianos
por las tareas, los saludos y los enseres de la vida.

Nuestro desorden, esa región que nos hermana
en la lengua feroz, la rebeldía,
la intención de domar el equilibrio de las cosas
no alcanza para un reino
donde un gesto crispado nos convenza
de que esta insurrección es el amor.

Susana Thenon

(Buenos Aires, 1935). Obra poética: *Edad sin tregua* (1958), *Habitante de la nada* (1959), *De lugares extraños* (1967), *Distancias* (1984), *Obra completa* (1987), *La morada imposible, vol. 1* (2001), *La mirada imposible, vol. 2* (2004). Falleció en Buenos Aires en 1991.

Ningún jardín justifica el amor que se ahoga desafortadamente

Ayer tarde pensé que ningún jardín justifica
el amor que se ahoga desafortadamente en mi boca
y que ninguna piedra de color, ningún juego,
ninguna tarde con más sol que de costumbre
alcanza a formar la sílaba,
el susurro esperado como un bálsamo,
noche y noche.
Ningún significado, ningún equilibrio, nada existe
cuando el no, el adiós,
el minuto recién muerto, irreparable,
se levantan inesperadamente y enceguecen
hasta morirnos en todo el cuerpo, infinitos.
Como un hambre, como una sonrisa, pienso,
debe ser la soledad
puesto que así nos engaña y entra
y así la sorprendemos una tarde
reclinada sobre nosotros.
Como una mano, como un rincón sencillo
y umbroso
debería ser el amor
para tenerlo cerca y no desconocerlo
cada vez que nos invade la sangre.
No hay silencio ni canción que justifiquen
esta muerte lentísima,
este asesinato que nadie condena.

No hay liturgia ni fuego ni exorcismo
para detener el fracaso risible
de los idiomas que conocemos.
La verdad es que me ahogo sin pena,
por lo menos he resistido al engaño:
no participé de la fiesta suave, ni del aire cómplice,
ni de la noche a medias.
Muerdo todavía y aunque poco se puede ya,
mi sonrisa guarda un amor que asustaría a dios.

La Antología

¿Tú eres la gran poetisa
Susana Etcétera?
Mucho gusto
me llamo Petrona Smith-Jones
soy profesora adjunta
de la Universidad de Paughkeepsie
(...)
y estoy becada
por la Putifar Comisión
para hacer una antología
de escritoras en vías de desarrollo
desarrolladas y también menopáusicas
aunque es cosa sabida que sea como fuere
todas las que escribieron y escribirán en
Argentina
ya pertenecen a la generación del '60
incluso las que están en guardería
(...) / porque tú sabes que en realidad
lo que a mí me interesa
es no sólo que escriban
sino que sean feministas
y si es posible alcohólicas
y si es posible anoréxicas
y si es posible violadas
y si es posible lesbianas

y si es posible muy muy desdichadas
es una antología democrática
pero por favor no me traigas
ni sanas ni independientes...

La despoetada (muerte convencional)

¿quién soy yo
que me vuelvo alegoría?

Poesía
que no eres tú
y soy yo
bajo este peplo de marmolería

curda
curda
y oleosa
flaca
y sin nombre
y llena de adjetivo
desverbada
que vomito los mares
que me engancho en los flecos del sonido

que no
que no soy poesía
pues nunca digo dulce melancolía
aunque podría

que a lo mejor sos vos
bajo un puente con niebla y physique du rôle
como ordena la libertad de la poesía
que no eres tú
ni yo

Canto nupcial

Me he casado
me he casado conmigo
me he dado el sí
un sí que tardó años en llegar
años de sufrimientos indecibles
de llorar con la lluvia
de encerrarme en la pieza
porque yo —el gran amor de mi existencia—
no me llamaba
no me escribía
no me visitaba
y a veces
cuando juntaba yo el coraje de llamarme
para decirme: hola ¿estoy bien?
yo me hacía negar

llegué incluso a escribirme en una lista de clavos
a los que no quería conectarme
porque daban la lata
porque me perseguían
porque me acorralaban
porque me reventaban

al final ni disimulaba yo
cuando yo me requería

me daba a entender
finamente
que me tenía podrida

y una vez dejé de llamarme
y dejé de llamarme
y pasó tanto tiempo que me extrañé
entonces dije
¿cuánto hace que no me llamo?
añares

debe de hacer años
y me llamé y atendí yo y no podía creerlo
porque aunque parezca mentira
no había cicatrizado
solo me había ido en sangre
entonces me dije: hola ¿soy yo?
soy yo, me dije, y añadí:
hace muchísimo que no sabemos nada
yo de mí ni mí de yo
¿quiero venir a casa?

sí, dije yo

y volvimos a encontrarnos
con paz

yo me sentía bien junto conmigo
igual que yo
que me sentía bien junto conmigo
y así
de un día para el otro
me casé y me casé
y estoy junto
y ni la muerte puede separarme.

Alejandra Pizarnik

(Avellaneda, provincia de Buenos Aires, 1936). Obra poética: *La tierra más ajena* (1955), *La última inocencia* (1956), *Las aventuras perdidas* (1958), *Otros poemas* (1959), *Árbol de Diana* (1962), *Los trabajos y las noches* (1965), *Extracción de la piedra de la locura* (1968), *Nombres y figuras* (1969), *El infierno musical* (1971), *Los pequeños cantos* (1971), *El deseo de la palabra. Antología* (1975), *Textos de sombras y últimos poemas* (1982), *Obras completas* (1994), *Poesía completa* (2001). Se suicidó en Buenos Aires en 1972.

Cenizas

La noche se astilló de estrellas mirándome alucinada
el aire arroja odio
embellecido su rostro
con música.

Pronto nos iremos

Arcano sueño
antepasado de mi sonrisa
el mundo está demacrado
y hay candado pero no llaves
y hay pavor pero no lágrimas.

¿Qué haré conmigo?

Porque a Ti te debo lo que soy

Pero no tengo mañana

Porque a Ti te...

La noche sufre.

Cold in hand blues

y qué es lo que vas a decir
voy a decir solamente algo
y qué es lo que vas a hacer
voy a ocultarme en el lenguaje
y por qué
tengo miedo

Cuarto solo

Si te atreves a sorprender
la verdad de esta vieja pared;
y sus fisuras, desgarraduras,
formando rostros, esfinges,
manos, clepsidras,
seguramente vendrá
una presencia para tu sed,
probablemente partirá
esta ausencia que te bebe.

Fronteras inútiles

un lugar
no digo un espacio
hablo de
qué

hablo de lo que no es
hablo de lo que conozco

no el tiempo
sólo todos los instantes
no el amor
no
sí
no

un lugar de ausencia
un hilo de miserable unión.

Hija del viento

Han venido.
Invaden la sangre.
Huelen a plumas,
a carencias,
a llanto.
Pero tú alimentas al miedo
y a la soledad
como a dos animales pequeños
perdidos en el desierto.

Han venido
a incendiar la edad del sueño.
Un adiós es tu vida.
Pero tú te abrazas
como la serpiente loca de movimiento
que sólo se halla a sí misma
porque no hay nadie.

Tú lloras debajo del llanto,
tú abres el cofre de tus deseos
y eres más rica que la noche.

Pero hace tanta soledad
que las palabras se suicidan.

La última inocencia

Partir
en cuerpo y alma
partir.

Partir
deshacerse de las miradas
piedras opresoras
que duermen en la garganta.

He de partir
no más inercia bajo el sol
no más sangre anonadada
no más fila para morir.

He de partir

Pero arremete ¡viajera!

El sol, el poema

Barcos sobre el agua natal.
Agua negra, animal de olvido. Agua lila, única vigilia.
El misterio soleado de las voces en el parque. Oh tan antiguo.

Continuidad

No nombrar las cosas por sus nombres. Las cosas tienen bordes dentados, vegetación lujuriosa. Pero quién habla en la habitación llena de ojos. Quién dentellea con una boca de papel. Nombres que vienen, sombras con máscaras. Cúrame del vacío –dije. (La luz se amaba en mi oscuridad. Supe que no había cuando me encontré diciendo: soy yo.) Cúrame –dije.

Como agua sobre una piedra

a quien retorna en busca de su antiguo buscar
la noche se le cierra como agua sobre una piedra
como aire sobre un pájaro
como se cierran dos cuerpos al amarse

Vértigos o contemplación de algo que termina

Esta lila se deshoja.
Desde sí misma cae
y oculta su antigua sombra.
He de morir de cosas así.

En la otra madrugada

Veo crecer hasta mis ojos figuras de silencio y desesperadas.
Escucho grises, densas voces en el antiguo lugar del corazón.

Desfundación

Alguien quiso abrir alguna puerta. Duelen sus manos aferradas a su prisión de huesos de mal agüero.
Toda la noche ha forcejeado con su nueva sombra. Llovió dentro de la madrugada y martillaban con lloronas.
La infancia implora desde mis noches de cripta.
La música emite colores ingenuos.
Grises pájaros en el amanecer son a la ventana cerrada lo que a mis males mi poema.

Celia Gourinski

(Buenos Aires, 1938). Obra poética: *Nervadura del silencio* (1958), *El regreso de Jonás* (1971), *Tanaterótica* (1978), *Instantes suicidas* (1982), *Inocencia feroz* (1999). Próximos a publicar: *Madre intemperie* y *Obra reunida*. Falleció en Buenos Aires en el 2008.

Poema

Late tu estadía en el espacio.
Late tu estadía en el espacio.
Portador del pensamiento.
Y el amor el odio el espacio.
Late tu estadía.
Si aquietas accidentes tu alma avanza.
Que late. Que late tu estadía en el espacio.
Espacio de paredes y puertas y tabiques y tranqueras.
Espacio abrir y cerrar, estar cerrado.
Cierra una puerta, allá otra puerta.
Si aquietas accidentes tu alma avanza.
Cuánto es un pobre espacio qué poco es inmenso.
Late late.
Y el amor y el odio.
Portador del pensamiento.
Lo otro piensa. Tu llevas la carga, Yoel.
Late Yoel tu estadía en el espacio.

Poeta incierto

Quieran los barcos no desesperar en las brújulas locas
Sea así por los naufragos, quiera el mar no aliviarlos
Sucio lujo del odio, el invento de probables salvatajes:
¿a quién? ¿de qué curioso lugar en la ignorancia?
Señor Dios, no permitas que mi señor me otorgue
piedad

En los naufragios hubo una vez en que amarse no
tuvo culpa ni castigo. Quieran los mares ser impíos
en nombre de la Piedad

Dónde estamos, amor mío, cuando nuestro triunfo
nos premia con lo inalcanzable, cuando nuestra
extrema cercanía no deja lugar a lo cercano,
ese árbol, ese aletear en la cornisa
ese escalar en cualquier calle

Que hubo un terreno que dejó de ser baldío, que
hubo un temblor de besos de demonios...

Quieran los barcos ser brújulas locas, enamoradas
brújulas locas

Plena sed

Sólo me recibe la intemperie
Cuando me despiden las odas familiares, cuando vago
sola en la espuma de los sementales de Dios, la
intemperie me cubre con su manto ávido de destruir
fronteras
Ábreme, amado, ábreme en el dominio del aire y del
sueño. Iremos juntos a velar a nuestros hermanos
del sol
Sólo quiero que la intemperie nos una en la alborada
de los que buscamos oro en la ciénaga iluminada
por la palabra libre
Intemperie, sálvame del sofisma de los sabios
impuros, de las canciones laudatorias en la boca del
Domesticador

Inocencia después

Inocencia, no desesperes en la culpa de los cuerpos
marchitos
Ellos nunca fueron elegantes, nunca un fulgor echó
sobre ellos su hechizo
Inocencia de bellas crueldades, acompáñame a
recorrer lugares reservados a los dioses burlones,
que juegan a devorar toda ley inventada por sus
vástagos
mira mis rodillas poco sumisas en el reino del verano
Mira mi escondrijo lleno de cofres que guardan
ropajes saturados de hastío en las maravillosas
familias
Mira la sombra de despedidas apresuradas, erróneas,
que se convirtieran en reflejos extremos del amor,
oh tembladeral de vidas
Te invito a pasear conmigo en los bosques, matas de
pelo en el lomo de la loba, en las axilas con olor a
cielo, en el duelo de los romances perdidos
Porque contigo he de cruzar leyendas majestuosas,
despojos fééricos, insignificantes cuartos perdidos
en la hondura de tu estigma, resurrecta orden de
no obedecer al amo más que cuando se acerca el
mediodía del espanto en el recinto vecino allí,
donde el muerto querido alza una copa de alcohol y
aúlla concediendo una visita al infierno
Tu ríspido imperio me eriza, me vuela, me estremece,
me hace desear padecer partir sin consuelo. Tu
sombra anega, pasionaria de los viajes trazados en
el vértigo del soñador

Puta mágica sagrada



Editorial Nido de Cuervos
Lima – Perú

Director: Renato Sandoval

Informes y pedidos: ncuervos@yahoo.com

Títulos publicados:

- Paavo Haavikko. *Palacio de invierno y otros poemas*.
- Cesare Pavese. *Vendrá la muerte y tendrá tus ojos*.
- Isak Dinesen. *La historia inmortal*. (Novela).
- Gösta Ågren. *Aquí*.
- Edith Södergran. *Virgen moderna: Poesía completa*. (2º edición, revisada).
- Thomas Boberg. *Portadoras de agua*.
- Pentti Saarikoski. *Danzas de la oscuridad*.
- Rainer Maria Rilke. *Elegías de Duino*.
- Pia Juul. *dije yo, digo yo*.
- Thomas Boberg. *Constelaciones terrestres*.
- Gösta Ågren. *El carpintero*.
- Eira Stenberg. *Icono del deseo*.
- Eira Stenberg. *Por eso trato con ladrones*.

Colección El Junco Susurrante

- Rómulo Acurio. *Kalabari*.
- Renato Sandoval. *Pérfugas*.
- Renato Sandoval. *Luces de talud*.
- Renato Sandoval. *Nostos*.
- José Carlos Yrigoyen. *El libro de las señales*.
- Roxana Crisólogo. *Abajo, sobre el cielo*.
- Renato Sandoval. *El revés y la fuga / Nostos*.
- Luis Aguirre. *La gruta del cangrejo*.
- Rómulo Acurio. *Celeste romano*.
- Alberto Valdivia. *Patología*.
- Raúl Burneo. *Las palabras del extranjero*.
- Luis Cruz. *Lumen. Trilogía del espíritu*.
- Jorge Arbeleche. *Canto y contracanto*.
- Martha L. Canfield. *Flamante geografía*.

El FipLima es patrocinado por:

Colección Punto Final

- Carlos Schwalb. *Doblez* (cuentos).
- Gaëtan Lévesque (ed.). *La mano de Dios* (antología de cuentos de Quebec).
- Carlos Schwalb. *El sentido de los límites* (cuentos).

Colección Nuevas Corónicas

- Juan Carlos Mústiga. *Cuadernos submarinos*.
- Lina Zerón. *La luna en subasta* (*Minicrónicas de listón y otros cuentos*).

Colección Favila

- Claudia González. *Federica en el mar*.
- Claudia González. *Federica en la sierra*.
- **Fórnix, revista de creación y crítica** (números 1, 2, 3-4, 5-6, 7, 8-9, 10, 11)



Hacen posible la participación de poetas



Embajada de Colombia, Embajada de Chile, Embajada de Uruguay

Colaboran con locaciones y la promoción del Festival



Casa de la Literatura, Casona de San Marcos, Instituto Nacional de Cultura del Callao, Antigua Taberna Queirolo,

